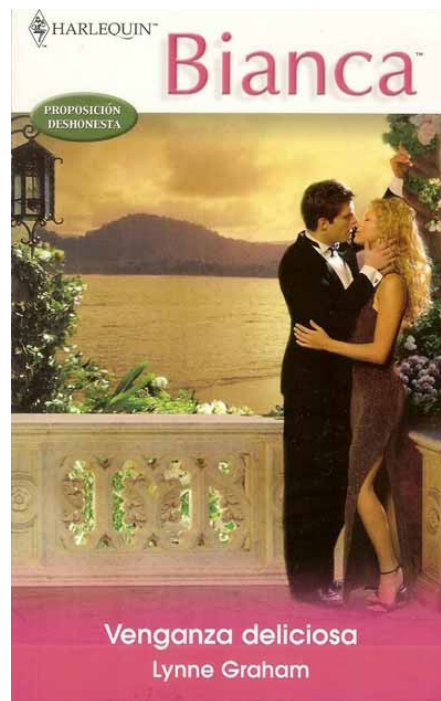


Venganza deliciosa

Lynne Graham

9º Serie Multiautor Los implacables



Venganza deliciosa (2008)

Título Original: The Italian's inexperienced mistress (2007)

Serie: 9º Serie Multiautor Los implacables

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Bianca 1826

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Angelo Riccardi y Gwenna Hamilton

Argumento:

Era despiadado en los negocios y en las relaciones...

Cuando se dispuso a vengarse por la muerte de su madre, Angelo Riccardi tenía en mente una humillación legal y económica. Pero Gwenna Hamilton le añadió un elemento realmente delicioso al plan. Tan bella como inocente, Gwenna no tuvo elección cuando el empresario italiano entró en su vida como un depredador y le ofreció un pacto

con el diablo: la libertad de su padre a cambio de su cuerpo.

En su ingenuidad, Gwenna creyó que Angelo se cansaría de ella y de su inexperiencia. Pero él tenía en mente algo más que una noche...

Capítulo 1

Angelo Riccardi descendió de su limusina, un pesado vehículo blindado construido para resistir un ataque con misiles. El calor que reinaba en el exterior resultaba casi insoportable, pero las gafas de sol que él llevaba puestas le protegían los ojos del potente sol de Venezuela. El intermediario inglés que había ido a recogerlo al aeropuerto, muy intranquilo, le hablaba sin parar y, aunque Angelo comprendía la tensión que el primero sentía, no dejaba de sentirse algo irritado por ella.

Angelo no había experimentado el miedo desde su infancia, una sensación vergonzosa que le habían quitado a golpes. Había conocido el miedo, el odio y la amargura, pero el miedo ya no ejercía poder alguno sobre él. Su imparable ascenso al poder lo había catapultado a las portadas de cientos de revistas y periódicos, pero su nacimiento y su ambiente familiar siempre se habían visto envueltos en un halo de misterio. Había conocido la verdad sobre su familia cuando tenía dieciocho años. Aquel mismo día, el idealismo había muerto en él cuando vio que le sería imposible seguir la trayectoria profesional que él habría elegido. Según iban pasando los años, se había ido haciendo más duro, más frío y más implacable. Había Utilizado su brillante intelecto y, su agudo instinto para construir un enorme imperio empresarial. El hecho de que jamás hubiera tenido que quebrantar la ley suponía un orgullo para él.

—Hay muchos miembros de seguridad aquí —musitó Harding, su acompañante.

Era cierto. Había guardas armados por todas partes: sobre los tejados, en los jardines... Él estado de alerta resultaba casi palpable.

—Debería hacer que te sintieras más seguro —replicó Angelo.

—No me sentiré seguro hasta que no vuelva a estar en casa —afirmó Harding, secándose el sudor con un pañuelo.

—Tal vez éste no era trabajo para ti.

—Créame si le digo que estoy encantado de estar a su servicio...

Angelo no dijo nada. Le sorprendía que aquel hombre hubiera sido el elegido para actuar como intermediario en una reunión secreta. Penetró en el interior del opulento rancho al que habían llegado. Allí, le esperaba un hombre maduro, que despachó a Harding y saludó a Angelo con una respetuosa curiosidad.

—Es un verdadero placer conocerlo, señor Riccardi —le dijo el hombre, en italiano—. Me llamo Salvatore Lenzi. Don Carmelo está ansioso por verlo.

—¿Cómo está?

—En estos momentos, su estado es estable, pero es probable que sólo le queden dos meses.

Angelo asintió. Se lo había pensado mucho antes de acceder a aquella visita. La precaria salud del anciano había sido el acicate que necesitaba. El famoso Carmelo Zanetti, capo de una de las familias de mafiosos más peligrosas del mundo, era un desconocido para él. Sin embargo, Angelo jamás había podido olvidar que por sus venas y por las de Carmelo Zanetti corría la misma sangre.

El anciano yacía postrado en una cama, rodeado de máquinas. Con pesada respiración, observó a Angelo y suspiró.

—No te puedo decir que te pareces a tu madre porque no es así. Fiorella era muy menuda...

Los rasgos de Angelo se suavizaron casi imperceptiblemente. Su madre le había mostrado la única ternura que había conocido en toda su vida.

—Sí...

—Sin embargo, sí te pareces a tu padre. Tus padres fueron el Romeo y la Julieta de su generación. Un Sorello y una Zanetti... Para las dos familias, distaba mucho de ser una unión perfecta. Los recién casados acabaron mal a las pocas semanas de la boda...

—¿Es ésa la razón por la que mi madre terminó fregando suelos para poder ganarse la vida? —preguntó Angelo, muy sereno.

—Terminó así porque abandonó a su esposo y deshonoró a su familia. ¿Quién creería que fue mi favorita? Me encantaba mimarla y concederle todos sus deseos.

—Es decir, mi *mamma* era una verdadera princesa de la mafia —comentó Angelo con ironía, poco impresionado por lo que el anciano acababa de decirle.

—No te burles de lo que no conoces. Tu *mamma* tenía el mundo a sus pies. ¿Y qué hizo? Le dio la espalda a toda la educación y los buenos modales que había recibido y se casó con tu padre. Comparados con nosotros, los Sorello eran cafoni... gente de clase baja. Gino Sorello era un alocado guaperas que siempre estaba buscando pelea. Ella no pudo controlarlo a él ni a sus actividades extramatrimoniales.

—¿Y cómo trató usted con la situación?

—En mi familia no nos metemos en la relación de un hombre con su esposa. Cuando Gino fue encarcelado por segunda vez, tu madre lo abandonó. Se marchó de casa y dejó atrás sus responsabilidades como si fuera una niña pequeña.

—Tal vez le pareció que tenía razones suficientes para hacerlo.

—Y tal vez a ti te espere alguna que otra sorpresa porque, según creo, pusiste a tu madre en un pedestal cuando ella murió.

La ira que provocó en Angelo aquel comentario le hizo palidecer a pesar de su bronceado aspecto. Sin embargo, guardó silencio porque sabía el regocijo que produciría en Carmelo aquella reacción.

—Fiorella era mi hija y yo la quería mucho —añadió—, pero me deshonró y me desilusionó cuando abandonó a su esposo.

—Mi madre tenía veintidós años y Sorello había sido condenado a cadena perpetua. ¿Acaso no tenía derecho a buscarse una nueva vida?

—En mi mundo, la lealtad no resulta negociable. Cuando Fiorella se marchó, todo el mundo empezó a ponerse un poco nervioso por lo que ella pudiera saber sobre ciertas actividades. Su traición era también una mancha en el honor de Gino y eso le procuró muchos enemigos. Sin embargo, lo que la destruyó fue su atolondramiento y su ignorancia.

—Veo que no le perdió usted la pista a mi madre y que sabe lo que le ocurrió cuando llegó a Inglaterra.

—No te va a gustar lo que tengo que decirte.

—Trataré de superarlo.

Carmelo apretó un timbre que tenía al lado de la cama.

—Siéntate y toma una copa de vino mientras charlamos. Por una vez, te comportarás como mi nieto.

Angelo quería negar el parentesco que existía entre ambos, pero no podía. El precio que debía pagar por la información que llevaba tanto tiempo buscando para comprender su pasado era un poco de cortesía. Cuadró los hombros y tomó asiento. Casi inmediatamente un miembro del servicio doméstico le llevó una copa de vino tinto acompañada de unas pastas de almendras sobre una bandeja de plata. Con una mirada extraña en sus agudos ojos, Carmelo Zanetti observó cómo Angelo daba un sorbo a la copa. Entonces, soltó una carcajada.

—*iDio grazia...* Veo que no eres ningún cobarde!

—¿Por qué iba usted a querer hacerme daño?

—¿Qué se sientes al rechazar a todos tus parientes Vivos?

Una sonrisa frunció la hermosa boca de Angelo.

—Evité que fuera a la cárcel... e incluso puede que me haya mantenido con vida. El árbol genealógico de nuestra familia está lleno, desgraciadamente, de muertes tempranas y de desgraciados accidentes.

Tras un pequeño silencio, Don Carmelo soltó otra sonora carcajada. Alarmado por el tiempo que el anciano tardó en recuperar el aliento, Angelo se levantó de su silla, pero el anciano le indicó con un gesto de irritación que volviera a sentarse.

—Le ruego que me hable de mi madre.

—Quiero que sepas que, cuando se marchó de Cerdeña, tu madre tenía dinero. Mi difunta esposa le había dejado una cuantiosa suma. La desgracia de tu madre fue que tenía muy mal gusto para los hombres —

dijo el anciano. Angelo se tensó. Al notar el gesto, Carmelo le lanzó una cínica mirada—. Te advertí que no te gustaría. Por supuesto que hubo un hombre, un inglés al que conocí en la playa poco después de que tu padre ingresara en prisión. ¿Por qué crees que se marchó a Londres cuando no hablaba ni una palabra de inglés? Su novio le prometió casarse con ella cuando estuviera libre. Cambió de apellido en cuando llegó y empezó a planear su divorcio.

—¿Cómo sabe usted todo esto?

—Tengo un par de cartas que le escribió su novio. Él no sabía nada de su familia. Cuando ella se instaló, ese hombre se ofreció a ocuparse del dinero de ella y lo hizo tan concienzudamente que tu madre jamás volvió a verlo. Ese hombre la sacó hasta el último penique. Luego le contó que lo había perdido todo invirtiendo en Bolsa.

—¿Hay más? —preguntó Angelo, imperturbable.

—La abandonó cuando se quedó embarazada. Entonces, Fiorella descubrió que él estaba casado.

—No lo sabía... —susurró Angelo, apretando lo dientes.

—Ella perdió al niño y jamás recuperó la salud...

—Y sabiendo todo esto, ¿usted no quiso ayudarla?

—Ella podía haberme pedido ayuda en cualquier momento, pero no lo hizo. Te seré sincero. Fiorella se había convertido en una vergüenza para todos nosotros y, además, se produjeron ciertas complicaciones. Gino apeló y salió de la cárcel. Él quería recuperarte a ti, su hijo, y vengarse de su esposa infiel. El paradero de tu madre debía mantenerse en secreto para evitar que tú cayeras en manos de un hombre alcohólico y violento. Nuestro silencio os mantuvo a los dos con vida.

—Pero no evitó que pasáramos hambre —replicó Angelo, sin ningún tipo de inflexión en la voz.

—Tú sobreviviste...

—Pero ella no.

—No soy un hombre que sepa perdonar. Fiorella defraudó a la familia y el insulto final fue el hecho de que creyera que tenía que mantener a su hijo alejado de mi influencia. Me telefoneó cuando la salud empezaba a fallarle. Le preocupaba lo que pudiera ocurrirte, pero, a pesar de todo, me suplicó que respetara sus deseos y que no te reclamara cuando ella hubiera muerto.

Angelo vio que al anciano se le estaban acabando las fuerzas y decidió dar por concluida la reunión.

—Le agradezco mucho su sinceridad. Ahora, me gustaría que me diera el nombre del hombre que arrebató a mi madre todo su dinero.

—Se llamaba Donald Hamilton —dijo Don Carmelo. Entonces, tomó un enorme sobre y se lo entregó a Angelo—. Las cartas. Llévatelas.

—¿Qué le ocurrió a ese hombre?

—Nada.

—¿Nada? Mi madre murió cuando yo tenía siete años.

—Y aquí estás, orgulloso de no ser ni un Zanetti ni un Sorello. Si tan diferente eres de tus parientes, ¿por qué quieres saber el nombre de ese hombre? ¿Qué piensas hacer con él? Te ruego que no hagas tonterías, Angelo.

—No me puedo creer que sea usted precisamente el que me está diciéndolo —comentó Angelo con una carcajada.

—¿Y quién mejor? Me he pasado la última década en el exilio. Mis enemigos y las fuerzas del orden me han buscado por todo el planeta. Ahora, se me está acabando el tiempo. Tú eres el pariente más cercano que me queda. Además, llevo toda la vida pendiente de ti.

—No me había dado cuenta...

—Tal vez somos más inteligentes de lo que te piensas. Tal vez también descubras que, en el fondo, tienes más en común con nosotros de lo que quieres admitir.

Angelo levantó la cabeza con arrogancia y adoptó una actitud orgullosa que dejaba muy claro lo que pensaba al respecto.

—No, no lo creo.

Con una cesta de flores colgada del brazo, Gwenna se apresuró por el embarrado sendero detrás de los dos niños. Encantados con los ruidos que ella iba haciendo en su papel de oso perseguidor, Freddy y Jake estaban muertos de risa. Con Piglet, su pequeño chuchito, pisándole los talones y ladrando como un loco, el grupo resultaba muy ruidoso. De repente, el sonido insistente de un teléfono móvil hizo que Gwenna se detuviera y, de mala gana, se sacó el aparato del bolsillo.

—Te apuesto a que es la Malvada Bruja otra vez —predijo Freddy con tristeza.

—Callad... —dijo Gwenna. Le habría gustado que la madre de los pequeños tuviera más cuidado con lo que decía delante de sus hijos.

—He oído que mamá le decía a papá que tú jamás conseguirás un hombre mientras la Malvada Bruja siga ordenándote cosas. ¿Necesitas uno? —preguntó Jake.

—Por supuesto que sí... para tener hijos y para que le cambie las bombillas —le dijo Freddy a su hermano, muy serio.

—¿Oigo a esos niños?—preguntó Eva Hamilton—. ¿Has vuelto a permitir que Joyce Miller te cargue otra vez con esos horribles mocosos?

—Regresaré en menos de una hora —replicó Gwenna, ignorando la pregunta.

—¿Tienes idea de lo mucho que aún queda por hacer?

—Creía que los del catering...

—Habla de la limpieza —repuso su madrastra. Gwenna estuvo a punto de echarse a temblar.

Llevaba una semana trabajando sin parar. Le dolía hasta la espalda, que tenía bien tonificada por la actividad física del centro de jardinería donde trabajaba.

—¿Acaso me he dejado algo?

—Los muebles se están llenando de polvo otra vez y las flores del salón se están ajando. Quiero que todo esté perfecto mañana para tu padre, así que tendrás que encargarte de todo esta tarde.

—Sí por supuesto.

Gwenna se recordó que todos aquellos interminables preparativos eran por una buena causa. Además, era un día muy importante para su padre, Donald Hamilton. Él había trabajado incansablemente para reunir los fondos necesarios para comenzar los trabajos de restauración de los descuidados jardines de Massey Manor. Aunque la mansión estaba prácticamente destruida, los jardines habían sido diseñados por un importante paisajista del siglo XIX y el pueblo necesitaba desesperadamente una atracción turística que estimulara la economía local. Un puñado de autoridades locales y la prensa estarían presentes para ser testigos del momento en el que, simbólicamente, Donald Hamilton abriera el candado de la verja de la antigua mansión para que pudieran comenzar los trabajos de restauración.

—La malvada bruja siempre te arrebató la sonrisa —dijo Freddy.

—Yo soy un oso y los osos no sonríen... Los tres se pusieron de nuevo a jugar. De repente, una andanada de sonoros ladridos volvió a interrumpirlos. Se trataba de Piglet. Como sus primeros dueños lo abandonaron en la cuneta de una carretera y el animal resultó herido, el perro había desarrollado una profunda antipatía por los coches, sobre todo si en ellos iba un hombre.

—¡Piglet, no! —exclamó Gwenna, al tiempo que se dirigía hacia el lugar en que su pequeña mascota bailaba furiosamente alrededor de un hombre moreno muy alto.

A pesar de los rayos del sol y del inequívoco encanto del pintoresco y bucólico paisaje que lo rodeaba, Angelo no estaba de buen humor. A pesar del sofisticado sistema de navegación con el que iba equipada su limusina y que había desarrollado una de sus empresas, su chófer había terminado perdiéndose en la maraña de pequeñas carreteras de aquella zona rural. Mientras Angelo se bajaba para estirar las piernas, su equipo de seguridad se esforzaba por localizar otro ser humano en un pueblo completamente vacío. Además, un horrible chucho con orejas de conejo y unas patitas extremadamente cortas lo había convertido en el centro de su ira. Al ver que la descuidada dueña del perro se acercaba a ellos a la carrera, Angelo se preparó para dejarle bien clara su desaprobación.

—¡Quieto ahora mismo, Piglet! —exclamó Gwenna, horrorizada, al ver que el objetivo de su mascota era un hombre ataviado con un immaculado traje oscuro. En su experiencia, esa clase de hombres mostraba menos tolerancia en aquellos casos. Como había dos casas en venta, se preguntó si sería un agente inmobiliario de la ciudad.

Angelo contempló unos impactantes ojos azules que iluminaban un rostro de tal belleza que, por primera vez en su vida, se olvidó de lo que tenía que decir y perdió el momento de hacerlo. Una melena rubia se inclinó hacia el suelo para atrapar al enojado perro.

—Lo siento mucho... Por favor, no se mueva por si, lo pisa —dijo, mientras trataba de capturar al animal.

De soslayo, Angelo vio que uno de los miembros de su equipo de seguridad se dirigía rápidamente hacia él para proporcionar la habitual barrera entre el resto de la raza humana y él. Sin embargo, él sólo podía contemplar aquella larga melena y preguntarse por qué aquella mujer había producido tanto impacto en su persona.

—Piglet, eres muy malo... Lo siento muchísimo —afirmó Gwenna—. No le habrá mordido, ¿verdad?

Mientras admiraba los hermosos pómulos, los grandes ojos y la generosa boca, Angelo observó también que el mundo de la moda y del estilo resultaban completamente desconocidos para aquella mujer. Llevaba un vestido azul desteñido que le llegaba prácticamente hasta los pies.

—¿Morderme?

—Sí, morderle. Tiene unos dientes afilados como agujas.

Gwenna se sentía algo intimidada por la altura de aquel desconocido. Además, era muy guapo. Todo ello, unido al extraño magnetismo que emanaba de él, provocó que se sintiera muy incómoda en su presencia.

—No, no me ha mordido —respondió, esperando en vano la respuesta sexual que solía recibir de las mujeres.

Ella le evitaba. Esto le molestó, pero le contrarió aún más que, a pesar de los potentes rayos del sol, la piel de aquella mujer retuviera el brillo delicado de una perla. Se preguntó si su piel sería tan pálida en las partes de su cuerpo que quedaban ocultas a la mirada.

—Gracias a Dios. ¡Jake, Freddy! —exclamó la mujer, mirando ansiosamente a su alrededor.

Al ver a los dos muchachos pelirrojos, Angelo se quedó de piedra. ¿Tenía hijos? Sin poder evitarlo, le miró las manos y vio que no llevaba anillo alguno.

—¿Es usted su niñera?

—No —respondió Gwenna, sorprendida por tan inesperada respuesta—. Simplemente los estoy cuidando durante una hora. Ahora, si me disculpa...

Con una extraña sensación en el vientre que le impedía mirar a aquel hombre y le provocaba un nudo en la garganta, Gwenna evitó mirarlo y tomó la cesta de flores que había dejado sobre el suelo.

—Tal vez podría usted decirme si Perevil House queda muy lejos.

Gwenna volvió a centrar su atención en el hombre y miró a su alrededor. No había señal alguna de que hubiera llegado en algún vehículo.

—Está a más de siete kilómetros. Si baja por la carretera que hay detrás de la iglesia, verá un cartel del hotel. La gente no suele venir por aquí.

—Me pregunto por qué no. El paisaje es precioso. ¿Le gustaría cenar conmigo esta noche?

Asombrada por aquella invitación, Gwenna le lanzó una mirada de sorpresa al tiempo que el rubor le cubría suavemente las mejillas.

—Si no le conozco...

—Aproveche la oportunidad.

—No, gracias. No puedo.

—¿Por qué no?

—Bueno, yo...

—¿Acaso tiene novio?

—No, pero... —susurró Gwenna, sin saber qué decir—. Ahora, si me perdona, tengo que marcharme.

Angelo la observó atónito. No se lo podía creer, pero era la primera vez en su vida que una mujer se negaba a salir con él. Esperando que tarde o temprano ella se volviera para mirar atrás, la observó atentamente. La joven no lo hizo.

Tras atar a su perro a un banco de madera que había junto a la iglesia, Gwenna entró en el agradable y fresco interior de la iglesia. Freddy y Jake no dejaban de charlar mientras ella se disponía a reparar el centro de flores para el bautizo que tendría lugar al día siguiente.

Había pasado bastante tiempo desde la última vez que un hombre la había invitado a salir. Conocía muy pocas caras nuevas. Además, aquel desconocido la intrigaba. Había algo en su pronunciación que sugería que su lengua materna no era el inglés...

Decidió que no había razón alguna para seguir pensando en él, por mucho que la devorara la curiosidad. No iba a servirle de nada. Aquel hombre ya estaría en su elegante hotel. Además, ella no salía con hombres. ¿De qué iba a servirle? Había aprendido que, cuando los hombres decían que les bastaba con la amistad, siempre deseaban ir más allá y eso implicaba una relación sexual. Ella no quería una intimidad física sin amor. Todo lo que había tenido que soportar a lo largo de su vida la había convencido de que los valores más tradicionales proporcionan una protección a los errores más terribles. Era consciente de que su propia

madre había pagado un precio muy alto por saltarse esos mismos principios.

Sin poder evitarlo, recordó los profundos ojos oscuros del desconocido, que adornaban un maravilloso y duro rostro. Esbozó una sonrisa. Después de todo, era una mujer y había sido capaz de fijarse en un hombre guapo. Sin embargo, no era su tipo. Se había mostrado demasiado arrogante como para serlo. A ella le gustaban los hombres abiertos y simpáticos, de cabellos castaños y ojos verdes...

Quince minutos más tarde, Gwenna acompañó a los niños a casa de su madre, que había tenido que asistir a una consulta de obstetricia en el hospital. Conocía bien a Joyce Miller, ya que las dos mujeres llevaban más de un año trabajando juntas en el vivero.

—Entra un minuto —le dijo Joyce, que ya estaba en avanzado estado de gestación—. Te prepararé un té.

—Lo siento, no puedo.

—¿Ha vuelto a requerir tus servicios la malvada bruja? —le preguntó Joyce, muy seria.

Gwenna se encogió de hombros.

—Aún tengo que hacer algunas cosas en casa de mi padre...

—Si ni siquiera vives allí. No entiendo que tiene que ver contigo el estado de la antigua rectoría.

Hacía ya algunos años que Gwenna se había mudado a un pequeño piso encima de las oficinas del vivero. Era un alojamiento casi espartano, pero le había proporcionado paz e independencia.

—Si Eva está contenta, no me importa. Mañana es un día muy especial para mi padre.

—Y para ti. Tus antepasados construyeron Massey Manor. Fue una vez la casa de tu madre...

Gwenna se echó a reír.

—De eso hace más de una generación e incluso entonces era una ruina. Mi abuela se mudó porque tenía tantas goteras que mi madre y ella sólo podían vivir en un par de habitaciones. Es una pena que ninguno de mis antepasados supiera cómo hacer dinero.

—Bueno, yo creo que tú lo has hecho muy bien al conseguir el apoyo de todo el mundo y en haber pensado en tantas ideas para recaudar dinero para la restauración de los jardines.

—Gracias, pero ha sido más bien la lengua persuasiva de mi padre y los fantásticos contactos que tiene en el mundo de los negocios los que han conseguido la mayor parte del dinero. Él ha hecho un trabajo maravilloso. Sin él, jamás habríamos conseguido llegar hasta tan lejos.

—Acabo de comprender por fin porque sigues soltera. Adoras a tu padre. A tus ojos, ningún hombre estará jamás a su altura.

Mientras se dirigía a la antigua rectoría, donde vivían su padre y su madrastra, Gwenna pensó en esta conversación. No había sido capaz de responder nada porque la verdad era demasiado íntima. Efectivamente, creía que a cualquier hombre le resultaría muy difícil estar a la altura de Donald Hamilton. Su padre era especial. Había que ser un hombre excepcional para reconocer a una hija ilegítima, llevársela a su casa y tenerla allí a pesar de que ello le costó su matrimonio. Sabía que su padre tenía sus defectos. De joven, había tenido una pronunciada debilidad por las mujeres y más de una aventura extramatrimonial. La madre de Gwenna, Isabel Massey, había sido una de esas mujeres.

A la mañana siguiente, Gwenna observaba a su padre mientras él organizaba las cámaras a la entrada de Massey Manor. Aunque se encontraba ya cerca de los sesenta, parecía mucho más joven. Atractivo, se había forjado una carrera de éxito trabajando como abogado para una empresa de muebles, por lo que estaba acostumbrado a tratar con los medios de comunicación. Cuando todo estuvo preparado, las verjas se abrieron mientras los equipos de televisión locales grababan el momento y lo acompañaban de una entrevista. Eva, la madrastra de Gwenna, y sus hijas, Penélope y Wanda, disfrutaban ante los focos. Gwenna, por su parte, no se había unido a ellas porque sabía que no sería bienvenida y que su participación provocaría disgustos a su padre.

De repente, se percató de la presencia de un equipo de policía. Había dos agentes de uniforme al lado de un coche de policía con rostro grave, mientras que otro se había acercado a su padre y le estaba diciendo algo que no parecía del gusto de Donald Hamilton. Su padre empezó a decir a, voz en grito que todo eran tonterías. La escena quedó en silencio, lo que provocó que Gwenna escuchara cómo el policía empezaba a decirle sus derechos ante la perplejidad de todos los presentes. En presencia de su familia y de los medios de comunicación, Donald Hamilton estaba siendo arrestado.

Aquella tarde, en su opulenta suite del Peveril Hotel, Angelo Riccardi puso una vez más la grabación. Tras recibir el soplo anónimo de lo que se iba a producir, las televisiones se habían frotado las manos ante el espectáculo: Donald Hamilton cayéndose de su pequeño pedestal de respetabilidad tras alcanzar su breve momento de gloria.

Angelo había comprado la empresa de muebles que le daba empleo y había hecho que sus auditores comprobaran el estado de las cuentas. Realmente, había resultado demasiado fácil sorprender a Hamilton con las manos en la masa. Por supuesto, exponerlo a la opinión pública era el primer paso. Hamilton tendría que pagar por sus pecados. Angelo tenía la intención de despojar de todo lo que tenía al hombre que había abandonado a su madre. Privarle de su prestigio y buen nombre era tan sólo el primer paso...

Capítulo 2

Gwenna recorrió la ruidosa sala con la mirada. Sentía una profunda ira ante la oleada de acusaciones que se estaban lanzando sobre la encorvada y patética figura de su padre, a quien los acontecimientos de los últimos días le habían privado de toda su flamante altivez.

El salón de la antigua rectoría era espacioso y elegante. Sin embargo, el centro floral que Gwenna se había esforzado tanto en preparar presentaba un aspecto ajado y triste. Habían pasado tres días desde que el mundo en el que ella vivía se había hecho pedazos y, con él, algunas de sus más sentidas convicciones.

Donald Hamilton había sido acusado de fraude, falsedad contable y falsificación y, además, se le había informado de que se le podrían añadir más delitos a aquel desgraciado listado. Al principio, todo el mundo había salido en su defensa, no sólo su familia, sino amigos y vecinos también, dado que se trataba de una figura muy popular. No obstante, el hecho de que su jefe y compañeros de trabajo se mantuvieran en silencio y guardaran las distancias había sido su condena pública. Podría ser que las personas pensaran en la seguridad de sus trabajos, dado que sólo hacía una semana que Fumridge Leather había sido absorbido por Rialto, un enorme imperio empresarial propiedad de Angelo Riccardi.

Tal vez la sorpresa más desagradable de todas fue el hecho de que, al ser interrogado, Donald Hamilton confesara su culpa. Gwenna se había sentido verdaderamente destrozada. El hecho de que el padre al que adoraba y admiraba hubiera caído tan bajo como para robar dinero la escandalizaba, aunque se sentía orgullosa de que hubiera tenido el valor necesario para aceptar sus culpas. Cuando por fin se le permitió regresar a casa, Donald tuvo una charla en privado con Gwenna. Allí, su padre le había confesado que había llevado un estilo de vida algo extravagante que le había empujado a acumular unas deudas que ya no podía pagar...

—Un mes tomé prestada una pequeña cantidad para salir de un apuro —le explicó su padre—. Por supuesto, tenía la intención de devolverlo. Desgraciadamente, Penélope decidió casarse por todo lo alto sin previo aviso y eso me costó una fortuna. Su madre se gastó otra fortuna reconfortándola cuando su matrimonio fracasó. El año pasado, Wanda necesitó una buena suma para montar su escuela de hípica. Como sabes, eso fue otro desastre y yo perdí mucho dinero. Sé que no es excusa para robar. Y no quiero que pienses que trato de echarle la culpa a nadie...

—No... no pienso eso —susurró Gwenna, con los ojos llenos de lágrimas mientras abrazaba a su padre. Sabía muy bien que su madrastra y sus hermanastras sólo se conformaban con lo mejor.

—Jamás se me ha dado muy bien decir que no a la gente que quiero. Me temo que hemos estado viviendo por encima de nuestras posibilidades durante mucho tiempo, pero me resultaba imposible negarle nada a Eva.

La quiero tanto, Gwenna... No sé lo que voy a hacer si ella decide divorciarse de mí por esto.

Después de esta conversación, a Gwenna le resultó muy difícil mantenerse al margen mientras el resto de su familia lo convertía en el centro de amargas recriminaciones.

—Han congelado tus cuentas y no se me ha pagado mi asignación. ¿Cómo se supone que voy a pagar la factura de mi tarjeta de crédito? —le decía su hijastra Penelope con el hermoso rostro retorcido en un gesto de furia.

Gwenna se preguntó qué ocurriría si ella le sugiriera a su hermanastra que se buscara un trabajo. Las dos hijas de su madrastra seguían viviendo en la casa paterna. Penelope tenía veintisiete años y en ocasiones ejercía como modelo. Sin embargo, seguía esperando que su padrastro le pagara los lujos que tanto le gustaban. Wanda, su hermana, era dos años más joven y no había tenido ningún trabajo que le durara más de seis semanas.

—¿Y las letras de mi deportivo? —le preguntaba Wanda—. ¿De dónde voy a sacar el dinero para pagarlas?

—Hasta ahora, jamás había apreciado el hecho de que, con mi primer esposo, nunca nos faltó de nada —apostilló Eva con crueldad.

Sí... Evidentemente yo no soy capaz de estar a su altura —susurró Donald completamente derrumbado.

—¡Si por lo menos no hubieras admitido que te habías llevado el dinero! Con un buen abogado, podríamos haber desestimado los cargos —le dijo Penelope, llena de furia.

—Podríamos haberlo conseguido si Fumridge hubiera seguido en manos de John Ridge, pero ahora... Rialto es una empresa muy poderosa y tienen recursos ilimitados. Estoy perdido...

—Lo que importa es que hayas tenido el valor de admitir lo que has hecho. Estoy segura de que fue un alivio para todo el mundo y de que tú ahora te sientes un poco mejor —comentó Gwenna.

—¿Sugieres acaso que la sinceridad es la mejor política? ¿Es eso lo que te enseñaron en la escuela dominical? —le espetó su madrastra con desprecio—. Estoy segura de que eso no lo aprendiste de tu madre. Después de todo, ella fue el secreto de tu padre durante años.

Gwenna enrojeció de la vergüenza de la que jamás había logrado desprenderse. Era cierto. La larga relación de su madre con Donald Hamilton había estado basada en mentiras y fingimientos.

—Mira, yo he venido a...

—¿A meter la nariz donde no te llaman? —terminó Wanda.

—Creo que todos deberíamos tratar de encontrar el modo de enfrentarnos mejor a esta situación —replicó Gwenna—. Si podemos devolver el dinero que papá ha sustraído de esas cuentas, tal vez podamos evitar que lo acusen formalmente. Evidentemente, podríamos

vender los jardines de Massey y el vivero. Además, está el apartamento de Londres...

La sugerencia de vender el apartamento Londres que tanto Eva como sus hijas utilizaban tan asiduamente puso a las tres mujeres al borde de un ataque de nervios. Sin embargo, Donald observó a su única hija con un brillo de esperanza reflejado en los ojos.

—¿Crees que eso podría servir de algo? —preguntó.

Gwenna asintió.

—Sin embargo, si vendemos Massey, tú perderás tu trabajo, el negocio que te has montado y tu propia casa. ¿De verdad harías eso por mí?

—Por supuesto, papá. Además, está esta casa....

—¡Esta casa está a mi nombre y no pienso venderla ni hipotecarla! —rugió Eva.

Gwenna desconocía aquel detalle, por lo que se disculpó apresuradamente.

En aquel momento, el teléfono empezó a sonar. La policía quería que su padre respondiera a algunas preguntas más. Al ver que su padre palidecía, Gwenna se puso de pie con un rápido movimiento.

—Voy a ir a Fumridge Leather para hablar con quien tenga el poder de tomar una decisión en tu nombre.

—Es una pérdida de tiempo —musitó Donald—. Hagas lo que hagas, estoy acabado.

Angelo aceptó el café solo, pero ignoró las insinuaciones de la secretaria que se lo había ofrecido y que lo observaba con admiración. Estaba de pie al lado de la ventana de la sala de juntas de Fumridge Leather, escuchando cómo los ejecutivos de la empresa discutían ideas sobre cómo sanear la empresa con el antiguo dueño, John Ridge. Aquella era la empresa más pequeña que Rialto había absorbido en más de una década y, además, tenía un enorme agujero negro en sus cuentas. Sin embargo, tenía dos mil empleados con muchos motivos para odiar a Donald Hamilton porque sus futuros pendían de la cuerda floja.

La ventana junto a la que estaba dominaba la recepción de la empresa. Vio que una mujer joven se acercaba al mostrador. Llevaba una larga melena rubia recogida con un sencillo pasador. Angelo se tensó, reconociendo inmediatamente el elegante rostro y su perfil perfecto. Se quedó sorprendido. Aquella mujer, que vivía en el pueblo más muerto de todo Somerset, lo había encontrado. ¿Acaso habría visto su limusina y se había imaginado la cantidad de dinero que tenía? Fuera como fuera, lo había identificado y le había ahorrado las molestias de tener que buscarla.

Se sintió desilusionado. Había pensado que, por una vez, tendría que esforzarse para llevarse a una mujer a la cama.

El teléfono sonó. La llamada era para John Ridge.

Tras colgar el auricular, Ridge pareció incómodo.

—Gwenna, la hija de Donald Hamilton, está abajo y ha pedido verme a mí o a quien esté al mando. ¿Hay alguien aquí que quiera hablar con ella?—. Angelo se había quedado tan inmóvil como una estatua. Tenía el ceño fruncido. En la información que le habían proporcionado sobre Donald Hamilton no había referencia alguna a que tuviera una hija.

—¿Dice usted la hija de Hamilton?

—Su única y encantadora hija, aunque yo preferiría no tener que hablar con ella. No hay nada que decir, ¿verdad?

—Nada —afirmaron al unísono todos los ejecutivos.

—Yo la recibiré aquí dentro de quince minutos —anunció Angelo, suprimiendo la ira y la sorpresa. Inmediatamente, abrió el archivo que tenía sobre Hamilton en su portátil. Allí, encontró una breve referencia a Jennifer Gwendol en Massey Hamilton, de veintiséis años de edad. La única hija de Donald Hamilton tenía que ser muy valiosa incluso para un hombre tan mentiroso como él.

Gwenna estaba sentada en la sala de espera. Notaba perfectamente la hostilidad que su presencia despertaba y llegó a la conclusión de que estaba recogiendo lo que su padre había sembrado. Los minutos iban pasando muy lentamente. Se había quedado atónita cuando le dijeron que Angelo Riccardi, el multimillonario dueño de Rialto, estaba allí y que estaba dispuesto a hablar con ella. Cuando por fin la acompañaron a la sala de juntas, tras pasar por delante de la puerta de lo que una vez había sido el despacho de su padre, se sentía nerviosa, avergonzada y muy incómoda.

—Señorita Hamilton... —murmuró Angelo, observando la conmoción que se reflejó en los rasgos de Gwenna cuando lo reconoció—. Me llamo Angelo Riccardi.

—Usted es... ¡Es imposible! —exclamó—. Bueno, evidentemente... debe de ser usted quien dice que es —añadió, tras una pequeña pausa—. Dios mío, esto es una coincidencia que preferiría que no se hubiese producido.

—Sigo sin saber por qué quería usted verme.

—He venido a hablar sobre mi padre.

—Me sorprende que usted crea que eso podría interesarme.

—Mi padre trabajó en esta empresa durante muchos años.

—Durante los cuales, sistemáticamente, despojó a esta empresa de su capital.

—No tengo intención alguna de negar lo que mi padre ha hecho.

—Entonces, ¿qué otra razón puede tener usted para pedir esta entrevista? Puede que esperara usted el mismo trato especial del que su padre disfrutó mientras trabajaba aquí.

—No sé de qué está usted hablando.

—John Ridge trató a su padre más como a un amigo que como a un empleado y jamás pudo entender por qué el hecho de que la productividad mejorara jamás reportaba más beneficios. Por eso decidió vender. Ahora que ha visto cómo su confianza fue traicionada, se siente muy dolido.

—Mi padre está muy avergonzado. Sé que eso no cambia nada, pero...

—Vive usted en su mundo de fantasía, señorita Hamilton. En estos momentos, mis empleados están encontrando el modo de que este negocio salga adelante sin despidos masivos.

—No lo sabía —dijo Gwenna, que no se había parado a pensar en las consecuencias que podrían acarrear las acciones de su padre—. Desconocía que el asunto fuera tan serio.

—¿Cómo no iba a saberlo? Esta empresa perdió una gran cantidad de dinero. Ningún negocio de este tamaño podría capear con unas pérdidas económicas de tal calibre sin despidos.

—Esa es precisamente la razón que me ha traído hasta aquí —dijo ella, con un renovado optimismo—. Para hablar de cómo podemos pagar ese dinero.

—¿Pagarlo dice?

Angelo la observó con curiosidad. Los hermosos ojos y las pecas que le cubrían la nariz le daban un atractivo que era incapaz de definir. El traje pantalón no era nada del otro mundo y tampoco le sentaba demasiado bien, pero se veía relegado a un segundo plano por la radiante belleza que emanaba de ella.

—Mi padre tiene algunas propiedades que se podrían vender. El dinero que se sacara se podría destinar a pagar la deuda —afirmó, aunque sin mirarlo a los ojos. Se preguntó por qué aquel hombre la hacía sentirse tan incómoda.

—Si alguna de esas propiedades se compró con dinero robado y el tribunal declara culpable a su padre, se podrían expropiar sin más y venderse para proporcionar compensación.

—No lo sabía...

—Sin embargo, un caso como éste lleva mucho tiempo y a esta empresa lo que le falta es tiempo precísame.

—Mi padre ya ha admitido su culpa —le recordó Gwenna esperanzada—. Él estaría encantado de que sus propiedades se pusieran a la venta y que el dinero que se obtuviera sirviera para pagar su deuda.

—Le recuerdo que su padre es un ladrón y que se puede tardar mucho tiempo en vender una finca.

—Sí, claro, lo comprendo....

—Por supuesto, en el caso de que yo estuviera dispuesto a considerar algo así, se podría realizar una tasación y cambiar la titularidad de esas propiedades. Eso se podría realizar con mucha rapidez.

Gwenna asintió, de nuevo esperanzada. Entonces, contuvo el aliento, consciente de que la mirada de Angelo Riccardi despertaba en una parte de su cuerpo el pulso del deseo. Al reconocer este hecho, se sonrojó y se dirigió hacia la ventana. No podía creer que aquel hombre pudiera ejercer un efecto tal en ella. ¿Cómo había sido capaz de despertar el deseo físico que ella llevaba tanto tiempo conteniendo y ocultando? Se negaba a creer que algo así pudiera ser posible. Hacía mucho tiempo que decidió que jamás entregaría su cuerpo sin su corazón.

—También disminuiría los riesgos de que alguien sufriera arrepentimientos de última hora —señaló Angelo—. Evidentemente, su objetivo es evitar que su padre tenga que ir a juicio.

—Sí —admitió ella, manteniéndole la mirada.

—Si le soy sincero, soy de la opinión que todo los que cometen un delito deberían sufrir todo peso de la ley.

—Sin embargo, si la empresa recuperara ese dinero, ésta y todos los trabajadores se verían beneficiados. ¿No le parece eso una buena razón?

—No me dejo llevar por los impulsos de mi corazón, señorita Hamilton.

Angelo observó cómo ella se apartaba un mechón de cabello rubio de la suave mejilla. Era una mujer exquisita, deliciosa, y su cuerpo había reaccionado inmediatamente ante la carga sexual que suponía la presencia de aquella mujer. Notó que ella estaba temblando. Le gustaba pensar que él podría ser la razón de esa reacción. De repente, deseó ver cómo la cabellera rubia le caía en todo su esplendor por la espalda y sin poder evitarlo pensó en un cuadro de una mujer desnuda a caballo: lady Godiva. La imagen no podía resultarle más erótica.

—Pero en este caso en particular... —se atrevió ella a sugerir.

—Los negocios tienen que ver exclusivamente con el arte del beneficio y la conclusión es que su oferta no me ofrece el suficiente como para poder tentarme.

La desilusión se apoderó de Gwenna. Jamás se había sentido tan nerviosa o fuera de lugar. Ella era simplemente una jardinera. Por primera vez, fue consciente de su falta de sofisticación. No sabía cómo suplicarle a un hombre, y aquél tenía la apariencia fría, dura y elegante de un diamante.

Esto unido a la falta de sentimientos era una combinación que le resultaba muy intimidatoria.

—¿Qué más haría falta para... para tentarlo a usted?

Angelo la estudió con inquietante tranquilidad.

—Tú.

—Lo siento. No le comprendo —dijo ella, sorprendida.

—Te quiero a ti.

—No comprendo —repitió, esperando que Riccardi no se estuviera refiriendo a lo que ella creía. Era imposible.

—¿Eres siempre tan lenta en comprender las cosas?

—¿Está usted hablando de... sexo? —preguntó, incrédula y avergonzada a la vez.

Angelo aleteó sus espesas pestañas negras con un gesto de aburrimiento.

—¿Y de qué si no?

—¿Acaso me está tomando el pelo?

—Yo no tomo el pelo a nadie.

Gwenna lo observó atentamente. Era muy guapo, pero decidió aplastar aquel pensamiento inmediatamente.

—¿De verdad me está usted sugiriendo que si me acuesto con usted podría reconsiderar los cargos contra mi padre?

—Sí.

—Moralmente, eso está mal.

—Los dos somos personas adultas y usted tiene la capacidad de poder elegir.

Gwenna irguió la cabeza. Se sentía furiosa por el hecho de que él pudiera avergonzarla tan fácilmente.

—¿Disfruta usted insultándome de este modo?

—Lo que para una mujer es un insulto para la otra es un cumplido. No es que quiera presumir, pero algunas mujeres serían capaces de matar por tener la misma oportunidad.

Gwenna, que raramente perdía la compostura, comprendió en aquellos momentos lo que se podría sentir para desear matar a otro ser humano. Aquella arrogancia, aquella insolencia le repugnaba. Sintió que fluía por sus venas el amargo veneno del odio.

—¡Pues yo no soy una de esas mujeres!

—Lo que, decididamente, te convierte en más deseable.

—¿Acaso es usted uno de esos hombres que siempre desea lo que no puede tener?

—Nunca me he encontrado con nada que no pudiera tener.

—Pues aquí tiene el primer caso —le espetó, dándose la vuelta—. No estoy dispuesta a negociar con mi cuerpo, señor Riccardi.

—En ese caso, su padre tendrá que cargar con sus culpas e ir a prisión —murmuró Angelo cuando Gwenna estaba a punto de salir por la puerta.

Sabiendo que no se podía permitir tal demostración de desdén, Gwenna dudó. La idea de que su padre pudiera ir a la cárcel la horrorizaba. Donald ya había perdido tanto: reputación, amigos, seguridad económica... Podría ser que incluso su matrimonio siguiera el mismo camino. Sabía que su padre había actuado mal y lo aceptaba, pero lo que dominaba sus pensamientos era la deuda que había contraído con su padre el día en el que él le abrió las puertas de su casa tras la repentina muerte de su madre.

Cuando su progenitora, Isabel, se quedó embarazada durante una larga relación con Donald Hamilton, había esperado que él dejara a Marisa, su esposa, con la que no tenía hijos, por ella. Sin embargo, Isabel se enteró de que no había sido la única aventura extraconyugal de Donald. Dolida y amargada, se había convertido en una madre soltera poco entregada.

Cuando Gwenna tenía ocho años, Isabel murió en un accidente de coche. Donald, que aún estaba casado con su primera esposa, se dispuso a ayudar inmediatamente a su hija ilegítima en unos momentos en los que la niña no tenía a nadie más a quien acudir. Aunque había sido prácticamente una desconocida para él, su padre la había hecho sentirse muy querida. A pesar de que Marisa lo obligó a elegir entre su hija o ella, Donald se negó a entregar en adopción a Gwenna. Marisa no tardó mucho en pedir el divorcio. Su padre jamás le había echado en cara el precio que había tenido que pagar por elegirla a ella. Sin embargo, a pesar de que se casó casi inmediatamente con Eva, Gwenna siempre se había sentido muy culpable. El paso del tiempo no había logrado quitarle la idea de que seguía en deuda con su padre por el sacrificio que había hecho por ella.

—Antes de que te marches, quiero que me escuches —le dijo Angelo, notando las dudas de ella. Gwenna se volvió para mirarlo—. Si tu padre tiene bienes suficientes para volver a llenar los Cofre que dejó vacíos en esta empresa y tú accedes ser mi amante, retiraré los cargos en su contra.

Gwenna se echó a temblar. ¿Amante? ¿A que se refería con eso? ¿A una aventura de una noche? Su ignorancia en el terreno sexual le molestó mucho.

—¿Y qué implicará eso de ser su amante?

—Agradarme...

—No creo que eso se me dé muy bien.

—Estoy dispuesto a darte lecciones sin coste alguno.

—Lo que creo es que no puede soportar que lo rechacen.

—No creo que vayas a rechazarme dos veces. Gwenna contuvo el aliento. Le resultaba imposible imaginarse sin horrorizarse el hecho de quitarse la ropa delante de un hombre, por lo que prefirió no pensar en lo que venía después. Sabía que había muchas personas que tenían relaciones sexuales sin darle importancia alguna. Sería algo físico, no emocional. No tenía que darle tanta importancia a algo que no la tenía. Tal vez no le atrajera demasiado el sexo, pero podría soportarlo.

—Bueno, en lo que a mí se refiere es una idea estúpida, pero si el hecho de que yo me acueste con usted una noche va a ayudar a mi familia...

—Una noche no será suficiente.

Gwenna se quedó atónita. ¿Quería más de una noche?

—En ese caso, me gustaría saber cuánto tiempo va a querer usted que yo represente ese papel en su vida.

Angelo se encogió de hombros.

—Mientras me proporciones entretenimiento.

—¿Acaso le entretiene que una mujer lo odie?

Te prometo que odio no será precisamente lo que sientas al final.

Gwenna sintió un odio tan profundo que estuvo a punto de desmayarse. Entonces, la realidad pasó de nuevo a la primera página y recordó el profundo amor que sentía por su padre. Angelo Riccardi le estaba dando la oportunidad de protegerlo. ¿Cómo podía negarse? ¿Cuántos años de libertad perdería su padre si se negaba? Si ingresaba en prisión, Donald perdería la oportunidad de volver a empezar. ¿Qué derecho tenía ella a negarle esa posibilidad?

—Quiero que me respondas ahora mismo.

—Sí... Me ha hecho usted una oferta que no puedo rechazar.

Angelo extendió la mano.

—Sin embargo —añadió ella—, no finjamos que se trata de una oferta civilizada.

Él dio un paso atrás y antes de que Gwenna tuviera la más mínima idea de lo que iba a hacer le cubrió los labios con su insolente boca. La sorpresa la paralizó durante los primeros segundos y entonces, una salvaje pasión se apoderó de ella, tensándole todos los músculos de su feminidad. Cuando Angelo levantó la cabeza, la observó con sus ojos oscuros.

—Se le da demasiado valor al concepto de «civilizada», cara. Mis abogados se pondrán en contacto contigo. Si todo va bien, yo te llamaré la semana que viene.

Capítulo 3

Donald Hamilton sacudió lentamente la cabeza.

—No me queda nada, ni siquiera mi independencia.

—¿Acaso las tasaciones no son lo que tú esperabas? —le preguntó Gwenna, muy preocupada.

—Yo diría que esas cifras son más que generosas.

Gwenna frunció el ceño.

—Por supuesto, los precios han caído en algunas zonas. ¿Cómo han tasado el jardín y el vivero?

—Bueno, la finca es de interés cultural, por lo que la ley la protege. Eso hace que su valor de venta sea bajo, para evitar que se pueda caer en la especulación urbanística. En cuanto al vivero, es un negocio pequeño. Tú lo has hecho bien, pero...

—Sé que no es gran cosa.

—Aun así, si el hecho de vender me protege para no tener que ir a los tribunales, ¿cómo voy a quejarme? En cuanto a lo que me has dicho del dueño de Rialto y de ti, eso hace que esta oferta sea aún más sorprendente.

¿Sorprendente? Le parecía una extraña elección de palabras. Gwenna se sonrojó y se preguntó si su padre había comprendido lo que ella había tratado de decirle tan delicadamente con respecto a Riccardi y a ella. Para ocultar su confusión, se agachó para acariciar a Piglet, que estaba tumbado a sus pies.

—Eres una mujer muy hermosa y ya eres adulta —dijo Donald—. No se me debe olvidar. No me sorprende que un hombre como Angelo Riccardi se haya fijado en ti.

—Bueno, sí, podríamos decir eso... —dijo ella. Decidió que su padre no había comprendido la clase de relación que Angelo Riccardi le había ofrecido.

—Tal vez podrías hablar con él sobre las tasaciones —murmuró su padre, como si nada—. No necesariamente ahora, pero puede que dentro de un par de semanas.

—¿A qué te refieres?

—Es imposible que seas tan ingenua. Evidentemente, tú ejerces una gran influencia sobre el hombre que me tiene en su poder.

—No creo que sea así exactamente...

—No es momento de falsas modestias —replicó su padre con una nota de irritación—. Elige el momento adecuado y háblale de lo mucho que te ha dolido cómo se ha tratado a tu familia. ¿Te has parado a pensar

cómo va a ser mi vida cuando no tenga ni dónde caerme muerto? ¿Cuando me vea obligado a vivir de tu madrastra como si fuera un gigoló?

Gwenna se quedó atónita al escuchar aquellas palabras.

—Mira, lo siento... No había pensado en eso. Lo único que me preocupaba hasta ahora era que no fueras a prisión.

Donald Hamilton parpadeó como si ella hubiera cometido una imperdonable falta de tacto.

—Creo que ese riesgo ha sido eliminado y la vida sigue adelante —declaró—. Va a resultarme muy difícil encontrar otro trabajo.

—Sí, supongo que sí. Sin embargo, ¿cómo esperas que te ayude el hecho de que yo hable co Angelo Riccardi?

—Eres muy ingenua, Gwenna. Mientras ese Riccardi esté interesado por ti, tendrás el mundo a tus pies. Lo mejor que me podría ocurrir sería que yo pudiera recuperar mi trabajo en Fumridge Leather.

—¿Cómo dices?

—Sí. Eso les cerraría la boca a todos los que han hablado tanto de mí. Además, me ayudaría a volver a empezar.

—Sinceramente, no creo que pueda hacer nada al respecto.

—Bueno, si eso no es posible, algo de un nivel equivalente en otra parte. ¿Por qué te escandalizas tanto? A Riccardi no le supondría ningún esfuerzo hacerte ese pequeño favor.

Por una vez, Gwenna se sintió agradecida de la llegada de Eva y de sus hijas. No sabía cómo decirle a su padre que ella no tenía la influencia que él imaginaba y que sabía que sus expectativas eran imposibles.

—Me alegra ver que aún llevas puesto tu asqueroso Barbour y tus vaqueros como siempre —dijo Penelope—. ¿Cundo va a utilizar Angelo Riccardi su varita mágica para convertirte en un bombón? ¿O es que acaso le gusta el barro?

—Tú y tu asquerosa suerte —añadió Wanda sin ocultar su envidia—. Cuando pienso en todo lo que yo me esfuerzo por estar hermosa, resulta de que tú vayas por ahí con ese aspecto y seas capaz de ligarte a un millonario.

—Os aseguro que no durará ni cinco minutos con él —afirmó Eva.

—Bueno, es mejor que me vaya —dijo Gwenna—. Tengo que llevar unos pedidos a la oficina de correos —añadió, ansiosa por escapar del odio de las tres mujeres.

—No te olvides de lo que estoy pasando —le recordó su padre, tras acompañar a la puerta a su hija.

—Por supuesto que no...

—A ver si puedes hacer algo por mí con ese Riccardi.

Gwenna regresó al vivero en su furgoneta. Desgraciadamente, ya no podía hacer nada más por su padre. Donald tendría que enfrentarse al hecho de que su vida jamás volvería a ser igual. Ella misma tenía también que aceptar que, en el espacio de pocos días, su vida se derrumbaría a su alrededor como un castillo de naipes y con ella el futuro que había dado por sentado. Se vería privada de los jardines en los que había crecido y trabajado. Su negocio pasaría a manos de un desconocido que tal vez ni siquiera lo conservara. Después de todo, los beneficios del vivero eran escasos.

Acababa de terminar de preparar los paquetes cuando su teléfono móvil empezó a sonar. Era Toby, un paisajista. Toby James era ya conocido en el mundo de la jardinería y, a menudo, aceptaba contratos en el extranjero. Lo había conocido en la universidad y lo veía menos de lo que le habría gustado.

—Un amigo me ha contado lo de tu padre —dijo Toby—. Debes de estar destrozada por todo esto. ¿Por qué no me lo contaste tú personalmente?

—Bueno, no vi razón para contarte malas noticias.

—¿Y cuántas veces te he llorado yo en el hombro?

—Sólo una —dijo ella, recordando aquella noche lamentable—. Además, los jardines y el vivero se van a vender.

—Es un desastre... ¡No me lo puedo creer!

Gwenna se imaginó a Toby mesándose el cabello con una mano y los ojos verdes llenos de preocupación. Era un hombre muy atractivo y divertido. Tenían mucho en común y Gwenna se llevaba muy bien con la familia de él. Le había costado mucho tiempo asimilar que su amistad no iba a ir más allá porque Toby era homosexual. Cuando lo descubrió, estaba ya completamente enamorada de él.

Mientras Gwenna charlaba con Toby, Angelo llegó al vivero. Miró a su alrededor con un profundo desdén y se dirigió hacia la puerta abierta de la tienda. Entonces, vio a Gwenna. Interminables piernas cubiertas con vaqueros, el cabello rubio recogido en una coleta y una maravillosa sonrisa en el rostro. Estaba charlando por teléfono y no se había percatado de que él había llegado.

Instantáneamente supo que él no estaría satisfecho hasta que no le sonriera a él de ese modo.

—Ha pasado un montón de tiempo desde la última vez que te vi... Te echo de menos.

Angelo empezó a escuchar la conversación sin que ella se diera cuenta. Estaba agarrada a aquel teléfono como si fuera su amante o, mejor dicho, como si estuviera hablando con su amante. Tenía los ojos brillantes, la voz susurrante. Una dura y fría mirada se reflejó en los ojos de Angelo.

—Ahora, todo está un poco en el aire —añadió Gwenna. Bueno, ya te lo contaré todo cuando regreses.

Gwenna sintió que algo le hacía levantar la cabeza y, cuando lo hizo, estuvo a punto de dejar caer el teléfono. Vio a Angelo Riccardi en la puerta con un aspecto muy elegante... y muy guapo.

—Toby... tengo que dejarte. Acaba de entrar un cliente en la tienda —mintió.

—¿Quién es Toby? —le preguntó Angelo, entrando en la tienda, cuando ella hubo colgado.

—Un amigo —respondió ella, guardándose el teléfono en el bolsillo—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Me vas a preguntar eso mismo en la cama? Te recuerdo que no soy un cliente —añadió, haciendo que Gwenna se ruborizara profundamente—. Bueno, me gustaría que me enseñaras la finca.

—No hay mucho que ver.

—Lo que sea. Necesito un poco de aire fresco. Aquí casi no se puede ni respirar por el olor a perfume. —Preparo —flores secas perfumadas —dijo el indicándole los boles—. Vendo mucho. Mis clientes vienen de muy lejos para comprármelas.

De repente, Piglet se levantó del lugar donde estaba tumbado y se dirigió como una flecha al exterior. Eso hizo que Gwenna se percatara de que el aparcamiento estaba lleno de coches y de hombres.

—¿Quiénes son todas esas personas?

—Mi servicio de seguridad.

Gwenna sintió la tentación de hacer un comentario referente a su necesidad de tomar precauciones. Sin embargo, Angelo pareció leerle el pensamiento.

—Mejor que no lo hagas. No es nunca muy buena idea ponerme de mal humor —dijo.

Gwenna se sintió desconcertada por la velocidad con la que él le había leído el pensamiento por lo que decidió guardar silencio.

—Sólo se ha restaurado una parte de los jardines. Yo utilizo la parte que era el huerto para cultivar las plantas que vendo y que crecen en su hábitat natural.

—Yo jamás habría dicho que éste sea tu hábitat natural.

—Pues te habrías equivocado.

—Yo raramente me equivoco en nada.

Entonces, Angelo le tomó la mano. Ella tuvo que reprimir el impulso de retirarla. Unos dedos largos y morenos le rodearon la muñeca, para dejar al descubierto la piel endurecida de las manos y el lamentable estado de sus uñas.

—Cuando me dijiste que dirigías el vivero, no me di cuenta de que lo que hacías era trabajar la tierra como un jornalero.

—Eso es lo que más me gusta.

—Has llevado una vida muy espartana hasta ahora.

—No lo creo.

—Eres muy testaruda y me gusta —dijo él, mirándola fijamente a los ojos—. En un mundo de mujeres que dicen siempre que sí, tú brillas como una estrella, *gioia* —concluyó, besándole la mano.

Gwenna la retiró inmediatamente, pero no por ello dejó de sentir el contacto de sus labios.

Mientras ella le explicaba todo lo referente a la finca, Angelo escuchó sin interés alguno las explicaciones que Gwenna le daba. No tenía intención de comprometerse con un proyecto que, aparentemente no le ofrecía perspectiva alguna de beneficios. Además, no le gustaban los espacios verdes. Por el contrario, no dejaba de preguntarse cómo Gwenna podría tener un aspecto tan delicioso cuando iba vestida como una vagabunda. Recordó el suave aroma de su piel y que seguramente era simple jabón.

—Déjalo ya —dijo...

—¿El qué? —preguntó ella.

Angelo le agarró fuertemente de la mano y tiró de ella.

—Señor Riccardi...

Aquella manera tan formal de referirse a él lo llenó de una insatisfacción tan profunda que no pudo evitar tomarla entre sus brazos y besarla con un fiero deseo que, normalmente, solía mantener bajo control.

Gwenna intentó protestar, pero Angelo ahogo las palabras con sus propios labios. La besó con tanta pasión que ella sintió que las piernas amenazaban con no aguantarle el peso. Los sensuales movimientos de la lengua de Angelo en el interior de la boca la excitaron. Sensaciones desconocidas hasta entonces le recorrían todo el cuerpo. Con un rápido movimiento, él la empujó contra la pared de piedra que estaba a espaldas de Gwenna y le cubrió el trasero con las manos, consiguiendo así que ella sintiera la potencia de su erección. La pasión del italiano resultaba aterradora y excitante al mismo tiempo para ella.

De repente, Angelo levantó la cabeza y exclamó algo que pareció sonar a un insulto en italiano.

—Tu perro me ha mordido.

A Gwenna le costó centrarse, pero por fin vio cómo Piglet ladraba como un loco y tiraba frenéticamente del bajo del immaculado pantalón de Angelo.

—¡Dios mío! No le gustas nada —dijo, agachándose inmediatamente para tomar al perrito en brazos.

—*¡Inferno!* ¿Eso es todo? ¿Nada de «estás herido» o «te ha hecho sangre» o «necesitas la vacuna de la rabia»?

—Lo siento mucho... ¿Te encuentras bien?

—Bueno, no creo que vaya a desangrarme y tengo las vacunas al día —replicó Angelo secamente, sin poder evitar fijarse en cómo Gwenna acariciaba y tranquilizaba al perro.

Con las piernas temblorosas, Gwenna dio las gracias al cielo por la intervención del perro y se apartó para dejarlo en el suelo. Estaba segura de que el perro la había salvado de perder su virginidad. Estaba segura de que Angelo Riccardi no se había detenido. Hacía lo que quería cuando quería. Además, sentía la boca tan hinchada y acalorada por el beso que tenía miedo de volver a mirarlo.

—Más allá del muro, los jardines son tierra baldía. Allí no hay nada que merezca la pena enseñarte.

—¿Y la casa?

Unos minutos después se detuvieron frente a la casa donde había nacido la madre de Gwenna. Su estado ruinoso había entristecido mucho a Isabel Massey, que jamás había logrado superar la convicción de que no se había sabido sacarle partido.

—¿Cómo está por dentro?

—En estado ruinoso. Hace unos años se taparon con tablones las ventanas por seguridad.

—Esta sólo ha sido una visita rápida —murmuró Angelo mientras regresaban al centro de jardinería—. Debería mencionar que se ha convocado a tu padre para que asista a una reunión esta tarde.

—¿Y sobre qué es esa reunión?

—Sobre el hecho de que no nos ha dado un listado completo de sus propiedades.

—¡Eso es mentira! —exclamó ella, con las mejillas enrojecidas.

—No me gustan las personas que me hacen desperdiciar el tiempo.

—Te aseguro que mi padre no ha estado desperdiciando tu tiempo y que tampoco te ha mentado —replicó ella con ojos brillantes—. No puedes dar por sentado que te ha mentado sólo porque cometió el error de apropiarse de un dinero que no le pertenecía.

—Y no lo estoy haciendo. Se le dijo a tu padre que tenía que declarar cuáles eran sus bienes y ha omitido los detalles del otro apartamento que tiene en Londres.

—Mi padre sólo tiene un apartamento en Londres.

—Tiene la suerte de disponer de dos, dado que aún le falta una buena cantidad en el dinero que tiene que devolver.

—Tienes que estar equivocado.

—Me temo que no. La información de la que dispongo sobre el segundo apartamento que tu padre tiene en Londres es muy de fiar.

Gwenna no sabía qué decir. Giró la cabeza para que Angelo no viera que los ojos se le habían llenado de lágrimas.

—Si tienes razón, realmente no sé cómo disculpar a mi padre.

—Nuestro acuerdo sigue en pie. Tu padre nos entregará la titularidad de los bienes y nosotros nos olvidaremos de lo ocurrido.

—Dadas las circunstancias, es muy generoso por tu parte.

Angelo sonrió de un modo un tanto siniestro.

Los acontecimientos se estaban desarrollando tal y como había pensado. Sabía que Donald Hamilton había cometido al menos otro delito que tarde o temprano saldría a la superficie. Para cuando hubiera terminado con él, su enemigo lo habría perdido todo.

—Mi padre no es un mal hombre, sino sólo algo necio. No sé qué le habrá pasado, pero... Tal vez sea una especie de crisis de mediana edad. Sinceramente, no puedo explicar por qué ha hecho esto o por qué precisamente en estos momentos se comporta como su peor enemigo. Sin embargo, te aseguro que ha sido un padre maravilloso para mí y que ha hecho mucho por esta comunidad.

Algo incómodo por un cierto sentimiento de piedad que se estaba apoderando de él, Angelo decidió regresar al tema que más le interesaba.

—He organizado tu alojamiento.

—¿Qué clase de alojamiento y dónde?

—Un ático en Londres.

—¿Tiene jardín? Piglet necesita un jardín.

—¿Piglet?

—Mi perro.

—Yo pagaré la factura del hotel para animales en el que se quede.

—No. Tiene que quedarse conmigo. Se pone muy triste y se niega a comer cuando yo no estoy con él. Sé que para alguien a quien no le gustan los animales puede parecer una tontería... pero es un perro con muchos sentimientos.

—He dicho que se va a un hotel. Mis asesores escogerán el mejor.

—Pero si yo no estoy a su lado no comerá y...

—Tonterías.

—No son tonterías...

—No me gustan los animales en las casas.

Convencida de que Angelo Riccardi se hartaría de ella en menos de una semana, Gwenna decidió no seguir hablando del tema.

—¿Y puedo yo decir algo al respecto?

—¿Sobre qué? ¿Sobre tu alojamiento?

—Sí. Quiero vivir en una casa con jardín —dijo—. Me volveré loca si estoy en la ciudad y encima encerrada entre cuatro paredes.

—En el ático hay piscina y un techo que se puede retirar...

—Yo quiero un jardín... Hasta los condenados tienen derecho a pedir un último deseo.

—Te aseguro que no te estás enfrentando a un pelotón de fusilamiento. ¿Cuándo puedes venirte conmigo?

—Cuando tenga... cuando no me quede más remedio.

—Esa sería la respuesta que una doncella virgen habría dado hace un siglo. Te aseguro que tú no estás en esta categoría.

—Crees que lo sabes todo, ¿verdad? No es así. En lo que a mí respecta, claro que estoy en esa categoría...

Angelo entornó la mirada y la miró con atención.

—No te atrevas a realizar comentarios sarcásticos sobre mí —le advirtió ella.

Angelo sintió una profunda satisfacción. ¿Acaso era aquélla la razón por la que se sentía tan atraído por ella? ¿Habría sentido de algún modo aquella sutil distinción que la diferenciaba de las otras mujeres que había conocido? Era virgen. Jamás había sentido un deseo tan fuerte por una mujer y por fin había comprendido que la razón de que ella se mostrara tan reacia era su inexperiencia que provocó que la deseara más aún.

—Mira, tengo mucho trabajo que hacer —musitó ella—. ¿Cuándo me esperas en Londres?

—La semana que viene. Se te mantendrá informada —dijo Angelo, sacándose una tarjeta del bolsillo—. Si quieres hablar conmigo... aquí tienes mi número privado.

Gwenna aceptó la tarjeta, pero le resultó imposible imaginar por qué iba ella a querer buscar un contacto voluntario con Angelo Riccardi. Sus pensamientos se centraron en otro tema que le preocupaba más.

—¿Qué vas a hacer con esta casa?

Angelo se encogió de hombros. Su indiferencia hacia unos jardines de tanto valor histórico le llegó a Gwenna al corazón y se lo partió en dos.

Antes de que se montara en su limusina, Angelo la miró. Ella lo ignoró y, tras tomar en brazos a su perrito, que seguía ladrando sin parar a los coches, desapareció a toda velocidad. Angelo apretó la mandíbula.

Capítulo 4

Cuatro días después, Gwenna estaba en Londres. A la mañana después de su llegada, se reunió en su hotel con una elegante morena de poco más de treinta años. Se llamaba Delphine Harper y era una de las ayudantes de Angelo. Se había encargado de organizarlo todo.

—Hoy tiene usted un montón de citas —dijo. Lo primero que he organizado ha sido una visita a la casa que el señor Riccardi ha elegido para usted.

Gwenna recordó con tristeza que, desde el día en el que Angelo Riccardi fue al vivero para visitarla, su día a día había estado plagado de acontecimientos. El mismo día, su padre había cedido todas sus propiedades y, a las veinticuatro horas, un empleado de Rialto había llegado para hacerse cargo del vivero. La velocidad a la que todo se desarrollaba la había dejado completamente atónita. También había tenido que dejar vacante su piso. Este hecho la había obligado a vivir temporalmente con su padre, donde sus hermanastras y su madrastra le hicieron sentir muy poco bienvenida.

Gwenna aprovechó las circunstancias para preguntarle a su padre sobre el segundo apartamento en Londres.

—Tenía una razón muy buena para mantenerlo en secreto. Eva habría querido que yo lo vendiera para comprar una casa más grande y yo lo quería para cuando nos jubiláramos. Mis motivos no eran nada egoístas. Además, la actual inquilina es una anciana. Me preocupaba que el cambio de dueño pudiera afectarla a ella.

—Permaneciste en silencio cuando prometiste declarar todos tus bienes. Eso debió de dejarles una impresión muy mala a los de Rialto.

—Si no cuido de mis intereses, ¿quién va a hacerlo? Por supuesto, espero que cuando tengas oportunidad hagas todo lo posible por aliviar nuestros problemas.

Al recordar aquella conversación, Gwenna sintió que su nivel de estrés alcanzaba niveles muy altos. La falta de preocupación de su padre sobre lo que había hecho la ponía muy nerviosa. El hecho de que hubiera robado dinero de Fumridge no había sido un hecho puntual. Además, su problema iba más allá.

—Hemos llegado —dijo Delphine, interrumpiendo los tristes pensamientos de Gwenna y devolviéndola al presente.

Tras salir del coche, Gwenna observó atónita la casa que había enfrente de ella.

—Esta debe de ser una de las mejores casas de Londres —comentó Delphine sacudiendo las llaves con aire de importancia y abriendo la imponente puerta principal.

Al entrar en el vestíbulo de mármol, Gwenna se quedó asombrada, observando maravillada las columnas y la elegante escalera. Se le ocurrió un montón de preguntas, pero se sentía demasiado avergonzada como para darles voz.

—Es una casa muy grande y no se deje engañar por su antigüedad. Cuenta con aire acondicionado, controles electrónicos, un sistema de sonido integrado e imponentes medidas de seguridad.

El recorrido de la casa comenzó en el sótano donde había una piscina, un gimnasio, una bodega y siguió por los pisos superiores con un desfile de enormes estancias y baños equipados con la última tecnología.

Al ver que Gwenna no decía nada, Delphine empezó a mostrarse un poco ansiosa.

—La casita que hay en la parte de atrás cuenta con habitaciones para el servicio y garaje. Ahora, déjeme que le muestre el jardín, algo que creo que le interesa especialmente. Es grande, resguardado y está orientado al sur.

—Por favor, perdóneme unos minutos... tengo que llamar a su jefe.

Gwenna se dirigió inmediatamente a una de las habitaciones de la planta baja y rebuscó en su bolso hasta que encontró la tarjeta que Angelo le había dado. Mientras marcaba los números sacudió la cabeza varias veces.

En cuanto oyó su voz, empezó inmediatamente a hablar.

—Soy Gwenna. Siento molestarte.

—No me molestas en absoluto, *gioia mia* —dijo él, indicándole a su secretaria que lo dejara solo.

—Me dijiste que te ocuparías de mi alojamiento.

—Me están mostrando la casa y no lo comprendo. ¡Es una mansión enorme con ocho dormitorios!

Angelo se dio la vuelta en su sillón para disfrutar de la vista de la línea del cielo de Manhattan.

Todas las casas que yo utilizo deben reunir tres características esenciales: espacio máximo, intimidad y seguridad.

—Sí, pero es una locura utilizar una casa que debe de valer millones de libras en estas circunstancias a menos que... ¿No estarás pensando mudarte conmigo? —preguntó Gwenna, horrorizada. Aquella era la única explicación que se le ocurría para un gasto tan extravagante.

—Por supuesto que no —replicó él, en tono desafiante—. Si es una desilusión, lo siento.

—Dios mío, ¡claro que no! —afirmó ella mucho más aliviada y alegre—. No encajaríamos para nada. Sin embargo, eso no explica esta casa tan grande cuando no vamos a durar ni cinco minutos juntos. Resultan innecesarios tantas molestias y tantos gastos.

—Tal vez preferirías que te llevara a un hotel barato que alquile habitaciones por horas —le espetó—. Si es mi deseo, vivirás en una mansión enorme aunque sólo sea durante cinco minutos. ¿Comprendido?

—Sí —respondió ella, con un tono de voz privado de expresión o vida.

—Ahora tengo trabajo que hacer. Te veré cuando regrese a Londres —concluyó Angelo, antes de colgar el teléfono.

Se sentía furioso con ella. Había esperado ella estuviera encantada con aquella casa, cuyo jardín había ganado premios. El mismo la había seleccionado de entre sus propiedades. ¿Cuándo se había tomado tantas molestias por una mujer?

Gwenna, por su parte, se reunió de nuevo con Delphine y salió al hermoso jardín, un oasis de paz en el centro de una enorme ciudad. Los ojos le escocían. Se sentía algo turbada después de su conversación con Angelo. Decidió que no volvería a cometer el error de llamarlo por teléfono. Por lo que a él se refería, ella no tenía ni derecho ni opiniones que mereciera la pena escuchar. No cometería el error de olvidarse de aquel detalle en el futuro.

A continuación, se dirigió con Delphine al hotel para animales en el que se había realizado una reserva para Piglet. Suelo con calefacción, cama en miniatura, webcam y la promesa de una foto diaria y un boletín de información sobre su mascota impresionaron muy poco a Gwenna. Explicó que sólo utilizaría la habitación para Piglet en contadas ocasiones, ya que el perro podía permanecer en la casa siempre y cuando Angelo no estuviera en ella. A juzgar por los comentarios que había hecho Delphine sobre el horario de su jefe, Angelo estaría demasiado ocupado como para acudir a la mansión de Chelsea con frecuencia.

Una semana después, con los ojos brillantes por la tensión, Gwenna pensaba en la inminente cita que tenía a las tres con Angelo y el modo en el que, probablemente ésta iba a terminar. Decidió detener aquella cadena de pensamientos y se miró en el enorme espejo que había en el vestíbulo.

El vestido que llevaba era blanco con un pequeño estampado en negro. Estaba hecho a medida y resultaba muy elegante. Por supuesto, llevaba el nombre de un famoso diseñador, al igual que las otras prendas que la asesora de moda había elegido para ella. En realidad, Gwenna casi no se reconocía después de su visita a un salón de belleza. Su cabello de rizos rubios se había transformado en una lisa y brillante, iba magníficamente maquillada y le habían depilado las cejas hasta transformarlas en curvas perfectas. A ella le parecía que guardaba un tremendo parecido con una muñeca de ojos azules y boca muy maquillada.

Siempre había preferido un aspecto más natural eligiendo la comodidad y las cosas prácticas al estilo. La utilización que había hecho

de los cosméticos se había limitado al rímel y al lápiz de labios en las ocasiones especiales. Sin embargo, Angelo la había sumergido en el mundo de la moda y la belleza, donde el aspecto era lo único que importaba... y estaba descubriendo que ese mundo era un infierno. Le resultaba muy difícil andar con zapatos de tacón alto y odiaba las uñas postizas que le habían colocado. A pesar de todo, no había pronunciado ni una palabra de queja. Había aprendido muy bien la lección en la única ocasión en la que llamó a Angelo Riccardi. A él no le interesaban sus preferencias personales ni su comodidad física. Todos lo que se había hecho para mejorar su aspecto físico había sido únicamente en el beneficio de Riccardi.

—El coche ha llegado —le dijo el ama de llaves abriendo la puerta para que ella pudiera salir.

Sólo habían pasado cuarenta y ocho horas desde que ella se mudó a la casa, por lo que aún se sentía como si estuviera en un hotel.

Se metió en la limusina y se sentó. El estado de nervios en el que se encontraba ofendía su orgullo. ¿Cómo esperaba Angelo Riccardi que ella comiera algo cuando iba a ser el entretenimiento de la noche para él? Por eso, cuando su teléfono empezó a sonar, estuvo a punto de dar un salto en el asiento. Era Angelo.

—Parece que no voy a poder llegar a tiempo —le informó con voz triste—. Los controladores de tráfico aéreo han convocado una huelga de veinticuatro horas.

—Vaya...

—*Dannazione*. Lo siento. Tenía muchas ganas de verte —añadió algo molesto por haber notado que ella no se enfadaba por que la cita hubiera sido cancelada—. Te llamaré cuando tenga más información.

Gwenna le dijo al chófer que la llevara al hotel de mascotas en el que se encontraba Piglet. Mientras intentaban avanzar en el pesado tráfico de mediodía, se dio cuenta de que no podía dejar de pensar en Angelo. Su poderosa imagen parecía impresa en su cerebro. Por un lado, estaba experimentando alivio por el hecho de que la cita hubiera sido cancelada, pero por otro sentía una inesperada desilusión. ¿Qué diablos le ocurría?

Evidentemente, era un hombre guapo y fascinante, pero en términos de compasión y decencia era un verdadero canalla. Sabiéndolo, ¿cómo era posible que no dejara de pensar en él?

Su teléfono volvió a sonar. Tras un momento de tensión, comprobó que era Toby.

—Traté de hablar contigo en casa, pero se puso tu madrastra. No me resultó nada fácil sacarle información. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en Londres. Y cuánto con ese tipo del que nunca he oído hablar?

—Me he mudado esta semana y... y la relación es muy reciente.

—Por no mencionar alocada e impulsiva, algo que es impropio de ti. Sólo puede tratarse de una pasión salvaje... ¡y ya iba siendo hora! Mira,

mañana voy a Londres para una reunión con un nuevo cliente y me encantaría verte por la tarde. Podríamos ir a una discoteca. Me vendría bien una sesión de chill-out.

—A mí también me gustaría. ¿Vas a quedarte mucho tiempo?

—No. Tengo que regresar a Alemania para atar unos cabos en el proyecto del parque.

Reconfortada ante la posibilidad de volver a ver a Toby, entró en el hotel de mascotas muy contenta. Piglet se puso como loco cuando vio a su dueña y ella, tras persuadirle para que comiera un poco, jugó con él y lo sacó a dar un paseo. Estaba pensando en llevarse el perro a casa cuando el chófer fue a buscarla para decirle que el señor Riccardi había llamado al teléfono del coche para anunciar que cenaría con ella en el mismo restaurante. Gwenna, que había esperado no ver a Angelo ese día, se vio agobiada por una renovada sensación de pánico...—.

Tras haber movido montañas, metafóricamente hablando, para poder llegar a su cita, Angelo seguía estando muy agresivo y lleno de adrenalina. Todo parecía haberse puesto en su contra. Para que no pudiera regresar al país tal y como había planeado y la impaciencia que tenía por ver a Gwenna llegaba a un punto completamente desconocido para él.

—La señorita Hamilton ya ha llegado, jefe —le dijo Franco, uno de sus guardaespaldas.

Angelo oyó los murmullos de admiración y vio las cabezas que se levantaban al paso de Gwenna. A primera vista, los cambios realizados en ella contaban con su apreciación, pero, por otro lado, no le gustaban. Le agradaban los rizos de su cabello y su piel sin adornos artificiales. Llevaba la lisa melena algo revuelta y sobre el impecable vestido blanco resaltaban claramente las huellas de barro de un perro. Se levantó para recibirla.

Hipnotizada por su potente magnetismo, Gwenna no pudo apartar la mirada de él. Cuando sus labios se curvaban en una sonrisa, era aún más atractivo. Algo azorada, se sentó en la silla que el camarero le había apartado para que tomara asiento.

—No creía que llegarías hoy —dijo, notando enseguida lo apartada que estaba su mesa de la del resto de los comensales.

—Quería estar contigo y, cuando yo quiero algo, no reparo en nada para conseguirlo.

Gwenna bajó la cabeza. Se sentía muy acalorada sentía una tensión en el bajo vientre debida a la inconfundible tensión sexual que él no hacía nada por ocultar.

—¿Es ésa tu receta para el éxito?

Después de que les sirvieran champán, Gwenna se llevó la copa a los labios. Luego, empezó a estudiar el menú. Al mismo tiempo, él comenzó a hablar de París. A Gwenna le llamó la atención que se le diera tan bien

contar historias y que fuera capaz de describir una imagen con muy pocas palabras. Completamente absorta, escuchaba y bebía más que comía.

—¿No vas a comer?

—No tengo hambre...

«Excepto de ti», susurró una vocecilla en el interior de su cabeza. La verdad de aquel mensaje instintivo la escandalizó, pero sabía que era cierto. Se sentía completamente fascinada. Muy pronto, se vio perdida en la admiración por la maravillosa longitud de sus pestañas, los duros ángulos de los pómulos y la belleza masculina de su bien esculpida boca.

Preso también de la tensión sexual que lo embargaba, Angelo apartó el plato. Por fin había conseguido toda la atención de Gwenna. Su reacción instintiva le decía que había que aprovechar el momento.

—Vayámonos...

—Pero si aún no hemos terminado...

—Ni siquiera hemos empezado, *bellezza mia*...—. Mientras salían del restaurante, Angelo le rodeó la cintura con un brazo. La conversación en las mesas moría a su paso. Sin poder evitar, Gwenna se preguntó si Angelo habría estado con otra mujer mientras estaba fuera y sintió una sensación de vacío en el estómago.

Cuando entraron en la limusina, él se sentó muy cerca y la tomó entre sus brazos. En un instante, la boca de Angelo estaba sobre la de ella tan ardiente como los rayos del sol. Le dolía no poder respirar, pero le habría dolido más no sentir los gloriosos movimientos de la lengua y la dulzura de las sensaciones que él despertaba en su cuerpo.

Cuando por fin se apartó, la miró fijamente a los ojos.

—Eres sorprendente —ronroneó—. Sabía que sería así.

Gwenna bajó los ojos. Su cuerpo quería más y se sentía avergonzada por ello. Aplastados por las copas de encaje del sujetador, los pezones le vibraban. En la entrepierna experimentaba una oleada de sensaciones que la hacía sonrojarse. Lo deseaba. Angelo había conseguido que lo deseara. Por supuesto, el champán había destruido sus inhibiciones, lo que no era nada malo. ¿Acaso no era mucho más sensato sacar lo mejor posible de una mala situación que intentar resistirse a lo inevitable?

Cuando estuvieron en la mansión de Chelsea, ella le dedicó una mirada de incertidumbre. Angelo le tomó una mano entre las suyas.

—Turbas mis sueños —susurró—. Podrías resultar muy dañina para mi salud.

Gwenna se estaba sintiendo algo mareada por champán. Tenía la cabeza llena de pensamientos poco coordinados, pero la amargura que vio dentro de los ojos oscuros de Angelo despertó algo dentro de ella. Sin comprender por qué, levantó la mano y le acarició suavemente la mandíbula. Entonces, se sorprendió al ver que Angelo imitaba su gesto.

—*Per amor di Dio* —musitó, con voz ronca, acariciándole las suaves mejillas—. En estos momentos podría morir por lo mucho que te deseo, *mia bella*.

Entonces, le besó los labios con una dulzura que derribó todas las barreras que Gwenna tenía levantadas. No quería pensar, se negaba a hacerlo, cuando él la tomó en brazos para subir así la elegante escalera como si ella pesara menos que una pluma. Sin embargo, el temor a ser vista le hizo preguntar:

—¿Y el ama de llaves?

—Está descansando hasta que la llamemos —respondió Angelo, silenciando sus palabras con un apasionado beso.

Capítulo 5

Pocos minutos más tarde, Gwenna se vio por casualidad en el espejo de su dormitorio. Tenía las mejillas sonrojadas y la boca hinchada. Parecía una desvergonzada ramera. Sintió frío cuando Angelo le bajó la cremallera del vestido y se lo retiró de los hombros.

—Me siento como una prostituta...

Angelo le dio la vuelta rápidamente.

—Eso es lo más ridículo que he escuchado en toda mi vida, *bellezza mia*. Te deseo y tú me deseas a mí. ¿Qué podría ser más natural que el deseo de hacer el amor? —le preguntó. Entonces, le apartó el cabello del rostro con un gesto tan suave que ella parpadeó de la sorpresa—. Te vi y te deseé antes de que tú pronunciaras palabra. Con una mirada fue suficiente.

—Pero eso es una locura...

—*Dio mio*... Te aseguro que habría sido capaz de mover el cielo y la tierra para llegar a este momento. Ser deseada hasta ese punto debería ser un orgullo para ti.

—Nosotros... nosotros no pensamos igual...

—Te aseguro que no te desearía si fueras como yo.

Cuando la besó, Gwenna se echó de nuevo a temblar. Mientras ella trataba de recuperar el aliento, Angelo le despojó del vestido y la tumbó sobre la cama, para allí quitarle los zapatos primero y luego, muy lentamente las medias. Por fin, quedó sobre la cama tan sólo cubierta con un delicado sujetador blanco y braguitas de encaje. De repente, se sintió tan desnuda y tímida... Observó cómo él se quitaba la chaqueta y la corbata, para centrarse luego en los botones de la camisa. Cuando las dos partes se separaron, quedó al descubierto un torso bronceado y muy musculado, y el tenso y liso abdomen. Aquella visión puso a Gwenna aún más nerviosa.

—Relájate... Estás preciosa —dijo él, tratando de utilizar un tono de voz tranquilizador por primera vez en su vida.

Gwenna lo miró de mala gana. Se había quedado simplemente con unos boxers de seda negra que revelaban más de lo que ocultaban sobre su estado de excitación. Aquella visión la ruborizó, por lo que apartó inmediatamente la mirada. De repente, le pareció increíble que estuviera a punto de acostarse con un hombre al que apenas conocía.

—Me vendría muy bien otra copa...

—Están en el mueble, a tu lado.

Gwenna había esperado tener que salir del dormitorio para ir a buscarla bebida a alguna parte de la casa, por lo que miró desconsolada la botella de champán y las copas. Angelo se dirigió hacia el lugar en el que

estaban y descorchó la botella para poder verter el líquido dorado en la delicada copa. Entonces, se la ofreció.

—Entiendo que estés nerviosa...

—No seas ridículo —dijo ella, tras tomar un buen trago de champán.

—Yo haré que todo vaya bien, *bellezza mia*. De hecho, te aseguro que la experiencia será adictiva.

—Eso es imposible...

Angelo se sentó en la cama.

—Creo que alguien te ha estado contando historias de viejas. Te aseguro que no te dolerá.

Gwenna se sonrojó.

—¿Y tú qué sabes?

—Tal vez seas la primera virgen con la que me acuesto, pero tengo inteligencia, sentido común y una excepcional habilidad en ciertos campos —susurró, tomándola entre sus brazos. Entonces, le quitó la copa—. No dejes que el alcohol te prive de lo que promete ser un acontecimiento muy placentero.

—Eres un creído...

—No, estoy muy seguro de mí mismo. Confía en mí. No soy un amante torpe ni egoísta.

Gwenna lo miró a los ojos y, de repente, sintió que podía confiar en él. Angelo empezó a besarla y ella dejó de pensar y se llevó por las sensaciones. El deseo se apoderó de ella. Angelo le desabrochó el sujetador y las copas dejaron al descubierto suaves y blancas curvas coronadas por rosados pezones.

—Eres muy hermosa...

Se los acarició hasta que alcanzaron aún mayor prominencia. Entonces, comenzó a estimularlos delicadamente con la boca. Gwenna se sintió catapultada de un momento de extrema timidez a una fuente de increíble placer. Cerró los ojos y sintió como sus tiernos pezones vibraban bajo las caricias de Angelo mientras una febril humedad se le extendía entre los muslos.

—Eres capaz de igualar mi pasión a cada paso...

A continuación siguió acariciándole los senos con las manos hasta que estos alcanzaron un punto de sensibilidad tal que ella se retorció de placer.

—Somos tan compatibles, *bellezza mia*...

Gwenna tenía miedo de que lo que estaba sintiendo la empuja a perder el control. Sin embargo, no podía resistirse al placer. Sin que ella se diera cuenta, Angelo le quitó la última prenda que le quedaba puesta. Hábiles dedos se deslizaron entre los suaves rizos que le cubrían su feminidad y comenzaron a explorar lo que ocultaban. Entonces, jugueteó

con la delicada perla del centro, haciendo que ella gimiera de placer y que arqueara la espalda buscando su propia respuesta.

—Dime que me deseas —le ordenó Angelo, cuando la tenía ya presa del gozo. Ella lo miró sin comprender—. Tengo que oír cómo lo dices, *bellezza mia*.

De repente, él detuvo sus caricias, lo que provocó en Gwenna un insoportable sentimiento de anhelo. Se frotó contra el muslo de Angelo, desesperada por encontrar sus caricias, empujada por unos instintos más fuertes de lo que había imaginado.

—No puedo...

—Deja de hacerte la víctima. Dime la verdad.

No había un átomo de dulzura en su hermoso rostro. El deseo que había despertado en ella estaba más cerca del dolor físico de lo que nunca había imaginado. Los ojos se le llenaron de lágrimas de vergüenza y frustración.

—¡Está bien! —gritó, despreciándose por haberse rendido—. ¡Te deseo!

Casi inmediatamente, las caricias comenzaron de nuevo, provocando en ella un placer exquisito que la hizo convulsionarse y gemir de placer. No le importaba nada mientras Angelo siguiera administrándole sus habilidades eróticas y le hiciera sentirse como si pudiera volar tan alto que pudiera alcanzar el sol.

En el momento exacto en el que la excitación amenazaba con convertirse en un indescriptible tormento, Angelo se colocó encima de ella y se deslizó entre sus muslos. Gwenna sintió la férrea erección de su sexo contra la delicada entrada de su feminidad y, aunque se sentía dispuesta, le pudieron los nervios y la convicción de que él estaba demasiado bien dotado para su cuerpo.

—No te tenses...

Gwenna permaneció tan inmóvil como si fuera a ser víctima de un sacrificio y cerró firmemente los ojos. Entonces, él la besó salvaje y sensualmente, lo que la obligó a abrir los ojos otra vez. Entonces, él le colocó un almohadón debajo de las caderas.

—Será sublime —le prometió.

La húmeda y cálida punta se fue abriendo paso entre las profundidades de la húmeda y tensa carne de Gwenna. A ella le daba la sensación de ser enorme. Un gemido de incomodidad se le escapó entre los labios. Inmediatamente, él se detuvo, se disculpó y susurró algo en italiano.

Gwenna lo miró. Vio el deseo reflejado en su rostro y ella misma se sintió presa de una mezcla de nervios y excitación sexual. A pesar de todo, Angelo la había excitado hasta un punto del que era imposible retornar.

—Estás muy tensa. Podríamos probar en otra postura...

—No... ¡Hazlo! —gimió, avergonzada.

Angelo se mostró hábil y delicado a la vez, pero la delicada travesía entre los sedosos pliegues y el asalto final a su virginidad provocó que los ojos se le llenaran de lágrimas. Entonces, él permaneció muy quieto, dejando que ella se acostumbrara a aquella invasión.

—Lo siento... No quería hacerte daño...—. Gwenna volvió a sentir oleadas de calor y pasión desde el centro de su deseo. Se arqueó invitándolo a proseguir. Angelo empezó a moverse y provocó que un gemido de excitación se le escapara de entre los labios. El corazón empezó a latirle a toda velocidad. Las sensaciones exquisitas se producían unas tras otras mientras él instauraba un delicioso ritmo. Gozando hasta el delirio, se abandonó a su pasión. Al alcanzar un potente orgasmo, gimió de placer y sintió unas sensaciones tan poderosas que no supo si estaba consciente durante varios minutos.

Angelo la besó. Entonces, ella se tensó. Inmediatamente la bruma del placer se disipó y se vio reemplazada por la vergüenza. ¿Cómo Podía haber disfrutado de algo así? ¿Dónde estaba su orgullo? Estaba tratando de bloquear esos pensamientos cuando notó que Angelo le ponía algo en la muñeca.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, aún aprisionada por el cuerpo de él.

—Dándote un regalo, *passione mia*.

—¿Un regalo?

Gwenna levantó la mano y vio que él le había sustituido su reloj por uno nuevo. Oro, diamantes, el nombre de un diseñador famoso... Recordó imágenes lejanas de regalos parecidos. Sintió náuseas y trató de quitárselo, pero no pudo soltarse el broche.

—No, gracias. No lo quiero... ¿Cómo se quita esto?

—Quiero que lo lleves puesto...

—¿Para qué? ¿Para que puedas creerte que de verdad eres un tipo amable y generoso? —le espetó—. ¿O para que puedas rebajarme un poco más pagándome con joyas por lo que te he dado? Tal vez tenga que vivir en esta casa y tenga que llevar los vestidos que me has comprado, pero...

—¿Pero?

—Me niego a ponerme joyas.

—Si yo quiero, te las pondrás —afirmó, confuso y furioso a la vez—. Considéralo parte del papel que accediste a representar por deseo propio.

—¿Y tengo ese papel yo sola o hay más? —preguntó, sin poder contenerse.

—No pienso comentar nada al respecto.

Gwenna sacó una única conclusión de aquella respuesta y se sintió como si él la hubiera apuñalado. ¿Ni siquiera estaba dispuesto a serle fiel? Se sintió completamente humillada.

—En ese caso, supongo que lo que acabamos de tener es una aventura de una noche.

—Ése no es mi estilo...

—Tal vez yo sólo pueda afrontar esta relación día a día —dijo. De repente, sintió que la ira se apoderaba de ella y se dejó llevar—. ¡Por el amor de Dios! ¡Ni siquiera me gustas! Me has quitado mi casa, mi jardín, la historia de mi familia y me has traído a una ciudad a la que no pertenezco. ¡Ni siquiera has aceptado a Piglet!

Con eso, Gwenna se levantó de la cama y se metió en el cuarto de baño. Entonces, cerró ruidosamente la puerta con llave.

Angelo la oyó sollozar, por lo que se levantó de la cama. Lleno de ira, se puso sus boxers y decidió dejarla llorar para que se desahogara. «¡Ni siquiera me gustas!».

—Gwenna... —dijo, acercándose sin poder evitarlo a la puerta del cuarto de baño—. Abre la puerta.

Con los ojos llenos de lágrimas, ella abrió los grifos para no tener que escuchar su voz.

Angelo volvió a llamar a la puerta.

—Quiero saber que te encuentras bien y quiero saberlo ahora mismo.

Gwenna no tenía nada más que decirle. Se metió en la bañera y se lavó con urgencia. Las lágrimas le rodaban por las mejillas. ¿Por qué estaba llorando? ¡Ella nunca lloraba!

Angelo trató de abrir la puerta una vez mas y luego se vistió rápidamente. Entonces, le dio una patada a la puerta y la abrió de par en par, haciendo que ésta se golpeará contra la pared. Ella estaba en el baño, con los ojos llenos de miedo.

—Siento haberte asustado, pero deberías haber abierto la puerta —murmuró—. Estaba preocupado.

Gwenna lo observó durante un segundo y luego bajó la mirada. Angelo se agachó al lado de la bañera.

—Mírame... No tengas miedo... Yo jamás te haría daño. Ahora, quiero que me expliques por qué te has enfadado tanto por lo del reloj. Quiero comprenderlo.

Gwenna permaneció unos segundos observando el agua.

—Mi padre siempre le regalaba cosas así a mi madre.

—¿Y qué? Era su esposo.

—No, no lo era —respondió ella—. Mi padre no estaba casado con mi madre.

—No te entiendo.

—Mi madre tuvo una relación extraconyugal con mi padre que duró muchos años. Por aquel entonces, él estaba casado con su primera esposa.

—No sabía que tu padre había estado casado dos veces.

—¿Y por qué lo ibas a saber? Cuando mi madre se quedó embarazada de mí, ella creyó que mi padre abandonaría a su esposa. Ella no podía tener hijos. Sin embargo, no fue así. A veces, pasaban meses sin que él fuera a visitarla y, cuando lo hacía, acudía con extravagantes regalos. A mi madre le gustaban ese tipo de cosas. A mí no.

—Pero tu padre debió de criarte. Tú llevas su apellido.

—Mí madre murió cuando yo tenía ocho años y me fui a vivir con mi padre. Él me adoptó. A su primera esposa no le pareció bien y por eso se divorciaron.

—No lo sabía...

Angelo se sentía furioso por el hecho de que el informe que había encargado sobre Hamilton hubiera omitido tales detalles. Se quedó atónito al saber que la madre de Gwenna era otra víctima de las malas artes de Donald Hamilton. Sin embargo se recordó enseguida que Gwenna era la hija de Donald Hamilton y que llevaba su sangre en las venas.

Se levantó. Deseaba hacerle a ella más preguntas, saber más, pero él no entablaba relaciones personales con nadie. Salió del cuarto de baño recordando las palabras que Gwenna había pronunciado antes de encerrarse allí «¡Ni siquiera me gustas!». ¿Desde cuándo le importaba a él algo así? Ninguna mujer le había dicho nunca algo parecido. ¿Acaso no era él lo suficiente hombre como para ocuparse de la única mujer sincera que había conocido?

Se detuvo en la puerta. Tomó una toalla y regresó a la bañera para entregársela a Gwenna.

—Deja de preocuparte.

—No estoy preocupada.

—Entonces, estresada.

Ella se levantó y aceptó la toalla. Se sentía manipulada, controlada, obligada a hacer lo que él quería, Angelo la sacó del baño.

Aquel gesto provocó un rubor en las mejillas de Gwenna que no pasó desapercibido para él.

Contra su voluntad, su cuerpo había reaccionado al contacto cercano con la piel de Angelo.

—Tal vez no te guste, *passione mia*, pero lo único que tengo que hacer es volverte a llevar a cama para que vuelvas a ser mía al cien por cien.

—No soy tuya y nunca lo seré —le espetó ella—. No puedes tocarme donde de verdad importa. No me importa lo que pienses de mí ni de nadie,

por que le entregué hace mucho tiempo mi corazón a un hombre que vale mucho más que tú.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? —le preguntó él, agarrándola por los hombros—. ¿Me estás diciendo que estás enamorada de otro hombre?

Lentamente, Gwenna asintió, saboreando la reacción que había provocado en él.

—No me gusta el modo en el que me haces comportarme.

—¿Qué no te gusta? ¿Y quién es ese hombre?

—No tienes ningún derecho a hacerme esa pregunta.

—Te equivocas. Tengo todo el derecho —dijo Angelo, soltándola de repente para entrar en el dormitorio—. Yo no pongo límites al acuerdo que hay entre nosotros.

—Querías mi cuerpo y ya lo tienes. Ni pediste otra cosa ni la vas a tener.

—Dime su nombre —insistió él, con voz gélida.

—No es asunto tuyo.

—Tu actitud me ofende.

—Y a mí la tuya, Angelo —replicó ella, con voz tranquila.

Angelo la miro con frialdad.

—Te recuerdo que tenemos un acuerdo, y que tú no te vas a marchar de aquí hasta que yo quiera. No puedes insultarme para que te deje ir.

—¿Es eso lo que estoy haciendo?

Angelo no respondió. Se marchó sin decir palabra. Gwenna observó la puerta y, al sentir que las rodillas le temblaban, se sentó en la cama. Angelo se había marchado y, en vez de sentirse contenta, se sentía enojada, confusa y... abandonada. ¿Acaso se habría marchado en busca de otra mujer? Apretó los dientes. Lo odiaba profundamente. Se alegraba de haberse sincerado con él y haberle dicho que estaba enamorada de otro hombre. Eso le había ofendido. ¿Cómo se había atrevido a hablarle como si ella le perteneciera?

La atracción que sentía hacia Angelo era hormonal, primitiva, una reacción química completamente irracional. Al mirarse las manos, se dio cuenta de que aún llevaba puesto el reloj. Con una cierta sensación de culpabilidad, recordó que se había metido con él en el baño y lo examinó rápidamente. El agua se había metido por debajo de la esfera y la había empañado. ¿Se habría dado cuenta? Esperaba que Angelo no hubiera pensado que lo había hecho aposta para romperlo...

El reloj de diamantes en el agua... Angelo iba pensando en lo ocurrido mientras su limusina lo llevaba al otro lado de la ciudad. Gwenna no quería nada que él pudiera darle. Ni casa, ni ropa, ni el fabuloso estilo de vida que había creado para ella. ¿Cuándo se había tomado él tantas molestias?

Mientras se tomaba un coñac, llegó a la conclusión de que Gwenna prefería ir vestida como una vagabunda al lujo que él le ofrecía. Siempre la había sentido distante. Había descubierto la causa. Estaba allí en cuerpo, pero no en espíritu porque amaba a otro hombre.

Se sentía engañado. Ninguna mujer lo había afectado de aquel modo. Parecía que su venganza se estaba volviendo contra él. ¿Qué hombre aceptaría el papel de segundón en la cama de una mujer? Angelo ansiaba romper algo en pedazos. Tal vez varias cosas. Con ira implacable, le dijo a su chófer que se dirigiera a un club nocturno. Había muchas otras mujeres disponibles...

A la mañana siguiente, Angelo asistió a la reunión del consejo. Había dormido muy poco. La noche anterior se había emborrachado, algo que no había hecho desde que era un adolescente. Cuando averiguó que su padre había tenido problemas con el alcohol, se había vuelto muy cuidadoso en aquel sentido. Le molestaba su falta de disciplina.

Gwenna estaba en el jardín cuando Angelo la llamó a mediodía.

—¿Sí?

—Esta noche pienso llevarte a un lugar especial.

—Esta noche no puedo verte.

—¿Y por qué no?

Gwenna no tenía intención alguna de cancelar su cita con Toby.

—Ya tengo otros planes desde ayer.

—Pues cancelalos —le espetó él, tratando de contenerse. Quiero verte esta noche.

—No puedo. No puedo ver a esta persona en ningún otro momento.

—¿Es un hombre?

—No tengo por qué responder a eso...

—Acabas de hacerlo.

—Sí, es un hombre, ¿de acuerdo?

—Vamos a quedar tú y yo. Dame una hora y un lugar.

—¡Ni hablar! Lo siento, pero no sabía que tú tenías intención de verme esta noche. ¡No puedes esperar que esté disponible las veinticuatro horas del día!

—Claro que puedo.

—Por favor, sé razonable...

Angelo no estaba dispuesto a serlo. Casi nunca se le negaba nada. Llamó a Franco y le dio instrucciones para que se vigilara a Gwenna con discreción. Deseaba saber dónde estaba, lo que hacía y, sobre todo, con quién estaba. Sin embargo, confiaba plenamente en ella. Después de todo, cuando la conoció era virgen, lo que sugería que el objeto de su deseo era, por la razón que fuera, inalcanzable para ella. Decidió que no había por qué preocuparse.

Lo principal era que él seguía deseando a Gwenna Hamilton. Aunque estuviera enfadado con ella, se había dormido pensando en ella, había levantado en un estado aún peor. Eso no le gustaba. Sin embargo, cuanto más se negara él a jugar según sus reglas, más decidido estaba él a que lo hiciera. ¿Acaso era el desafío que ella presentaba lo que le atraía? Fuera lo que fuera, estaba deseando que llegara el momento en el que la encontrara más aburrida que deseable.

Capítulo 6

He estado investigando un poco a tu novio —dijo Toby, moviendo la cabeza con un gesto de desaprobación mientras tomaban una copa en un bar de moda—. No tiene nada que ver contigo.

—¿Qué me dices del tacto?

—Se supone que los amigos deben ser sinceros. Por lo que tengo entendido, Angelo Riccardi parece decidido a tener exactamente la mala reputación que se le atribuye.

—¿En qué sentido? —preguntó Gwenna, algo molesta.

—En todos los sentidos. Es un tiburón en los negocios y colecciona mujeres con la misma facilidad con la que un cuchillo atraviesa la mantequilla. ¿A qué estás jugando? Tú no eres así...

—Tal vez Angelo sea diferente conmigo. Además, no sé por qué estamos hablando de él...

—¿De que es millonario? ¿De que sólo hace unas pocas semanas que lo conociste? ¿De que él es un predador urbano y tú una ratoncita de campo? No tienes nada en común con ese hombre. Es natural que esté preocupado por ti.

—Sin embargo, cuando hablé contigo ayer, me pareció que aprobabas la relación. Me dijiste que necesitaba pasión en mi vida.

—¿Dónde estuviste anoche?

—¿Por qué?

—No quería ser yo quien te lo dijera, pero según el periódico que he estado leyendo mientras desayunaba, Angelo Riccardi estuvo de copas con tres modelos anoche.

Gwenna se quedó atónita. Sentía un dolor tan terrible que no podía ni hablar ni respirar. Le habría gustado replicar que Angelo había estado con ella la noche anterior, pero él se había marchado de la casa y, con el humor que llevaba, lo más probable era que hubiera buscado la compañía de mujeres que le dijeran lo maravilloso que era:

—¿Acaso no lees los periódicos?

—No los que dedican espacio en sus páginas a rumores como ése.

—No creo que sea un rumor, Gwenna.

Gwenna trató de serenarse. ¿Por qué le dolían tanto aquellas palabras? ¿Cómo podía sorprenderse cuando Angelo jamás le había prometido fidelidad?

—Tú eres una mujer sincera y leal y te mereces un hombre mejor que ése —afirmó Toby.

—Eso no me importa. ¿Acaso crees que no sé que Angelo y yo no vamos a durar ni cinco minutos? —comentó, tratando de sonreír—, pero bueno, tengo veintiséis años y sentía que había llegado el momento de correr algunos riesgos.

A partir de aquel momento, la tarde perdió la chispa. Le encantaba hablar con Toby, pero no se le ocurría otro tema que Angelo. No hacía más que imaginárselo ligando con un grupo de hermosas mujeres.

—Te recuerdo que yo te apoyare siempre. Incluso cuando esté en el extranjero, puedes llamarme cuando quieras.

Al otro lado de Londres, Angelo estaba trabajando. O, al menos, intentándolo. No hacía más que caminar de arriba abajo por su despacho. Finalmente, no lo pudo resistir más y llamó a Franco para saber exactamente dónde estaba Gwenna. Una hora más tarde, entró en el mismo club al que ella había ido con Toby y la vio allí con su amigo. Con su cabello rizado como siempre, iba vestida con unos sencillos vaqueros y una camiseta azul.

Se dirigió hacia ella mientras Franco se quedaba en la barra. Gwenna sólo se dio cuenta de que él había llegado cuando la rodeó con un brazo y dijo:

—Ha llegado el momento de que digas buenas noches.

Ella se dio la vuelta y sintió que el corazón le daba un vuelco. El resentimiento y la emoción se mezclaron en un mismo sentimiento.

—¿Cómo sabías dónde estaba?

—Franco te acompañará a la limusina. Quiero charlar con tu amigo... en privado *bellezza mia*.

—Angelo, por el amor de Dios...

—Vete con Franco.

—¡No te atrevas a tocar a Toby! —exclamó ella, presa del pánico.

—En ese caso, vente a casa conmigo.

—No pienso ir a ninguna parte contigo —replicó Gwenna. Sintió que su ira iba escalando como respuesta directa a los fieros sentimientos que llevaba experimentando toda la tarde.

—Me llamo Toby James... por si a alguien le interesa saberlo —dijo Toby secamente, asombrado de lo que estaba viendo.

—A mí no —replicó Angelo, sin mirarlo siquiera.

—Eres un grosero... ¡No tienes modales! —le gritó Gwenna de repente, sorprendiéndose a sí misma tanto como había sorprendido a Angelo.

—Una modelo es infidelidad, dos es avaricia y tres... es absolutamente decadente —le espetó Toby, saliendo en defensa de su amiga.

Muy pálida, Gwenna se negó a mirar a Angelo.

—Vamos a bailar, Toby.

—Creo que deberías solucionar este tema con Angelo... porque aquí lo único que estamos haciendo es llamar la atención —le recomendó Toby.

Sin hacerles caso alguno, Angelo dio un paso al frente y agarró a Gwenna por la muñeca con fuerza.

—He dicho que nos vamos.

Gwenna decidió seguir las recomendaciones de Toby en vez ponerse a gritar allí como una loca. Quería decirle todo lo que le tenía que decir con dignidad. Con la cabeza bien alta, se despidió de Toby y le prometió que le llamaría por teléfono.

—No si yo puedo hacer valer mi opinión —afirmó Angelo, mientras se marchaban—. Me dijiste que habías salido con un amigo. Yo te creí...

—Y así es.

—¿De dónde te has sacado la idea de que puedes engañarme? Ahora sé que no puedo confiar en ti, por lo que tendrás que ir acompañada a todas partes.

—No me puedo creer que tengas la caradura de hablarme de ese modo. ¿Acaso no has oído a Toby decir que todo el mundo sabe que estuviste con tres modelos anoche?

—No tengo nada que decir al respecto.

—Pues yo tengo mucho que decir —le espetó Gwenna, cuando ya estaban fuera—. No pienso meterme en tu coche. No hace falta que me lleves.

—No pienso tolerar una escena.

—Bien, pues te lo diré muy claro —dijo ella, cuadrándose de hombros—. Sólo voy a necesitar tres palabras. Se ha terminado.

—¿De qué diablos estás hablando? ¿Qué se ha terminado?

—Angelo Riccardi, te abandono. ¿Quieres que te lo ponga por escrito?

Angelo miró a su alrededor y vio que un hombre con una cámara se acercaba rápidamente hacia ellos. Entonces, la tomó en brazos y la metió en el asiento trasero de la limusina.

—Hablares de esto en privado.

—¡Pensaba que no tenías nada más que decir al respecto!

El coche arrancó rápidamente. Angelo aprovechó el brusco movimiento para abalanzarse sobre ella y besarla.

—Te odio —susurró ella.

—¿Sí? Eso dista mucho de expresar que hemos terminado.

—Como tú quieras. Te aseguro que no tengo tiempo para esto y que no tenemos nada de qué hablar. Tengo que recoger mis cosas e ir a Piglet.

Pasaron unos minutos antes de que el Coches detuviera. Cuando Gwenna abrió la puerta y descendió, se dio cuenta de que no estaba donde había esperado estar.

—¿De quién es esta casa? ¿Adónde me has traído?

—A mi casa —dijo él, saliendo también del vehículo y acompañándola al interior. Tras decir al servicio que los dejaran solos, se volvió a mirarla—. Deberías sentirte muy honrada. Mi casa es un espacio muy íntimo.

—Estás perdiendo el tiempo. Eres un canalla y no tienes moralidad alguna. Me niego a seguir teniendo algo contigo.

—¿Y dónde estaba tu moralidad esta noche? ¡Has quedado con el hombre del que estás enamorada a mis espaldas!

Gwenna palideció. ¿Cómo era posible que se hubiera enterado?

—Cuando accediste a estar conmigo, no lo mencionaste a él. ¿A ti te parece que eso es sinceridad?

—No creí que te interesara.

—¡*Che idea!* Esa es la clase de información que todos los hombres quieren saber de antemano y lo sabes. Cuando te marchaste a verlo esta noche, fue algo más que una cita inocente con un amigo.

¿A ti te parece que tu comportamiento es justo y decente?

—Según un periódico, tú anoche estuviste con tres mujeres. ¿Cuál es el problema? ¡No puedes esperar que yo sea sincera y decente cuando tú te vas por ahí con ésas!

—Te estás poniendo histérica...

—No. Te estoy diciendo la verdad que dijiste que querías, pero creo que ésta no te gusta mucho.

—Nuestro acuerdo no te da el derecho a cuestionar mis movimientos ni a establecer las reglas.

—No importa. Me da igual. Ahora, no pienso quedarme ni un minuto más en esta casa —dijo ella—. Ningún acuerdo es capaz de obligarme a compartir cama con un hombre que va a acostándose con cualquiera.

—*Dio mio...* Eso no es cierto.

—No hay razón para discutir conmigo. Tal vez mi madre fue capaz de aceptar una relación de este tipo, pero yo no...

—¿Te atreves a compararme a mí con tu padre? —preguntó Angelo con incredulidad.

—Lo único que te estoy diciendo es que no voy a consentir que nadie me engañe de ese modo. O soy yo sola o nada. Ni todo el dinero del mundo va a cambiar eso. Ahora, ábreme la puerta.

Angelo dijo algo en italiano.

—Prácticamente me tienes secuestrada. No está bien que me mantengas aquí en contra de mi voluntad.

Angelo la estaba mirando con inusual intensidad. Al final, respiró profundamente y dijo:

—Anoche no ocurrió nada.

Gwenna se sintió profundamente aliviada. No se había sentido molesta sólo por orgullo, sino que le había atormentado terriblemente la idea de que él hubiera estado con otra mujer. Se sentía celosa, herida y furiosa.

—No toqué a esas modelos. Simplemente me estaban haciendo compañía. Nada más.

—¿Y permanecieron vestidas?

—Sí —admitió Angelo, como si lo estuvieran torturando. No entendía por qué no la echaba de su casa y de su vida. Sin embargo, cuando más se acercaba ella a la puerta, más deseos sentía por apartarla de ella.

—Muy bien —dijo ella, mirándolo a los ojos—. ¿Y crees que ahora podrás ser fiel? No hay razón alguna para que yo me quede si no va a ser así.

—*Per meraviglia...*

—Sólo me vale un sí.

Angelo la observó atentamente. Tenía que ser deseo. Nunca nada le había hecho renunciar a su libertad. Sin embargo, Gwenna resultaba tan sexy...

—Sí. ¿Te vas a quedar?

—Pero...

—Pero nada. He accedido. Te he dado lo que querías.

Antes de que ella pudiera responder la besó sin refinamiento. Dejó que la provocativa boca se le deslizara por el cuello, provocando que ella gimiera y temblara de placer. Entonces, él abrió una puerta y la empujó contra la pared de una sala tenuemente iluminada. La presión que ejercía contra el cuerpo de Gwenna provocó unas deliciosas chispas en sus zonas erógenas. Por su parte, ella no dejaba de acariciarle los hombros el cabello, la espalda... hasta que logró interponer las manos entre los cuerpos de ambos y le arrancó los botones de la camisa.

Con una carcajada de satisfacción, Angelo siguió acariciándole los pechos, pero siempre sobre la tela de la camisa. La barrera de las prendas le provocó una profunda frustración a ella. Gwenna necesitaba desesperadamente tocarlo.

De repente Angelo la tomó en brazos y la tumbó sobre un sofá. Lleno de impaciencia le quitó los vaqueros y las braguitas. Gwenna había dado por sentado que iban a subir a un dormitorio, pero todo su cuerpo estaba presa de la pasión y bordeando la desesperación por lo que no emitió queja alguna. Le rodeó el cuello con los brazos mientras él descubría con un sonido gutural lo húmeda que ella tenía la entrepierna. Entonces, la penetró hasta el fondo con un único movimiento.

Gwenna arqueó la espalda ante el impacto erótico de aquella penetración y gritó. Angelo se retiró lentamente para volver a hundirse en ella. El placer explotó a su alrededor y perdió toda noción del tiempo y la capacidad para razonar. Entonces, Angelo apartó la camiseta y el sujetador y le acarició con fuerza los excitados pezones. Gwenna perdió el control. Gemía de placer, se retorció de gozo y le suplicaba que no se detuviera, poseída por el fuego del deseo más primitivo. Cuando llegó a la cima de tan delirante placer, un potente orgasmo la sacudió violentamente abrumada por el poder de la experiencia, se abrazó a él con fuerza.

—Eres maravillosa, *gioia mia* —susurró Angelo antes de darle un beso en la frente.

Angelo nunca se había sentido atraído por la fidelidad, pero se estaba empezando a dar cuenta de que Gwenna tenía un algo especial que le daba una nueva dimensión a sus encuentros.

Como sonámbula, Gwenna se incorporó un poco y, mientras se bajaba la ropa con una mano buscaba los vaqueros con la otra. Ni siquiera se habían desnudado ni llegado al dormitorio. Se sentía avergonzada y no sabía cómo comportarse. Se sentía confusa. Todo en lo que creía estaba patas arriba. Sin embargo, recordó que Angelo parecía estar haciendo un verdadero esfuerzo.

Después de todo, aquella noche había ido a buscarla. ¿Se había sentido celoso al verla con Toby? Tal vez Angelo no fuera tan frío e insensible como ella creía. Además, había accedido a ciertas cosas con ella. Ya no era todo como él quería.

—Tenemos que damos una ducha —dijo él. Entonces, la tomó de la mano y la llevó arriba.

Acababan de entrar en un dormitorio casi palaciego cuando el teléfono móvil de Gwenna empezó a sonar. Antes de responder, ella se apartó un poco de Angelo.

—Sí, por supuesto que estoy bien —murmuró, avergonzada.

Angelo la miró fijamente y dedujo quién la llamaba. Vio que ella se disculpaba con la mirada y que terminaba la conversación tras prometer que se mantendría en contacto. Ahogó un bostezo con la mano.

—Creo que no deberías aceptar llamadas de ese hombre.

—¿Por qué no? Es mi mejor amigo.

—Estás enamorada de él.

—Pero no va a ocurrir nada. Toby no piensa en mí de esa manera.

—Pero a mí no me gusta.

Gwenna lo observó con curiosidad. Angelo era tan posesivo tan apasionado... No era el hombre frío e insensible que parecía.

—Lo comprendo —dijo ella.

Angelo pareció relajarse un poco. La llevó a un enorme cuarto de baño que había dentro del dormitorio y empezó a desnudarla sutilmente, con exquisita sensualidad. Las luces brillantes hacían que ella se sintiera muy tímida, pero ni siquiera eso podía reprimir la excitación que sentía. Angelo la poseyó en la ducha. Gwenna cerró los ojos con fuerza y se rindió a las oleadas de deseo y placer que fue experimentando hasta llegar a un delirante orgasmo. Después, se sintió muy cansada. Angelo la cubrió con una toalla.

—Ojalá pudieras mantenerte despierta, *passione mia*.

—No puedo. Anoche casi no pude dormir...

Angelo la depositó sobre la cama y la cubrió con unas suaves sábanas. Gwenna supuso que él iba a tumbarse a su lado, pero oyó que se abría una puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó, tras incorporarse sobre la cama.

—Mi dormitorio está aquí —dijo él. Sólo iba vestido con unos calzoncillos.

—Pero...

—Yo siempre duermo solo. Te veré por la mañana.

La puerta se cerró. Gwenna se había pasado toda su vida durmiendo sola, por lo que no comprendía por qué le dolía tanto aquel rechazo. Sin embargo, se sentía tan agotada que muy pronto cayó presa de un profundo sopor.

Se despertó sobresaltada, sin saber qué era lo que la había despertado. Recordó que estaba en casa de Angelo y, tras encender la luz, se sentó en la cama. Entonces, oyó un ruido procedente del dormitorio de al lado. ¿Un grito?

Sin pensárselo dos veces, se levantó y tomó la camisa que él había dejado tirada en el suelo. Se la puso rápidamente y abrió la puerta que comunicaba los dos dormitorios. Con la tenue luz del amanecer, vio a Angelo dando vueltas sobre una cama muy grande. El terror que había reflejado en su voz causó una profunda impresión en Gwenna y la empujó a acercarse a la cama. Entonces, le colocó una mano sobre el hombro. Tenía la piel ardiendo.

—Angelo, despierta —susurró, zarandeándolo suavemente.

El se sentó en la cama con un repentino movimiento que la asustó. Estaba temblando, murmurando algo en italiano. Se mesó el revuelto cabello y la miró con asombro.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Estabas teniendo una pesadilla.

—Eso es imposible —replicó él, a la defensiva.

—Bueno, yo también tengo pesadillas a veces...

—¿De verdad?

Gwenna se sentó a su lado y apoyó la barbilla sobre su hombro.

—Yo no estaba allí cuando ocurrió, pero a veces soñaba que veía cómo el coche de mi madre se estrellaba. Entonces, cuando estaba en el internado...

—¿Cuándo fue eso?

—Yo tenía diez años cuando mi padre decidió establecerse con Eva y sus hijas. Desgraciadamente, Penelope y Wanda no me aceptaron demasiado bien y, por mantener la paz, me enviaron a un internado. No me gustó nada.

—¿Se metían contigo las demás?

—Sí, porque las despertaba con mis pesadillas y porque era una llorona. Yo echaba mucho de menos mi casa...

—A mí me pasó lo mismo, pero yo no tenía ningún lugar al que ir —dijo Angelo, levantándola para sentársela en el regazo.

—¿Tú también estuviste en un internado?

—Mi madre murió y su generoso jefe me pagó los estudios en un colegio exclusivo. Yo no encajaba. Las madres italianas miman mucho a sus hijos. Yo hablaba muy mal inglés, se me daban bien las ciencias y era muy bajito.

—¿Cómo?

—Sí, era muy bajito. No di el estirón hasta que llegué a la adolescencia.

—¿Se reían también de ti?

—Por supuesto que no.

—Se reían de ti. Lo sé.

—¿Cómo? ¿Con tu bola de cristal *bella mia*? —le preguntó. Entonces, le metió una mano debajo de la camisa y empezó a acariciarle un seno.

—No intentes distraerme...

Angelo la tumbó sobre la cama y se le echó encima con un rápido movimiento.

—¿Es eso lo que estoy haciendo?

—Yo quiero saber... De verdad quiero saber lo que ocurrió para que esa pesadilla te asustara tanto.

Angelo palideció y pareció encogerse.

—Me quemaron con cigarrillos, me dieron patadas y me pegaron.

—Dios mío... Angelo, eso es horrible. ¿Sigues soñando con ello?

—Sí —admitió él. Aún no había comprendido por qué se lo había contado—. Pero me convirtió en un hombre fuerte. Antes, yo era demasiado blando. Me vino bien...

—¡No digas tonterías! ¡Te maltrataron!

—¿Crees que me merezco que me hagas el amor por compasión?

—A veces puedes resultar verdaderamente ofensivo... pero la respuesta es no... no porque esté enojada contigo, sino porque creo que me, aunque me dé vergüenza reconocerlo, me resultaría muy incómodo porque estoy un poco dolorida.

Angelo no había pensado en esa posibilidad. De repente sintió una gran sensación de culpa.

—Puedo ser muy egoísta a veces...

—Tal vez podamos... más tarde.

—Más tarde estaré en Nueva York —anunció él, levantándose de la cama.

Gwenna giró la cabeza y miró el reloj que había sobre la mesilla de noche.

—¡Dios mío! ¿Es ésa la hora?

—Son sólo las seis y media.

—En menos de una hora darán de comer a los animales en el hotel donde está Piglet y no quiero llegar tarde —dijo, mientras se levantaba de la cama a toda velocidad—. No les importa que yo le dé a Piglet su desayuno porque saben que, si no, no come. Sin embargo, no quieren que interfiera en su rutina diaria y no les gusta recibir visitas entre las ocho y las nueve de la mañana.

—Espera un momento. ¿Me estás diciendo que vas a ese sitio todas las mañanas para darle de comer a tu perro?

—Y también por las tardes... ha perdido mucho peso. Deberías verlo por la webcam. Está muy deprimido. No quiere ver la televisión ni jugar a la pelota.

Gwenna abandonó la habitación como una exhalación. Mientras se daba una ducha fría, Angelo no dejó de soltar maldiciones. Salió del cuarto de baño y fue a ver lo mal que estaba el dichoso Piglet. Y allí estaba el pobre chucho, acurrucado en su camita con dosel con el morro metido entre las patas, los ojos tristes. Efectivamente, en términos caninos, parecía muy deprimido.

Sin embargo, Gwenna adoraba a su mascota. ¿Por qué no? ¿Cuánto amor y atención había recibido del mentiroso de su padre y de una madre que seguramente sólo la había tenido para destruir el matrimonio de su amante? Tomó el teléfono. Si Gwenna iba a levantarse todas las mañanas al alba para ir al otro lado de la ciudad para dar de comer al perro, había llegado el momento de liberar a Piglet de su cautiverio.

Capítulo 7

Angelo examinó la sala con gran insatisfacción. Se preguntó por qué cuando creía que el destino le había dado por fin lo que siempre había querido, esto le resultaba tan exasperante. Las mujeres que no se separaban de él en los actos sociales siempre le habían resultado muy irritantes.

En el curso de un mes, había aprendido que Gwenna no se le pegaba ni trataba continuamente de buscar su atención. De hecho, algunas veces a él le habría gustado esposársela a la muñeca o equiparla con un GPS para saber dónde estaba cuando la quisiera a su lado. Cuando se ponía a hablar con los invitados de Angelo, perdía toda noción del tiempo. Era muy popular con los entusiastas de la jardinería, y él tenía que rescatarla con regularidad de los que se aprovechaban de sus conocimientos de horticultura para pedirle Consejos.

—¿Dónde está? —le preguntó por fin a Franco.

Unos minutos más tarde, su jefe de seguridad lo acompañó a la terraza trasera de su impresionante casa de Londres y le señaló el jardín. Con un hermoso vestido azul. Gwenna estaba mostrándoles una trepadora a un hombre y a una mujer. El hombre era un banquero Suizo libidinoso. El hecho de que estuviera al lado de Gwenna le ponía los pelos de punta a Angelo.

—¿Sabe una cosa, jefe? La señorita Hamilton no sabe que ella podría estar molestándole a usted...

—¿Cómo dices?

—Bueno, es una chica muy simpática a la que le encanta ayudar a la gente.

El encanto de Gwenna parecía haber conquistado a todos, hasta al duro jefe de seguridad, que siempre había tenido una visión muy negativa del sexo opuesto. Ella era muy amable con todos y se interesaba por ellos y sus problemas.

Desgraciadamente, Angelo se sentía bastante excluido de aquella amabilidad general para con todos y este hecho le dolía. Gwenna no se interesaba excesivamente en él ni cuestionaba sus ausencias. Existía una barrera que ella no superaba nunca. Sin embargo, ¿acaso no le excitaba como ninguna mujer lo había hecho? ¿No era eso lo que le importaba? Ninguna mujer le había dado tanto placer, y se tomaba muchas molestias para poder tener tiempo de estar con ella. También le dedicaba enormes atenciones. Naturalmente, quería que ella estuviera contenta con el papel que ocupaba en su vida, y era un amante muy generoso. Sin embargo, ella no respondía de igual modo a sus esfuerzos por agradecerle.

Se ponía la ropa y las joyas que él le daba con indiferencia, cambiándoselas por vaqueros y camisetas a la primera oportunidad que tenía. Ni fiestas, ni galas... Nada parecía entusiasmarle.

Además la había vuelto a reunir con su adorable perrito ¿Se quejaba él de que aquel perro alocado estuviera siempre al acecho para morderlo?

Sin embargo, lo que más le molestaba era la sospecha de que Gwenna no era feliz. Ella jamás lo había mencionado, pero Angelo pensaba constantemente en ello. ¿Echaría de menos a Toby James? La mera sospecha le enfurecía.

Y si ella ya era poco feliz, Angelo sabía muy bien que pronto le daría la noticia que terminaría del todo con la poca felicidad que tuviera. Hacía tres semanas había recibido las pruebas que habían revelado que Donald Hamilton era culpable de otro delito más. Angelo tenía por fin las pruebas de un fraude que destruiría para siempre la fe que Gwenna tenía en su padre.

Con el rostro sonrojado por la atención que Johannes Saudan le estaba prestando y las miradas asesinas que les enviaba a ambos la novia de él, Gwenna respondía las preguntas del banquero. Cuando vio a Angelo en la terraza, sintió un profundo alivio.

—Creo que Angelo me está buscando...

—¿Y qué hombre no la buscaría? Es usted maravillosa.

—Si me perdona... —susurró ella, sintiendo una profunda repulsión. Entonces, se dirigió hacia el interior de la casa.

Angelo bajó a su encuentro. Con sólo su mirada, Gwenna sintió un profundo calor en la entrepierna y se odió por ello.

—Siempre tengo que buscarte... hasta en mi propia casa, *bellezza mia*.

Gwenna bajó la cabeza al escuchar aquel reproche y no dijo nada. ¿Qué podía decir? Deliberadamente, se mostraba distante con él. En el dormitorio, siempre estaba donde él esperaba encontrarla porque, según ella creía, allí era donde empezaba y terminaba su relación.

Angelo se acostaba con ella, aunque Gwenna tenía que admitir que ella tenía las mismas ganas de acostarse con él. Lamentablemente, no le resultaba tan fácil enfrentarse a la confusión que sentía.

—Me gustaría verte un poco más cuando celebremos fiestas —protestó él.

—Muy bien.

Angelo le tomó la mano y le acarició suavemente la parte interna de la muñeca con el pulgar. Notó que el pulso se aceleraba y que temblaba ligeramente. Cuando ella lo miró, vio que tenía las pupilas dilatadas. Estaba presa de la tensión sexual.

—¿Cómo me haces esto?

—No sé de qué me estás hablando —susurró ella.

—Deja que te lo muestre...

Angelo la agarró de las dos manos y la empujó a una habitación. En cuanto comprendió sus intenciones, Gwenna se puso rígida. Conocía muy bien la mirada que Angelo tenía en los ojos en aquellos momentos. En demasiadas ocasiones, él le había demostrado lo débil que era en lo del sexo eligiendo momentos y lugares poco convencionales para saciar su pasión. Gwenna siempre se rendía, incapaz de resistirse. Sin embargo, en aquella ocasión se imaginó qué pensarían de ella los invitados si la vieran salir de la sala con el cabello revuelto, el maquillaje corrido y el rostro ruborizado.

—No... Ahora, no. Tus invitados se darán cuenta de que no estamos.

—¿Y que?

—Se imaginaran lo que hemos estado haciendo.

—¿Por qué? —preguntó él con una carcajada.

—Porque se lo imaginarán.

—¿Y por qué tiene eso que importarte *bellezza mia*? —preguntó él, disponiéndose a desabrocharle el vestido.

—He dicho que no —dijo ella, apartándole las manos—. ¿Por qué iba a importarte a ti? Todos los hombres se pensarán que eres un verdadero macho, pero de mí dirán que soy una ramera.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó él, mirándola con incredulidad. ¿De dónde vienen todas estas tonterías?

—No se trata de ninguna tontería. No tenemos por qué anunciar cómo es nuestra relación. Además, no pienso sentirme humillada por ser tan despreciables y rastreros como Johannes Saudan.

—¿Qué es lo que te ha dicho?

—No me ha dicho nada, pero sé lo que está pensando y no es el único...

—¿Quieres hablar con un poco de sentido común?

—Me has puesto en el escaparate para todos ellos como si fuera un caniche que ha ganado una competición. Los diamantes que llevo alrededor del cuello son el equivalente de un collar...

—Pues a mí me parece que las mujeres miran con mucha envidia ese collar.

—¡Es como si me hubieras marcado con tu sello! ¡No me importa el dinero que valga! —le espetó Gwenna—. No lo entiendes, ¿verdad? Crees que ser tu amante es una especie de honor...

—¡Santo Cielo! Apártate de la puerta —le ordenó Angelo—. Ahora, voy a ir a hablar con Saudan sobre lo que te ha dicho...

—Ya te he explicado que no me ha dicho nada no era necesario. Cree que se me puede comprar y, cuando me miró, yo supe que se estaba preguntando cuánto tardarías en volver a ponerme en el mercado. Para él,

soy tan sólo un bien que se puede comprar y cree que me puede tener también...

—¡Te aseguro que voy a matar a ese tipejo!

—¿Por qué?

—*iDannazione!* ¡Te ha disgustado!

—¿Y a ti qué te importa eso? —le preguntó ella, colocándose delante de la puerta para impedirle el paso. Entonces, sin que pudiera impedirlo, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Angelo odiaba las lágrimas femeninas y jamás se había dejado influir por ellas. Sin embargo, cuando vio a Gwenna llorar, se sintió profundamente aliviado, como si ella le hubiera proporcionado la clave que necesitaba para comprenderla. Estaba disgustada, triste. No podía tomar en serio todo lo que ella le había dicho. Inmediatamente, la frustración que sentía empezó a remitir. De repente, todo pareció más sencillo. Extendió las manos y la abrazó.

—Yo no lloro... no... Estoy bien —musitó. Justo en aquel momento, su teléfono móvil empezó a sonar—. Si me perdonas...

Era su hermanastra Penelope.

—Tenemos que hablar contigo urgentemente —afirmó la joven, con un tono de voz que provocó ansiedad de Gwenna—. Se trata de un asunto familiar del que no puedo hablar por teléfono. ¿Puedes venir pronto?

—Tomaré el primer tren mañana —prometió, antes de cortar la llamada. Entonces, miró a Angelo—. Tengo que regresar a mi casa durante un par de días. Se trata de un problema familiar.

—Te acompañaré —dijo él, frunciendo el ceño. —Gracias, pero no creo que sea buena idea. Se trata de un asunto familiar privado.

Angelo pensó que lo más probable era que Donald se hubiera vuelto a meter en un lío. Desde que descubrió lo de Furnridge Leather, supo que era cuestión de tiempo que se descubrieran el resto de los negocios sucios de Donald Hamilton. Sin embargo, sintió pena por Gwenna.

—¿Crees que podrías cuidar de Piglet? A mi madrastra no le gustan los perros y creo que se sentiría algo traumatizado si volviera a dejarlo en el hotel para perros.

Angelo se sintió muy orgulloso de que ella le confiara a su mascota ya que, sin duda, Piglet era su posesión más preciada.

—No hay problema. Haremos que esta noche sea para recordar, *bellezza mia* —añadió, haciendo que Gwenna se deshiciera por dentro de deseo.

A la mañana siguiente muy temprano, ella se despertó y oyó ruidos en la habitación de al lado, señal de que Angelo estaba despierto. Jamás dormía con ella. Cuando por fin entró en la de Gwenna, estaba ya vestido con un elegante traje oscuro. Se acercó a la cama y la miró con adoración. Estaba tan encantadora...

—*Dio mio...* No sé si voy a poder dejarte marchar. Anoche fue maravilloso...

Gwenna se sonrojó, pero se movió bajo las sábanas como una gatita.

—Deberías haberte quedado —dijo, sin poder contenerse.

—Tengo una reunión dentro de una hora. Es muy importante.

Sin embargo, había sido la primera vez que Gwenna se le había insinuado. Angelo se sentía casi mareado por el triunfo que aquello suponía. Llamó a Franco y le dijo:

—Informa a mi despacho que voy a llegar tarde.

Se aflojó la corbata y se la quitó, antes de hacer lo mismo con la chaqueta. Entonces, sin dejar de mirarla, empezó a desabrocharse la camisa con desesperante lentitud.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, asombrada—. Creía que tenías una reunión...

—Haz que merezca la pena haberlo pospuesto —susurró, desafiándola, mientras se tumbaba en la cama a su lado para besarla apasionadamente...

Angelo la despertó a mediodía. Mientras ella se sentía agotada, él parecía lleno de energía. Evidentemente, se había dado una ducha porque tenía el cabello mojado y brillante.

—Has perdido el tren. Te está esperando el chófer para llevarte al helipuerto. Puedes ir a ver a tu familia pero no tardes demasiado en volver.

—Muy bien —comentó ella, algo azorada ante la idea de ir en helicóptero a Somerset.

Angelo le tomó una mano y le besó suavemente las yemas de los dedos. Entonces, la contempló con satisfacción.

—Enhorabuena, *bellezza mia*.

—¿Por qué?

—Porque por fin siento que me perteneces.

Gwenna palideció.

—Así era como yo quería que fuera y como tiene que ser. Jamás me habría conformado con menos —añadió él.

—¿De qué sirve el amor verdadero? Ahora eres más mía de lo que nunca serás de ese hombre.

Con eso, se dispuso a marcharse. Sin embargo, antes de que saliera del dormitorio, ella lo llamó.

—Angelo...

—¿Sí? —respondió él, dándose la vuelta para mirarla con satisfacción en el rostro.

—¿En quién crees que pienso cuando hago el amor contigo? —le espetó, arrepintiéndose enseguida de lo que había dicho. Tal odio no era propio de ella, pero cada vez que Angelo le hacía daño reaccionaba de las maneras más imprevisibles.

Angelo la miró con el rostro imperturbable. Ella notó que palidecía y supo que aquel comentario había dado en el blanco. Sin embargo, se avergonzaba más de lo que se alegraba de su éxito. Arrepentida, se echó a temblar. Fue como si la temperatura hubiera bajado repentinamente.

Cuando él cerró por fin la puerta del dormitorio, Gwenna se cubrió el rostro con las manos. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Qué le había hecho Angelo? ¿Desde cuándo había sido tan vengativo?

¿Cuándo había pensado en Toby estando en presencia de Angelo? Nunca. Ese hecho la asombró y la asustó a la vez...

Capítulo 8

—Viajas con todo lujo: helicóptero privado y una limusina para que te traiga hasta nuestra casa —le dijo su padre con admiración, cuando los dos estaban en su despacho—. Me siento muy impresionado. Evidentemente, Angelo Riccardi te tiene en mucha estima.

—No lo sé. Simplemente perdí mi tren —respondió Gwenna. Se había estado preguntando si Penelope había exagerado sobre la crisis familiar. Su padre no parecía preocupado. De hecho, parecía muy relajado—. Penelope hizo que la situación aquí pareciera muy grave. He estado muy preocupada.

—En ese caso, te aliviará saber que el problema que tengo en la actualidad es simplemente una consecuencia del de Furnridge —comentó su padre—. Yo tenía mucho lío e hice lo que hace la mayoría de la gente en una crisis. Tomé un poco prestado de Pedro para pagar a Pablo.

—No te comprendo...

—Me temo que se han descubierto ciertas irregularidades en las cuentas del comité de Massey. Por supuesto, con el tiempo suficiente, yo las habría enmendado. Desgraciadamente, los pesados del comité demandan un pago inmediato.

—¿Estás diciendo que robaste dinero del Fondo de los Jardines de Massey... también? ¿En que diablos estabas pensando?

—No me hables en ese tono de voz, Gwenna.

—Me resulta imposible creer que, después de todas esas galas para recaudar fondos y todo los discursos que diste, te quedaras tú con el dinero que la gente nos entregó —susurró atónita—. ¿Por qué no lo mencionaste el mes pasado?

—Evidentemente porque esperaba poder devolverlo, pero eso ha sido imposible. Estoy en el paro y Eva y yo casi no nos podemos permitir vivir en esta casa. Ayer, nos llamaron dos miembros del comité y nos dijeron que van a llamar a la policía.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —le preguntó ella, abrumada por la tensión.

Donald mencionó una suma que la dejó atónita.

—Dios mío... ¿Qué vamos a hacer?

—Bueno, tú podrías vender un collar de diamantes o algo así para salvarnos el pellejo —dijo una voz femenina a sus espaldas.

Gwenna se dio la vuelta y vio que sus hermanastras y su madrastra acababan de entrar en la sala.

—O tal vez le podrías pedir a tu rico amante que pague las deudas de tu padre —añadió Penelope con el mismo tono sarcástico.

—No puedo hacer eso —dijo, sin saber cómo explicar que ella no se consideraba dueña de ninguna de las joyas que Angelo le había dado.

—Desgraciadamente, tú eres la única persona que nos puede ayudar en estos momentos —afirmó su padre—. No tenemos dinero ni podemos tener esperanzas de conseguir un préstamo.

Con ese comentario, Donald Hamilton salió del despacho.

—Yo tampoco puedo hacer nada —dijo Gwenna—. Yo tampoco tengo dinero.

Eva habló por primera vez.

—Si no encuentras el modo de enmendar esta situación discretamente, te aseguro que me divorciare de tu padre y entonces ni siquiera tendrá un lugar en el que vivir. Ya estoy harta. No pienso tolerar esto ni un minuto más.

—Entiendo cómo te sientes...

—No lo creo. Mientras nuestras vidas se hacen pedazos y tenemos que pensar cómo pagarnos las facturas, tú has estado viviendo como una reina —le espetó Penelope. He visto tu fotografía en las revistas de mayor tirada y tu nombre en las columnas de sociedad.

—Comprendemos que te habría resultado difícil presentarle a Angelo un listado de peticiones durante la primera semana de vuestra convivencia, pero ya va siendo hora que dejes de ser una egoísta y compartas tu buena suerte con tu familia —apostilló Wanda.

—Ya basta, niñas —murmuró Eva—. Estoy segura de que Gwenna ha comprendido lo que le queremos decir.

—No creo que conseguir el dinero sea un problema para ti —afirmó Penelope—. Después de todo, llevas una fortuna a cuestas. Ese bolso debe de costar por lo menos mil quinientas libras.

Gwenna contempló el bolso horrorizada. ¿Tan caros eran los bolsos? No tenía ni idea de lo que valían ninguno de los accesorios que llevaba por que no los había comprado ella.

—Os repito que no tengo dinero propio y que no puedo pedirle a Angelo que me lo dé

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? —le espetó Wanda.

—No soy una prostituta —dijo, sin poder contenerse—. No le voy a pedir dinero.

Su madrastra la miró con desprecio.

—No exageremos, Gwenna. Por lo que he visto, Angelo Riccardi necesita que lo animen muy poco para mimarte todo lo que quieras y más.

—¡Dejad de hablarme como si estuviera con Angelo porque yo quiero o como si fuera algo maravilloso para mí! Yo estaba enamorada de otra persona. Angelo me ofreció un trato... Si me acostaba con él, retiraría los cargos contra papá.

Se arrepintió de su confesión inmediatamente, al observar cómo las tres mujeres la observaban completamente boquiabiertas.

—No lo sabía —dijo Eva—. Me parece algo completamente inmoral y espero que no nos culpes por la decisión que tomaste. No necesitamos conocer los sórdidos detalles, gracias.

—¿Estás diciendo que Angelo Riccardi tuvo que chantajearte para que te acostaras con él? Madre mía, yo me habría arrojado a su cuello ¿Qué diablos te pasa? —le preguntó Wanda.

—Eso resulta muy sexy —comentó Penelope, sin ocultar su envidia—. Eres tan patética, Gwenna. . .Ninguna mujer normal se estaría quejando de algo así.

Asombrada por las reacciones de las tres mujeres, Gwenna salió del despacho. Se quedó muy sorprendida al ver que Toby la estaba esperando en el recibidor. Enseguida comprendió que su amigo, como miembro del comité, conocía perfectamente todo lo ocurrido.

—Lo descubrí ayer. Me ofrecí voluntario para darte la noticia, pero no podía hacerlo por teléfono...

—Gwenna... —le dijo su padre desde el otro lado del pasillo.

—Sácame de aquí —le suplicó Gwenna a Toby antes de volverse para hablar con su padre—. Mira, no sé lo que decir en estos momentos. Tengo que pensar las cosas. Por favor, no esperes que sea capaz de hacer un milagro. Te llamaré.

Ignorando las protestas de su padre, Gwenna salió de la casa y dejó que Toby la acompañara a su coche.

—Mira, tengo una habitación en el Four Crowns para esta noche. ¿Quieres que vayamos allí para hablar?

El teléfono de Gwenna empezó a sonar. Era Angelo. Sin poder imaginar cómo iba a decirle lo que había hecho su padre, lo desconectó.

Cuando llegaron al hotel, los dos fueron a cenar al restaurante. No hablaron del problema de Donald hasta que no estuvieron en la habitación de Toby con una botella de buen vino.

—Te seré sincero. El comité está deseando llamar a la policía, pero yo les persuadí de que esperaran un poco. Como no quieren que este escándalo se haga público por si evita que la gente siga haciendo donaciones al fondo, han accedido ¿Crees que Angelo va a ayudar a tu padre en esta ocasión?

—Lo dudo...

—Sin embargo, me pareció que te tiene mucho afecto. Por respeto a ti, no te voy a decir lo que pienso de tu padre.

—Te lo agradezco.

Justo en aquel momento, alguien llamó a la puerta. Cuando Toby se levantó para abrir la puerta, Gwenna sintió que se le caía el corazón a los pies. Era Angelo.

Se levantó inmediatamente de la cama, donde habían estado sentados y notó inmediatamente la ira que brillaba en los ojos de Angelo. Cuando avanzaba hacia él, vio cómo Angelo pegaba a Toby, que cayó hacia atrás, sobre la cama.

—¿Estás loco? —le preguntó ella, atónita.

—¡Estabas tumbada en su cama! —gritó Angelo—. Mantente al margen de esto. Este asunto es entre él y yo.

—No soy un cobarde, pero no le veo sentido a lo de pegarse —gruñó Toby, frotándose la mandíbula.

Angelo lo observó con desprecio.

—¡Ni siquiera es capaz de pelear por ti!

—¿Y por qué iba hacerlo? Es gay —dijo Gwenna, acercándose a Toby para ver si estaba bien.

—¿Gay? —preguntó Angelo, con incredulidad.

—Gay —afirmó Toby, mirando con sorpresa a Gwenna—. ¿No te lo había contado ella?

—No era asunto de Angelo —declaró Gwenna.

Angelo dio un paso al frente y extendió la mano hacia Toby para ayudarlo a que se levantara —Lo siento. Te debo una sincera disculpa. ¿Por qué no me lo dijiste, Gwenna? ¿Por qué no era asunto mío?

Gwenna se sonrojó, pero no pudo responder. Se sentía enfadada y culpable de que Toby hubiera resultado herido. Aunque le costaba reconocerlo se había alegrado al darse cuenta de que Angelo la había seguido a Somerset.

—¿Vas a venirte a mi hotel? —le preguntó Angelo.

De mala gana, Gwenna asintió y se marchó con él. Cuando estuvieron a solas, le espetó:

—¿Cómo has podido hacer eso?

—Tú eres la responsable.

—¿Por qué?

—Cuando te llamé por teléfono, no contestaste. Te marchaste de la casa de tu padre con el hombre del que me dijiste estabas enamorada. Cenaste con él y luego subiste a su habitación. ¿Qué querías que pensara?

—No todo el mundo está tan obsesionado con el sexo como tú. Sigo sin comprender cómo has sabido dónde estaba.

—Yo siempre sé dónde estás. Cuando sales, siempre te está vigilando alguien del equipo de Franco. Yo soy un personaje público y tengo enemigos. Aunque sólo sea de la amenaza de los paparazzi, necesitas protección.

—Es como estar bajo supervisión policial. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Tu seguridad es lo que más me preocupa. Ahora, háblame de Toby. ¿Cómo te las arreglaste para enamorarte de un homosexual?

—Era un secreto y yo no lo sabía cuando lo conocí. Cuando me lo contó, era demasiado tarde.

—¿Cómo de tarde?

—¿Cuándo te enamoraste tú por última vez —le preguntó ella, sin responder a la pregunta de Angelo.

Angelo se sintió como si hubiera caído en arenas movedizas. No creía en el amor. El amor era una palabra de cuatro letras que no había vuelto a salir de sus labios desde la infancia y no era algo de lo que estuviera dispuesto a hablar. Su reserva en ese sentido era bien conocida. Angelo Riccardi jamás contestaba preguntas personales y nadie se las hacía para no molestarle.

—¿Cómo es que tú me puedes preguntar a mí, pero yo no puedo preguntarte a ti? —replicó ella, al ver que él no respondía.

—Yo no me enamoro. ¿De acuerdo?

—¿Quieres decir nunca?

—¿Y qué? —replicó él, enfurecido por la mirada de compasión que Gwenna le estaba dedicando, como si fuera un lisiado emocional.

Gwenna deseó no haberle preguntado nada. Sentía una profunda tristeza por él.

—Mi abuela decía que tiene que haber de todo en la viña del Señor. Supongo que si yo hubiera encontrado a alguien del que mereciera la pena enamorarse, me habría olvidado de Toby. Aunque habría tenido que ser una persona muy especial. Toby es muy creativo. Diseña parques y jardines. Tenemos mucho en común...

—Tierra, plantas... Vaya cosa.

—Toby es muy especial.

Aunque no estaba buscando el amor, Angelo se sintió herido. Toby era perfecto, imposible de comparar con el resto de los mortales. Angelo decidió que seguir hablando del tema estaba por debajo de su dignidad.

Era casi medianoche cuando llegaron al hotel Perevil House. Un ascensor privado los llevó a una opulenta suite que comprendía varias habitaciones. En el momento en el que Gwenna entró por la puerta Piglet se abalanzó sobre ella para darle la bienvenida.

—Madre mía, ¿te lo has traído también? Gracias —susurró mientras acariciaba suavemente al perro.

Angelo se preguntó cómo iba a dejar solo a un perro que se ponía en huelga de hambre sin Gwenna. Piglet tenía que ser el perro que había llamado la atención con más éxito en toda la historia de la raza canina.

A la mañana siguiente, Gwenna se despertó a las nueve. A pesar de todo lo ocurrido, había dormido como un tronco y Angelo no la había

molestado. Tal vez se había dado cuenta de lo cansada que ella estaba. Se sorprendió que no le preguntara por la crisis familiar de la noche anterior. Sin embargo, ¿por qué iba a interesarle? Pero si no le interesaba, ¿para qué había ido a buscarla a Somerset?

Ya no podía seguir evitando la desagradable decisión que tenía que tomar. ¿Iba a pedirle a Angelo que ayudara a su padre o no? No sabía qué hacer.

Cuando ella salió a desayunar, Angelo la saludó con una inclinación de cabeza. Estaba sentado al escritorio, colgado al teléfono y hablando rápidamente en italiano. Ella lo observó mientras tomaba cereales con leche. Pensando en la conversación que la esperaba, se le había quitado el apetito.

Angelo colgó el teléfono y se acercó a ella. Estaba tan guapo como siempre.

—¿Has dormido bien? —le preguntó.

—Sí, gracias.

—Yo no —dijo, apoyándose contra la mesa del desayuno—. Ven aquí.

La ayudó a levantarse y al ver el vestido que ella se había puesto, sonrió. Era azul y se ajustaba perfectamente a las curvas del cuerpo de Gwenna.

—Te elegí ese vestido en Nueva York.

Gwenna se sorprendió.

—No sabía que tú eligieras mis cosas.

—Bueno, en realidad sólo fueron un par de cosas. He decidido que necesitamos unas vacaciones —anunció—. A finales de semana nos vamos a Cerdeña.

—¿Hablas en serio?

—Tengo una casa allí... que tiene un enorme jardín. Te encantará. Como tus plantas, yo necesito gran cantidad de sol y de atención.

Gwenna lo miró atentamente.

—¿No quieres saber por qué he tenido que ir a ver a mi familia?

—Me lo imagino —admitió él.

—¿Cómo? Es decir, no me has dicho nada...

—¿Qué cómo? Tengo empleados en Furnridge y los rumores sobre lo ocurrido con el jardín de Massey empezaron a correr como la pólvora hace unos días. Entonces, yo indagué un poco más. Por eso estoy aquí.

—No se trata de un rumor.

—No.

—Mi padre se llevó dinero y lo utilizó para tratar de ocultar las sumas que se había llevado de Furnridge.

—Mira, prefiero que no tengamos esta conversación —dijo él, levantando un dedo a modo de advertencia—. No me gusta la dirección que sospecho va a tomar.

—¿Cómo se supone que puedo yo responder a eso?

—Con un cambio de tema. Tu vida ha cambiado.

—Pero no se puede cambiar a la familia.

—Te sorprendería lo que se puede hacer —susurró él con rostro sombrío.

—¿Me estás diciendo que sabías todo esto y que ni siquiera lo mencionaste anoche? —preguntó Gwenna, muy confusa. ¡No me extraña que no me preguntaras qué me ocurría! ¿Cómo eres capaz de separar las cosas de ese modo?

—Soy un hombre práctico.

—Angelo...

—No vayas por ese camino, *bellezza mia*.

Gwenna se apartó de él y se dio la vuelta.

—¡Es imposible que sepas lo que voy a decir cuando aún ni siquiera lo he dicho!

—¿No?

—Mira, estás haciendo que esto me resulte muy difícil. ¿Crees que me resulta fácil pedir dinero? Y ahora lo estoy estropeando todo.

—En absoluto. Te has vestido muy bien para el desafío. Ni vaqueros ni camisetas —comentó Angelo con tristeza.

—¿De verdad crees que ésa es la razón de me haya vestido de esta manera? Yo no soy de esa clase de mujeres...

—Yo tampoco lo creía. Desgraciadamente parece decidida a demostrar que me equivoco.

Pálida y tensa, Gwenna lo miró a los ojos.

—Deja de hacerte el listo y de intentar meterme miedo para que me calle. ¿No te das cuenta de que no puedo no pedirte dinero?

—No. ¿De verdad crees que tu padre se merece tanto esfuerzo?

—Es mi padre y lo quiero. En estos momentos, yo también me avergüenzo de él —admitió en voz baja—. A pesar de todo lo que ha hecho, es mi pariente más cercano y no puedo olvidarme de cómo me ayudó cuando yo era una niña.

—¿Y si las cosas no fueron del modo que tú imaginas? —replicó él con una fuerte carcajada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Olvídalo. Estaba pensando en otra cosa.

Angelo sabía que Gwenna tendría que saber la verdad tarde o temprano. Sin embargo, aquel momento no era el más adecuado. Se lo diría en Cerdeña. Una vez ella supiera la verdad sobre su padre, se plantearía de otro modo los lazos familiares.

—Deseo desesperadamente que mi padre tenga la oportunidad de darle otro rumbo a su vida.

Angelo realizó un gesto de total desesperación con las manos y se acercó a la ventana.

—Por favor...

—Jamás lo conseguirá si nadie cree en él. Si el comité presenta una denuncia contra él, tendrá que ir a prisión y no tendrá oportunidad alguna. Por eso te pido que, por favor, repongas tú el dinero. Aunque sea como un préstamo.

—*Dio mio*... Un préstamo sin aval alguno. Casi me habías convencido de que tú eras diferente y me gustaba la idea. Una mujer de principios. Hasta este momento, te distinguías por ser la única mujer que jamás me ha pedido dinero ni joyas. También me dijiste que no se te podía comprar. Sin embargo, acabas de decirme tu precio.

Los ojos de Gwenna se llenaron de lágrimas.

—Angelo, te aseguro que no quería hacer esto...

—Pero lo has hecho. ¿Crees que me importa a mí lo que pueda ocurrirle a tu padre? No. ¿Acaso crees que deseo agradarte hasta ese punto? Me temo que no —concluyó Angelo con profunda frialdad.

Aquella última afirmación fue como un bofetón para Gwenna. El único valor que ella tenía para Angelo Riccardi era sexual. Nada más.

—Siento haber cometido el error de creer que podrías tener compasión.

—Yo me reservo mi compasión para causas que lo merecen y tu padre jamás aparecerá en esa categoría.

—iSin embargo, puedes ir desperdiciando una fortuna en estúpidas ropas para mí! En colgarme alrededor del cuello diamantes que valen... Dios sabe cuánto. Hasta el modo en el que te burla de mí por preocuparme de mi padre...

—Yo no me burlo...

—iEn ese caso tu voz lo hace en tu nombre!

—Tu padre está tratando de utilizarte una vez más. ¿Dónde está tu sentido común? ¿Es que no te das cuenta? ¿Acaso crees que un hombre decente dejaría que su hija le pagara la libertad con su cuerpo?

—Eso no es justo. Mi padre cree que mantenemos una relación.

—Y mantenemos una relación.

—Ya sabes a lo que me refiero. Él cree que sentimos algo el uno por el otro. Y, dado que tú lo dijiste primero, ¿acaso crees que un hombre

decente le pediría a una mujer que comprara la libertad de su padre con su cuerpo?

—*Per meraviglia*... No me compares con tu padre. Si aún se pudiera comprar y vender a las personas, él habría sido el primero en venderte para sacar beneficio.

—¡Eso es una sucia mentira! Mi padre me quiere...

—Tu padre es un estafador. Tengo una pregunta para ti. ¿Qué clase de hombre le roba a su hija de ocho años la herencia que le ha dejado su madre?

Gwenna lo miró sin comprender.

—¿Qué es lo que estás diciendo? ¿De qué herencia estás hablando?

—Donald Hamilton falsificó el testamento de tu madre.

—¿Falsificar? ¿Qué es lo que estás diciendo?

—Tengo muchas pruebas. Se ha consultado con expertos en caligrafía. El testamento no es ni siquiera una copia bien hecha. Uno de los testigos y el abogado ya han muerto, pero al segundo testigo se le ha encontrado en el extranjero y está dispuesto a testificar que ese testamento no es el documento que él firmó en presencia de tu madre. Tu padre falsificó el testamento de tu madre y se nombro a sí mismo beneficiario principal. Quería que Massey Manor fuera suyo y se aprovechó de la muerte de tu madre para quitártelo.

—Todo eso son tonterías... Ridículas tonterías...

—Cuando tu padre se apresuró tanto a ofrecerte una casa y adoptarte, todo el mundo se sorprendió y se quedó muy impresionado. Sin embargo, nadie se preguntó por qué una mujer que, según todo el mundo sabía, lo había odiado a muerte, le dejaba todo lo que poseía.

—Angelo... lo que estás tratando de insinuar es...

—Lo siento, pero es la verdad.

—No... no... no puede ser —susurró ella. Fue a tomar el bolso de la silla donde lo había colgado la noche anterior y sacó su teléfono móvil.

—¿A quién vas a llamar?

—A Toby.

—¿Qué necesitas hablar con él? —le preguntó Angelo, arrebatándole el teléfono.

—¡Devuélveme mi teléfono!

—Piénsatelo bien antes de contárselo... ¿Puedes contarle a ese Toby James una información tan delicada? El forma parte del comité de Massey Manor, ¿verdad?

Gwenna le quitó el teléfono, pero no realizó ninguna llamada. Deseaba golpear a Angelo el hacerle pensar dos veces antes de ponerse en contacto con su mejor amigo para que la apoyara.

—Mi padre no falsificó el testamento de madre. Además, este asunto no tiene nada que ver contigo.

—Nos entregó la propiedad para pagar parte de las deudas que tenía con Furnridge. Si no es el dueño legal de Massey Manor, ha cometido otro delito de fraude. Tal vez preferirías que la Policía investigara el asunto.

Gwenna sintió un profundo escalofrío. Se sentía como si estuviera atrapada en una pesadilla de la que no había escapatoria. Angelo le colocó una mano en la espalda, pero ella se apartó con un violento gesto.

—Tenías que enterarte en algún momento, *bellezza mia*.

Gwenna le lanzó una mirada desafiante.

—Tengo la intención de hablar de estas acusaciones con mi padre.

—En primer lugar, deberías ver las pruebas —dijo Angelo, sacando un archivador del cajón del escritorio. Entonces, se acercó a Gwenna y se lo entregó.

—Vete —le espetó ella.

Angelo se fue al vestíbulo. Al abrir la puerta, dejó entrar a Piglet. El animal se dirigió directamente a su dueña, que lo tomó en brazos y se sentó en el escritorio para examinar los papeles. Había cartas, ejemplos de la escritura de su madre, opiniones de expertos. Sin embargo, cuando llegó a la declaración del hombre que había sido testigo del testamento de su madre, sintió una extraña sensación en el estómago. El testigo estaba dispuesto a jurar en un tribunal que Isabel Massey le había dejado todos sus bienes a su hija.

Media hora más tarde, cuando Angelo regresó, Gwenna había recuperado la compostura. Se puso de pie.

—Quiero ver a mi padre.

—Te dará un montón de excusas. Me han dicho que es así como actúa.

—Podré superarlo.

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo.

—¿Qué diablos tiene todo esto que ver contigo? ¿Qué sabes tú? —le gritó.

Angelo permaneció en silencio.

—Crees que voy a perder los estribos, ¿verdad? Te aseguro que no. ¡Sólo los pierdo contigo!

Gwenna estaba sentada en la limusina como una estatua de piedra, pero bajo la tranquila superficie, bullía un crisol de turbados sentimientos. El vehículo se detuvo por fin delante de la casa de su padre.

—No tienes que enfrentarte con él. ¿Por qué no dejas que sea yo quien se ocupe de esto? —le preguntó Angelo con voz tranquila.

—Es mi padre —replicó ella, agarrando con fuerza el archivador—. ¡No te atrevas a entrar!

Capítulo 9

Donald Hamilton hojeó frenéticamente el archivador que Gwenna le había entregado. Al final, lo arrojó sobre la mesa. Su rostro había adquirido una apariencia grisácea y su asombro era palpable.

—¿Te ha preparado Angelo Riccardi todos esos documentos?

—Sí. Te ruego por favor que no me mientas. Tengo que escuchar la verdad.

—Todo parece mucho peor que lo que es. Deja que te explique cómo ocurrió...

—No creo que fuera algo que simplemente ocurriera. No hables como si se tratara de algo sobre lo que no ejerciste control alguno. Falsificaste el testamento de mi madre de modo que yo me quedé sin nada. ¿Qué te parece a ti que significa eso?

—Estás exagerando. En realidad, todo empezó bastante inocentemente. Cuando tú eras un bebé, traté de persuadir a tu madre para que nos asociáramos en los negocios. Esperaba que juntos podríamos construir casas en Massey Manor.

—¿Construir? Van en contra de la ley construir en un lugar que ha sido declarado de interés cultural.

—De esto hace más de veinte años y, en aquellos momentos, la casa no estaba catalogada. Yo quería que todos ganáramos dinero. Isabel era tan pobre como una rata, pero se puso hecha una fiera cuando le sugerí mi plan. Se puso en plan señora del castillo, aunque la casa ya estaba en ruinas.

—Lo sé.

—Cuando tú naciste, mi relación con Isabel era tan sólo una amistad.

Gwenna no lo recordaba así. La relación había continuado según las ganas de su padre. La amargura de su madre había llegado a sus niveles más altos cuando empezó a darse cuenta de que el hombre al que había amado durante tanto tiempo jamás había sentido nada parecido a lo que ella sentía por él.

—Mi primer matrimonio fue un desastre y yo quería divorciarme. Construir en Massey me parecía el único modo de escapar de ella —añadió el padre de Gwenna con decisión—. Necesitaba ganar mucho dinero. Tenía una esposa que mantener, a tu madre y a ti y, entonces, ya había conocido a otra mujer.

—¿No te ocurría eso con demasiada frecuencia? ¿A rey muerto, rey puesto?

—No espero que comprendas que Fiorella era diferente. Era una italiana muy elegante. Esperaba poder casarme con ella, pero el tema me explotó entre las manos...

—No veo lo que todo esto tiene que ver con el testamento de mi madre.

—Estoy tratando de explicarte por qué hice lo que hice.

Sospechando que todo no era más que un intento por excusar lo inexcusable, Gwenna miró el archivador, que estaba sobre la mesa de café. Bajo la mesa, Piglet suspiró en sueños. Gwenna estaba empezando a preguntarse por qué se había molestado en ir a ver a su padre. Se sentía vacía. Nada de lo que él pudiera decirle iba a conseguir que se sintiera mejor. Ella siempre se había sentido culpable de que su padre se divorciara por ella. De hecho, él la había llevado a pensar que su esposa se había divorciado de él por ella. Sin embargo, acababa de admitir que quería terminar con ese matrimonio. Además, cosas que jamás había querido ver empezaron a hacerse muy evidentes ante sus ojos. Sus hermanastras habían crecido en una enorme casa con su madre y el padre de Gwenna mientras que ella había sido recluida en un internado. Durante las vacaciones, su presencia en la casa había sido tolerada a duras penas. Gwenna se había puesto a trabajar para pagarse sus estudios y, desde que tenía dieciocho años, había vivido en un pequeño espacio que, básicamente, era el desván de una tienda y se había ocupado del vivero por un mísero sueldo. A pesar de todo, una simple palabra de aprobación de su padre le había bastado para seguir adelante.

—Gwenna, tienes que escucharme...

—Si quieres que te escuche, dime algo relevante. La historia de tu romance con una elegante italiana no lo es.

—En este caso, sí. Un día, tres hombres fueron a mi despacho a plena luz del día y me dijeron que yo estaba relacionándome con la hija de un hombre muy importante y que ella ya estaba casada. Me advirtieron que, si quería seguir con vida tenía que salir de la vida de Fiorella.

—¿De verdad? —se burló ella—. Tal vez mi madre habría sido más feliz si hubiera tenido un padre igual que ese.

—Por el amor de Dios, Gwenna. Me pusieron una pistola en la cabeza. ¡Creí que me iban a matar! Eran criminales muy violentos.

—Estoy segura —se mofó ella, preguntándose qué se inventaría su padre a continuación.

—Yo me estaba ocupando del dinero de Fiorella. Era una mujer muy rica. Los matones del padre de ella me ordenaron que les entregara todo el dinero. Me acompañaron al banco y esperaron mientras yo lo preparaba todo para sacar el dinero de Fiorella. Sin embargo, ella ya se había gastado una buena cantidad y esos hombres me amenazaron con matarme si yo no había logrado reponer el dinero cuando regresaran por segunda vez. Tenía que pagar. Me dejaron sin blanca. Ni que decir tiene que corté de raíz con Fiorella, pero me quedé arruinado.

—Lo siento, pero no me creo nada de todo esto.

—El abogado de tu madre trabajaba en el mismo bufete que yo. Era mayor y estaba a punto de retirarse. Me resultó fácil quitarle los papeles

de su caja fuerte. Me dirigí a una compañía de préstamos y fingí ser el dueño de Massey Manor. Utilizando la finca como aval, conseguí que me prestaran una gran cantidad de dinero. Tenía que encontrar el modo de afrontar mis obligaciones domésticas. Acuérdate que, por aquel entonces, tu madre y tú dependíais de mí.

—¿Cómo pudiste hacerle eso a mi madre? ¿Hay alguien a quien no seas capaz de utilizar?

—Cuando tu madre murió, la finca tenía una hipoteca más que considerable y tuve que ocultar las pruebas. ¿Qué podía hacer si no? Te aseguro que todo lo hice con la mejor de las intenciones. Tenía unos planes tan maravillosos...

—Mi madre quería que Massey Manor me perteneciera a mí, no a ti.

—Te di un hogar. Te adopté. Esperaba construir en la finca y tú también te habrías beneficiado de eso.

—No lo creo. Yo simplemente fui una herramienta para ti y un modo muy barato de mantener el vivero en funcionamiento —dijo Gwenna. Entonces, tomó el archivador y se levantó—. Me llevo el jeep. Es mío.

—No te puedes marchar así. ¿Qué va a ocurrir ahora?—dijo, acercándose a la ventana.

Gwenna miró a su padre y vio a Angelo. Estaba apoyado contra su coche. En aquel momento, comprendió que no le importaba que él mandara a su padre a la cárcel. Esto significaba también que el acuerdo al que había llegado con Angelo quedaba invalidado. Su padre sería arrestado, juzgado y enviado a la cárcel. Si ella ya no quería impedirlo, eso significaba que volvía a ser libre.

—¿Es ése Angelo Riccardi? —le preguntó su padre—. Parece más joven de lo que aparenta en los periódicos. Me recuerda a alguien. ¿Por qué no lo invitas a pasar?

—No quiero.

Con eso, Gwenna se dirigió a la cocina, agarró las llaves del viejo todoterreno y se fue directamente hacia el garaje. Ya montada en el vehículo, rodeó la casa y se detuvo al lado de la limusina.

—¿Puede ir ese vehículo por una carretera?

—No seas esnob. Bueno, supongo que ya está. Nuestro acuerdo ha terminado.

Turbado por la fría mirada que ella tenía en los ojos Angelo le preguntó:

—¿Terminado?

—Puedes acusar formalmente a mi padre. Ya no me importa.

—No lo dices en serio...

—Claro que sí. Es un hombre horrible. Ciertamente no pienso sacrificar mi vida para evitar que vaya a prisión.

—No me refería a tu padre, sino lo de «terminado». Tú y yo...

Gwenna miró hacia delante.

—No hay tú y yo. Era un acuerdo al que habíamos llegado y ahora ya no existe. Si el testamento fue falsificado, Massey Manor es mía y, tan pronto como se termine todo el papeleo, volveré allí.

—No creo que éste sea lugar para tener una discusión.

—No tengo nada que hablar. Puedes quedarte con la ropa y enviarme mis cosas al vivero.

Con eso, Gwenna apretó el acelerador y se marchó.

Angelo estaba asombrado por el giro que habían dado los acontecimientos. ¿Cómo había podido ocurrir algo así? Él siempre se adelantaba a los acontecimientos.

Piglet rodeó la esquina de la casa y pasó corriendo al lado de Angelo en un intento de alcanzar a su dueña. Angelo lo observó durante diez segundos y, entonces, al ver que el desorientado animal se dirigía directamente hacia la carretera echó a correr. Tras dar órdenes a su equipo, Franco fue tras el perro. Llegó a la carretera justo a tiempo de ver cómo su jefe se tiraba al suelo para atrapar al perro, que corría frenéticamente entre el tráfico de la carretera. Angelo lo tiró hacia la hierba del arcén y estuvo a punto de perder el equilibrio. Mientras se tambaleaba, recibió un golpe del alerón de un coche. Salió volando por el aire y cayó al suelo con el acompañamiento del ruido de frenos y de los gritos de los conductores. Se quedó tumbado en la carretera, con un hilo de sangre manándole lentamente de un lado de la cabeza. Muerto de miedo, el pobre Piglet buscó seguridad en el único rostro familiar y se refugió en el cuerpo de Angelo para lamerle la mano.

Gwenna había atravesado casi por completo el pueblo antes de que se diera cuenta de que no sabía adónde ir. Las verjas de Massey Manor le quitaron esa preocupación de encima. Como no podía entrar con el todoterreno en los terrenos de la finca, lo aparcó en el exterior y comenzó a andar en dirección a la casa.

Aún se sentía atónita al haber descubierto que ella era la dueña legítima de todo aquello, de la finca que llevaba varias generaciones en su familia. Por supuesto, todo tendría que ser ratificado por un tribunal, pero era una buena noticia, ¿no? nadie podría volverle a quitar la casa de su madre. El vivero volvería a ser suyo. Como no tenía que darle ya nada a su padre, podría ampliar el negocio y pensar en el futuro.

Mientras caminaba por los jardines de la casa para tranquilizarse, tuvo que admitir que también se sentía conmovida ante el concepto de una vida en la que ya no estaría Angelo. La sorpresa más grande de todas llegó cuando comprendió que ya no volvería a verlo más y que esto le dolía más que ninguno de los acontecimientos que había vivido aquel día.

Se cubrió el rostro con las manos y se sentó en los escalones de entrada de la vieja casa.

¿Cuándo había dejado de odiar a Angelo? ¿Por qué no se había dado cuenta de que ya llevaba mucho tiempo sin odiarlo? ¿En qué momento había pasado a considerar a Toby más como un amigo muy querido que como la fuente de sus sueños frustrados? ¿Cómo podía haberse enamorado de Angelo? No tenían nada en común. Tal vez fuera una simple atracción. Fuera como fuera, lo descubriría muy pronto. Acababa de abandonarlo...

De repente, Gwenna se dio cuenta de que también había abandonado a Piglet en la casa de su padre. Se levantó rápidamente y se dirigió hacia el coche. Allí, encontró a Toby examinando el vehículo.

—¿Me estabas buscando?

—Me ha sorprendido ver tu coche aparcado aquí.

Acababa de tomar el teléfono, que se había dejado en el coche, y estaba mirando las llamadas perdidas cuando notó que había algo extraño en la voz de Toby.

—¿Qué es lo que pasa?

—Había dado por sentado que estarías en el hospital... No lo sabes, ¿verdad? Angelo ha tenido un accidente.

Gwenna sintió que una sensación extraña en la boca del estómago. Miró a Toby completamente horrorizada.

—¿Un accidente? ¿Dónde?

—Tu madrastra lo vio todo. Regresaba a casa con su compra cuando...

—¿Y Angelo? ¿Cómo se encuentra?

—Mira, creo que es mejor que te lleve al hospital —dijo Toby, metiéndola casi a empujones en su deportivo.

—¡Toby! ¿Qué ha pasado?

—Eva dijo que estaba inconsciente —respondió Toby, tras arrancar el coche y echarlo a andar—. Fue golpeado por un coche.

—¿Quieres decir que su coche...?

—No. Angelo no estaba en su coche. Posiblemente no sea el momento para mencionarlo, pero Piglet está bien.

—¿Qué tiene que ver Piglet con todo esto?

Toby le contó que Angelo le había salvado la vida al perro. Gwenna se sintió llena de miedo y terriblemente culpable.

—Ha salido en las noticias de mediodía —comentó Toby—. No sabía lo importante que era ese tipo...

—¿Dónde está?

—En el hospital. Ahí es donde te llevo.

Su teléfono móvil empezó a sonar. Gwenna contestó la llamada. Era Franco. El guardaespaldas le comunicó que Angelo no había recuperado la consciencia. Tras advertirla de que la prensa colapsaba la entrada principal del hospital, Franco le dijo que se encontraría con ella en un lugar menos público.

—Le he dicho a todo el mundo que usted es la pareja del señor Riccardi —confesó Franco cuando por fin se encontraron.

—No creo que yo...

—Es el único modo de que la permitan verlo, señorita Hamilton. Los abogados ya vienen de camino para hacerse cargo de todo.

—¿Abogados? —preguntó ella, entrando en el ascensor.

—Se tienen que tomar ciertas decisiones sobre el tratamiento que ha de seguir el señor Riccardi. Usted lo aprecia mucho. Confío en que tome las decisiones correctas. Si no quiere aceptar esa responsabilidad, otras personas se harán cargo.

En ausencia de familia, serían los abogados los que decidirían lo que había que hacer y, evidentemente, Franco desconfiaba de ellos. Angelo era muy rico. ¿Podría ese hecho influir en las decisiones que se tomaran en su nombre? Angelo confiaba plenamente en Franco. Gwenna no comprendía por qué estaba tan preocupado, pero reconoció que la preocupación del guardaespaldas era sincera y asintió rápidamente.

Franco la acompañó hasta la presencia de un médico, que le informó detalladamente del estado de Angelo. Había que hacerle un escáner para examinar la herida de la cabeza, lo que significaba que había que llevarlo a otro hospital. Sin embargo, los abogados no sabían si era mejor trasladar a Angelo o no. El tiempo iba pasando y al médico le preocupaba el retraso.

—Organícelo todo para realizarle ese escáner.

—¿Acepta la responsabilidad?

—Sí. ¿Puedo verlo?

Angelo estaba muy pálido. Un lado de la cara tenía un corte profundo y muchas magulladuras. Estaba completamente inmóvil. Le agarró una mano con la suya y se sentó al lado de la cama. A Angelo no le gustaba Piglet, pero se había puesto en peligro para salvar la vida del animal. Lo que había hecho era maravilloso y seguramente ella había sido la razón. Se secó los ojos y empezó a rezar. A los pocos minutos, un equipo de enfermeras entró para preparar a Angelo para ser transportado en helicóptero a un hospital de la ciudad.

Angelo despertó de lo que parecía ser la peor resaca de toda su vida. Lo primero que oyó fue la voz de un hombre que hablaba en un tono muy agresivo y una mano que se le agarraba a la suya como si de ello dependiera su vida.

—Me temo que va a tener que escuchar mi opinión, tanto si quiere como si no, señorita Hamilton —decía el elegante abogado en tono de desprecio—. Ese escáner ha sido una pérdida de tiempo. Ha dejado que un médico de provincias tome una decisión que puede haber provocado serias consecuencias en el proceso de recuperación del señor Riccardi.

—Ese hospital no tenía equipo para realizar un examen como es debido. En ese momento, me pareció que no había tiempo que perder —replicó Gwenna.

—Usted actuó sin autoridad alguna y con mi disconformidad ¿Quién es usted? ¿Su pareja? ¡No me haga reír! Usted es la hija de un delincuente y una más en una larga...

—No siga hablando si quiere seguir teniendo un empleo —le espetó Angelo, atravesándole con la mirada—. Trate a la señorita Hamilton con respeto. ¿Comprendido?

Gwenna casi no se dio cuenta de que el abogado se disculpaba ante ella y se marchaba inmediatamente. Estaba tan contenta de ver que Angelo había recuperado el conocimiento que era incapaz de fijarse en nada más. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Tenía miedo de que nunca fueras a despertarte. Voy a llamar a la enfermera.

—Aún no. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Casi dieciocho horas.

Gwenna llevaba aún la misma ropa.

—¿Y llevas a mi lado todo este tiempo?

—Sí.

Angelo se sintió muy emocionado. No se podía imaginar ninguna otra mujer que hubiera hecho lo mismo.

—Te has enfrentado a mis abogados para ayudarme. Has sido muy valiente. ¿Les has gritado?

—No.

—En ese caso, sólo es a mí a quien gritas. Es una distinción que me hace especial —declaró Angelo. Aquellas palabras provocaron que Gwenna se echara a llorar. Angelo no sabía por qué le gustaba tanto que ella llorara por él.

—Después de todo lo que te dije, debes de estar preguntándote qué hago aquí.

—Lo que importa es que estás. ¿Piensas irte a alguna parte?

Gwenna comprendió que la decisión del futuro de ambos estaba en sus manos. Si escuchaba al sentido común, debería decirle que no. No sabía si podría perdonarle por el modo en el que habían empezado las cosas. Sin embargo, la alternativa era abandonarlo y aquello era algo que no podía soportar.

—Sigo queriendo que vengas a Cerdeña conmigo —le dijo él, sin esperar a que Gwenna contestara—. Sin embargo, no te estoy presionando. No me debes nada.

Gwenna le dio la única respuesta que podía darle, pero aún tuvieron que pasar ocho días completos antes de que pudieran marcharse a Cerdeña. Cuando Angelo salió del hospital, tuvo que ocuparse de unos asuntos en París, por lo que volaron a la isla por separado. Gwenna no lo volvió a ver hasta que aterrizó en Olbia, en la Costa Esmeralda. Piglet, equipado con su pasaporte canino, viajaba en la bodega del mismo avión. Vestida con unos pantalones de lino blanco y un top de encaje, Gwenna atrajo las miradas de muchos hombres en el aeropuerto. Con los ojos de una enamorada se sentó en el asiento del copiloto del Range Rover de Angelo.

—Estás preciosa —susurró él antes de darle un sensual beso.

Su casa estaba en un lugar privilegiado del golfo de Orosei y estaba rodeada de un maravilloso jardín tropical. Un sendero privado conducía a una playa privada de blanquísima arena.

—Y éste... —dijo él, dando por terminada la visita de bienvenida a la casa— es el dormitorio principal.

Con sólo apretar un botón, Angelo accionó un mecanismo que abrió las ventanas. Gwenna se acercó a ellas para disfrutar de una maravillosa vista del Mediterráneo.

—Estoy en el paraíso —suspiró Gwenna—. Me encanta el sonido de las olas. Resulta tan tranquilizador... Mi madre tenía un amigo con una casa en la playa e íbamos con frecuencia a visitarlo. Yo me quedaba dormida escuchando el mar...

—¿Sabes nadar bien?

—Como una sirena... ¿Por qué nunca hablas de tu familia?

El cuerpo de Angelo se tensó. Entonces, la abrazó con fuerza.

—¿Y qué podría decir? Cuando mi madre murió, estuve en casas de acogida cuando tenía vacaciones en el colegio. Jamás conocí a mi padre.

—Es una pena...

—Bueno, piensa en la pena que tu padre te ha causado a ti, *cara mia*.

—Es cierto.

Angelo le dio la vuelta muy lentamente. Con un suave movimiento le bajó el top de encaje dejándole al descubierto la parte superior de lo pechos.

—No llevas sujetador...

Cuando por fin aparecieron los senos en todo su esplendor, Angelo soltó un murmullo de admiración. Entonces, le desabrochó los pantalones y se los bajó.

—¿Te gusta que te desnude? —le preguntó mientras jugueteaba con los pezones. Unas exquisitas sensaciones le fluyeron inmediatamente a Gwenna por todo el cuerpo.

—Sí...

Angelo bajó la cabeza y se introdujo un pezón en la boca mientras le acariciaba suavemente la estrecha tira de seda que le cubría su feminidad. Cuando Angelo sintió que las piernas ya no la sostenían, la tomó en brazos y la llevó a la cama.

—Estás tan preparada para mí... —susurró, mientras, se desnudaba.

Él también estaba muy excitado, por lo que Gwenna empezó a realizar su propia exploración. Bajó la cabeza y le dio placer con la sensualidad que él le había enseñado.

—Quiero más... Quiero estar dentro de ti —gruñó Angelo. Inmediatamente, la tumbó sobre los almohadones de la cama.

Le separó los esbeltos muslos y le quitó las braguitas. Entonces, la penetró con fuerza. El placer se apoderó de ella, provocándole sensaciones tormentosas. Cuando por fin alcanzó el clímax, estaba completamente fuera de control. Oyó que Angelo gritaba su nombre y se desmoronaba encima de ella. Entonces, se sintió inmensamente feliz.

—Perdóname... he sido algo brusco, *bellezza mia*. Has sido más un aperitivo que el largo banquete que había planeado.

—Siempre eres tan ambicioso...

—Quería que supieras lo mucho que...

—¿Qué me has echado de menos?

—Lo mucho que te estimo —la contradijo él algo incómodo, sin mirarla. Aquellas palabras significaban mucho para él.

Gwenna ahogó un bostezo. Estaba tan cansada... —

—Tengo mucho sueño.

Angelo la miró lleno de frustración.

—Te estimo mucho...

—Lo que tú digas —musitó ella, sin sentirse muy impresionada.

Capítulo 10

Gwenna arrojó un palo para que Piglet fuera a recogerlo mientras los dos iban paseando por la playa. Cuatro semanas de perfecto descanso en Cerdeña le habían puesto un brillo muy saludable en las mejillas y alegría en el caminar. Había vuelto a recuperar la tranquilidad y las cosas más pequeñas le hacían sonreír, como el hecho de que Angelo se hubiera ganado el afecto de Piglet a base de bombones de chocolate. Gwenna se sentía muy feliz, pero, de vez en cuando, sentía un escalofrío por la espalda al pensar que, inevitablemente, su relación con Angelo tenía que terminar. Nada duraba para siempre y lo sabía. Seguramente, él se cansaría pronto de ella. De hecho, Gwenna no podía creer que llevaran juntos tanto tiempo. Sin embargo, estaba decidida a vivir el momento...

Angelo, por su parte, había hecho todo lo posible por agradarla y entretenerla. Le regalaba flores, le compraba juguetes a Piglet, procuraba que todo estuviera al gusto de Gwenna e incluso se había atrevido a preguntarle si le parecería bien que él le regalara diamantes para su cumpleaños. Como faltaban casi dos meses, Gwenna se había alegrado en secreto de que él pensara en detalles sobre ella con tanta antelación. A las nueve habían llevado los periódicos del día y, en el momento en el que él vio el primer titular, sintió un profundo sentimiento de intranquilidad. Decidió dejarlos a un lado y, tras tomar unos prismáticos y localizar a Gwenna en la playa, fue a buscarla. Vestida con unos pantalones cortos de color azul y una camiseta de tirantes de color amarillo estaba preciosa. Decidió que Gwenna era un diamante en bruto. Era sincera y amable, y había sido también la primera mujer que lo valoraba más allá de su riqueza. Gwenna era suya.

Sin embargo, había momentos, como aquél, en el que sentía miedo por lo que le había hecho a Gwenna. En un par de ocasiones había estado a punto de sincerarse sobre la actitud que tuvo con ella cuando la conoció, pero no había sabido cómo hacerlo. Sabía que era imperdonable y no estaba seguro de que Gwenna fuera a perdonar aquella traición. ¿Cómo iba ella a comprender un deseo de venganza que se le había ido a él mismo de las manos? No podía decirle la verdad.

Gwenna notó que, aquel día, Angelo estaba muy callado durante la hora de cenar. Aunque casi nunca tomaba alcohol, aquella noche se sirvió un coñac. Cuando él decidió bajar a la playa, Gwenna no lo acompañó. Para pasar el tiempo, se puso a leer el periódico que él había estado hojeando. Había un largo artículo sobre la vida de un hombre que había muerto en América del Sur. Se llevó el periódico a la cama y terminó leyéndolo de principio a fin.

—¿Qué estás leyendo?

Gwenna se sobresaltó y levantó la mirada.

—Angelo... ¿Dónde has estado?

—Pareces una esposa —respondió, arrastrando ligeramente las palabras.

—Si fuera tu esposa, te habría llamado por teléfono y te habría preguntado dónde estabas exactamente y cuándo regresarías.

Angelo sonrió y se tumbó en la cama a su lado. Entonces, miró la página que ella había estado leyendo.

—Veo que has estado conociendo la vida de Carmelo Zanetti.

—Era un hombre malvado, pero jamás fue a la cárcel por sus delitos.

—Sin embargo, murió en el exilio, solo, enfermo y despreciado.

Gwenna se quedó asombrada por aquel comentario. Angelo jamás mostraba su lado más sensible a menos que pudiera hacer una broma al respecto.

—De joven, era un hombre muy guapo, lo que resulta bastante turbador. ¿Sabías que era de Cerdeña?

Angelo le arrebató el periódico y lo arrojó al suelo.

—¿Qué diablos...?

—Te necesito... —susurró él, tras besarla con pasión—. Te necesito conmigo esta noche...

—No voy a ir a ninguna parte —replicó ella.

Angelo le hizo el amor con fuerza y potencia. La primera vez. Entonces, repitió el acto con una sublime dulzura que le llenó a ella los ojos de lágrimas.

—Incluso cuando estás bebido eres un amante maravilloso...

—No estoy bebido.

Sin soltarla, se quedó profundamente dormido. Antes del alba, Gwenna se despertó y vio que él salía del cuarto de baño envuelto en una toalla.

—¿Es que no puedes dormir?

—Tengo algo que decirte —dijo él, de repente—. He hecho cosas que tú desconoces...

Gwenna se preparó para lo peor, pero él le regaló lo que consideraba una buena noticia.

—He pagado la deuda que tu padre tiene con Massey.

—Eso no es posible. Pensé que ya lo habrían condenado...

—Eso no sería una buena idea. Tu padre ha hecho una confesión completa en la que relata que falsificó el testamento de tu madre. Con esto, nos protegemos tú y yo de cualquier cosa que pudiera reclamar en el futuro. También, me he ocupado de poner Massey a tu nombre. Así, la ropa sucia se lava en casa y nadie tiene por qué enterarse de nada. Los del comité están encantados...

—Evidentemente, pero...

—Si tu padre va, a la cárcel ahora que eres dueña de la finca, algunas personas podrían sospechar que tú estuviste implicada en sus robos.

—Vaya... No se me había ocurrido pensar en eso, pero quería que esta vez recibiera su castigo.

—No te preocupes. Estoy seguro de que volverá a las andadas y yo ya no intervendré. Sin embargo, mi principal motivo para ayudarle eras tú. No te mereces sufrir más por su culpa.

—Muy bien, pero eso debe de significar que has perdido miles y miles de libras.

—Porque yo he querido.

—¿Y Furnridge?

—La empresa no tendrá problemas.

—Sin embargo, no me parece bien que tú debas perder dinero porque quieras protegerme.

—Pero a mí sí. Ahora, vuelve a dormirte.

Gwenna cerró los ojos y se durmió. Se despertó horas más tarde con el ruido de un helicóptero aterrizando y el sonido de un teléfono en alguna parte. Era casi mediodía. Le sorprendió que Angelo no la hubiera despertado antes. Desde la ventana, oyó voces que hablaban en italiano y le pareció que Angelo había llevado allí a algunos de sus ejecutivos.

Se vistió y bajó a buscarle. La planta baja era un hervidero de personas y de actividad. Los teléfonos sonaban por todas partes.

Encontró a Angelo en su despacho. Estaba haciendo algo que Gwenna jamás le había visto hacer: nada. A pesar de la evidente crisis estaba mirando al vacío, muy pálido.

—Por favor, dime qué es lo que pasa —le dijo, muy preocupada—. Anoche también te pasaba algo, aunque estabas dispuesto a comportarte como si nada. ¿Ha ocurrido algo? ¿Dónde estuviste?

—Me tomé un par de copas y fui a la iglesia para encender una vela por mi madre. Estuve hablando con el cura. Por eso llegué tan tarde.

—Yo podría haberte acompañado...

—Necesitaba tiempo para pensar. Ahora, tengo que contarte lo que ha ocurrido porque esa información es ya de dominio público. Está en los periódicos, en las noticias de televisión, en internet... para poder explicártelo, tengo que retroceder unos años. Cuando yo tenía dieciocho años, me llamaron para que acudiera al despacho de un abogado. Ese hombre me dijo quiénes habían sido de verdad mis padres. Mi madre había dejado instrucciones en su testamento. Antes de que muriera, ella me advirtió que provenía de una familia mala, que mi padre era un hombre peligroso y que, si descubrían dónde vivíamos, tratarían de apartarme de ella. Yo no nací con el apellido Riccardi. De hecho, mi madre

cambió nuestro apellido en un par de ocasiones después de llegar a Inglaterra porque tenía miedo de que la encontraran. Huía de su familia...

—¿Qué familia?

—Mi madre era la hija de Carmelo Zanetti y mi padre el hijo de otra familia de mafiosos.

—Entiendo... El hombre que ha muerto esta semana era tu abuelo... ¡No me extraña que estuvieras tan disgustado anoche!

—¡Yo no estaba disgustado! Carmelo Zanetti era un hombre malvado... Sólo lo vi en una ocasión, cuando ya se estaba muriendo.

—Tal vez desprecies la persona que ese Zanetti era, pero era un pariente tuyo y has estado solo desde que tu madre murió. No importa quiénes eran tus padres, sino lo que tú eres.

—¿Dónde aprendiste ese pequeño trozo de sabiduría? —se burló Angelo.

Gwenna se mantuvo firme.

—Lo que uno hace con su vida es mucho más importante que la familia.

—Aunque no te lo creas, yo quería ser abogado cuando tenía dieciocho años. Cuando descubrí que toda mi familia estaba implicada en el crimen organizado, comprendí que no podría ejercer esa profesión.

—Debió de ser duro...

—Bueno, tenía que saber quién era para poder protegerme. En aquel momento, juré que todo lo que hiciera sería siempre legal. Aquel mismo año, la familia Zanetti me ofreció a través de un intermediario un trabajo y un Ferrari.

—Entonces, ¿la familia de tu madre sabía dónde encontrarte a pesar del cambio de apellido?

—Sí. Rechacé la oferta y mantuve las distancias. Jamás debería haber accedido a reunirme con Carmelo. Fue el peor error que he cometido en mi vida.

—No termino de entender por qué. ¿Acaso se ha sabido de algún modo la relación que tenías con Carmelo Zanetti?

—Sí.

—¿Cómo ocurrió?

—Carmelo decidió reírse el último y ha hecho pedazos mi reputación. Se ha filtrado el contenido de su testamento y se me ha informado que me ha dejado todos sus bienes. Con su muerte, ha hecho que me resulte imposible negar nuestra relación.

—Debió de quererte mucho... Es decir, tú eres un hombre de éxito y no tuviste que dedicarte al crimen para conseguirlo. Supongo que convertirte en su heredero es algo así como reconocer que estaba orgulloso de ti.

—También me he enterado de que no fue el jefe de mi madre quien me pagó la educación en el internado, sino mi abuelo. ¡Eso hace que me sienta como un idiota!

—No veo por qué. ¿Te ha dejado mucho tu abuelo?

—Millones... Todos limpios y legítimos, según su abogado. Yo era el único pariente con vida que tenía. Sin embargo, no quiero su dinero.

—En ese caso, lo mejor que puedes hacer es destinar todo ese dinero a causas que lo merezcan. El mal podrá crear el bien y así nadie te podrá echar nada en cara.

Angelo la miró maravillado. Más que nunca, estaba decidido a llevarse la historia de su implicación en la caída del padre de ella a la tumba. Le había dado el mejor consejo del mundo.

—Eres una mujer muy especial, *bellezza mia* —susurró, entrelazando los dedos con los de ella.

—Algunas veces te tomas las cosas demasiado en serio. Recuerda que tu madre rechazó a su familia para poder criarte como un ciudadano respetuoso con la ley. Enorgullécete de haberlo hecho.

—He sido respetuoso con la ley, sí —dijo, con rostro sombrío—, pero a veces he hecho cosas de las que no me siento orgulloso.

Alguien llamó a la puerta. Era la doncella que dijo algo en italiano.

—Tienes una llamada.

Enfadada por una interrupción en un momento en el que Angelo pareció por fin dejar caer las barreras tras las que se ocultaba, Gwenna se levantó inmediatamente.

—Volveré enseguida... no te vayas a ninguna parte.

Al oír la voz de su padre al otro lado de la línea telefónica, Gwenna se tensó. Suponía que era demasiado esperar que no se hubiera enterado de los orígenes de Angelo.

—¿De qué se trata?

—Angelo Riccardi es el hijo de Fiorella —le dijo Donald.

—Perdona, ¿qué es lo que dices?

—¿Acaso no te has enterado de la gran noticia del día? Tu novio es el nieto de Carmelo Zanetti.

—Sí, pero esa Fiorella que has mencionado...

—Era la hija de Zanetti, pero no se apellidaba Riccardi cuando yo la conocí. Yo sólo vi a Angelo en un par de ocasiones cuando era un bebé. ¿Te acuerdas que el día en el que Angelo tuvo el accidente te dije que me recordaba a alguien?

—Sí...

—Tiene los mismos ojos de su madre. ¿No sabes lo que eso significa?

—¿Qué vivimos en un mundo muy pequeño?

—¡Qué ingenua eres! Evidentemente, a los dos se nos ha tendido una trampa. Yo abandoné a la madre de Angelo y salí corriendo. Tal vez la vida no le fue muy bien desde entonces, Sin su dinero o sin mí, pero yo no tengo la culpa.

—¿De qué estás hablando?

—Eres mi hija y eso debió de ser la máxima venganza para Riccardi. Ha estado jugando con nosotros como el gato y el ratón. La mala suerte que he tenido últimamente no es coincidencia. Riccardi ha comprado Furnridge y, de repente, se me acusa de robo...

—Eras culpable de robo...

—Utiliza el cerebro. Cuando me di cuenta de quién era, supe que tenía que avisarte. Quiere vengarse. ¿Qué es lo que está pensando hacer contigo? Admito que yo traté muy mal a su madre, pero no me quedó elección. ¡Al menos ahora sé que la razón por la que estoy viviendo una pesadilla es porque Angelo Riccardi ha entrado en mi vida!

—Seguramente las personas a las que has robado tendrán una opinión muy diferente. Lo siento, pero no quiero seguir con esta conversación.

Gwenna colgó el teléfono. No quería ni pensar en lo que su padre le acababa de decir. Si Angelo había estado utilizándola, queriendo hacerle daño desde el principio... Antes de que perdiera el valor, regresó al despacho.

—¿Se llamaba tu madre Fiorella? —le preguntó, sin inmutarse.

—Sí...

—¿Sabías que ella había tenido una aventura con mi padre?

—Era tu padre el que te ha llamado, ¿verdad? —susurró él, sin poder pensar en nada que pudiera alegar en su defensa.

—Hace un mes, mi padre me habló por primera vez de Fiorella. A mí me pareció una historia dramática y estúpida y no me creí ni una palabra.

—¿Qué historia?

Gwenna se la repitió tan bien como pudo recordarla. Angelo palideció y la miró con incredulidad.

—Si ellos le quitaron todo su dinero a mi madre, pudo ser que lo hicieran para obligarla a regresar a casa con su marido. Si es la verdad...

—Mi padre no sabía quién eras cuando me lo contó, así que creo que, por una vez, no estaba mintiendo. Ahora quiero que me respondas a una pregunta. ¿Has hecho todo esto para destruir a mi padre?

—Resulta difícil responder esa pregunta.

—Me merezco una respuesta sincera. Te suplico que no me mientas.

—Según yo creía, tu padre le robó todo su dinero a mi madre y la dejó sin nada...

—No... Eso no es lo que importa en estos momentos. ¿Fuiste a por él deliberadamente?

—Sí. Hice que lo investigaran y pronto resultó evidente que gastaba más dinero del que ganaba. No me costó mucho descubrir sus trapicheos.

—¿Y yo? —preguntó ella, tragando saliva.

—Tú... No lo puedo explicar. Te vi y fue como si me hubieran golpeado con un martillo eléctrico. Habría sido capaz de hacer cualquier cosa para hacerte mía. Te juro que no sabía que eras su hija hasta que fuiste a la sala de juntas a suplicar clemencia para él.

—¿Cuándo te diste cuenta de que no era a él a quien hacías daño sino a mí?

—¿Crees que es algo de lo que me siento orgulloso? Crees que soy tan estúpido como para no saber que te estaba haciendo daño? Cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, no quise dejarte marchar.

—Yo era tu amante... Eso es todo lo que he sido siempre para ti...

—No. Todo eso lo dejamos atrás hace mucho tiempo. Tú me hiciste pasar un infierno... y viniste a Cerdeña por propia voluntad.

—¿No ibas a confesarme nunca la verdad?

—No quería perderte.

—Nunca fui tuya como para que pudieras perderme, pero veo ahora que lo que querías era ser mi dueño. Devolviendo el dinero al comité, devolviéndome la finca de mi madre...

—No se trataba de poseerte... Has tenido tan pocas cosas en tu vida... que lo que quería era hacerte feliz...

Gwenna sacudió la cabeza para mostrar su desacuerdo. Ocultó sus sentimientos y sus esperanzas. No quería engañarse. No quería dejarse llevar por lo que él pudiera decirle. Sabía que lo amaba profundamente y que tenía que ser muy fuerte.

De repente, comprendió todo lo que significaba para él. Angelo la estimaba. Como su madre, se había conformado con muy poco y había estado dispuesta a aceptar lo que él quisiera ofrecerle sin cuestionarlo. Antes de marcharse, sacó a Piglet de debajo del escritorio de Angelo, donde el perrito solía descansar.

—Quiero marcharme en cuanto sea posible.

Con eso, se dio la vuelta. Angelo observó cómo se alejaba de él y no supo lo que hacer. Se sentía como si tuviera puesta una camisa de fuerza. No encontraba las palabras adecuadas. No sabía qué le ocurría. Era capaz de ocuparse de cualquier cosa, pero, por alguna razón, no era capaz de hacerlo con lo que estaba ocurriendo entre Gwenna y él.

Gwenna no dejaba de darle golpes a una pobre hierba. De hecho, la aplastó contra el suelo por completo hasta aniquilarla. Levantó la mirada y vio que Piglet la estaba observando desde más de tres metros de distancia. Abrumada por los turbulentos sentimientos que estaba experimentando, contuvo las lágrimas y respiró profundamente.

Hacía sólo una semana desde la última vez que vio a Angelo, siete días de completo infierno. No hacía más que repasar una y otra vez todo lo ocurrido y todo lo que Angelo le había dicho. No había negado su culpa, pero tampoco había luchado para retenerla a su lado.

Cada vez que pensaba en enviarle un mensaje como una adolescente enamorada, se recordaba que Angelo no había hecho nada para evitar que se marchara. Nada. Si aquel día ella hubiera tenido tiempo para reflexionar, su actitud hacia él habría sido diferente.

Lo más importante fue que, más tarde, comprendió que Angelo había abandonado su idea de venganza cuando decidió pagar las deudas de su padre con Massey. Además, no le importó que Donald se quedara sin castigo. Angelo le había demostrado lo mucho que se preocupaba por ella. Sin embargo, había decidido dejarla marchar.

Piglet comenzó a menear la cola y salió disparado hacia el jardín. Cuando Gwenna lo llamó, no le hizo caso alguno. Desde su estancia en Cerdeña, se mostraba más inquieto y excitable. Gwenna sospechaba que aquel cambio de actitud se debía a que echaba de menos a Angelo.

Los ladridos de Piglet le hicieron levantar la mirada. El perrito no hacía más que saltar y bailar delante de un alto y guapo hombre que avanzaba hacia ella. Angelo.

Él se detuvo a un par de metros de distancia. Entonces, la miró con los ojos oscuros llenos de deseo.

—No pienso marcharme sin ti, pero primero tienes que escuchar lo que tengo que decirte.

—Cuando me marché de Cerdeña la semana pasada no tenías mucho que decir.

—Pensé que me lo merecía. Sentía vergüenza. No sabía lo que decirte. Yo no sabía casi nada de mi madre. Sólo tenía unos pocos recuerdos. Todas mis pesquisas se topaban con un muro por lo que, cuando Carmelo me invitó, acepté con la esperanza de que él pudiera ayudarme a rellenar los huecos.

—Fuiste a verlo.

—Mordí el anzuelo. El viejo me pescó y me lió con el cuento de cómo Donald Hamilton había seducido, robado y abandonado a mi madre cuando se quedó embarazada...

—¿Estaba embarazada? —preguntó ella, llena de consternación.

—Tu padre dice que no, pero yo no estoy seguro de que se pueda confiar en él en ese aspecto.

—¿Has ido a verlo?

—Sí. Eso es lo que debería haber hecho cuando me hablaron de él. En vez de eso, jugué a ser Dios. No puedo culparle de que saliera corriendo cuando supo que mi madre era la hija de Carmelo Zanetti y la esposa de un Sorello. También me ha dicho que mi madre sabía que él ya estaba casado, pero eso ya no vamos a poder comprobarlo... La verdad de todo esto es que ya no me importa lo que hiciera. Todo ha terminado. Ninguno de los dos era ningún santo.

—No entiendo por qué tu abuelo te lió con lo que mi padre había hecho...

—Supongo que porque le divertía. Comprendió que yo creía que era diferente, que era mejor que la familia de la que provenía...

—Y lo eres.

—Carmelo quiso enseñarme una lección. El poder y la riqueza corrompen. Yo pensé que estaba por encima de las reglas y que estaba bien utilizar mi poder para vengarme de tu padre...

—Y el poder que tenías sobre él para tenerme a mí.

—¿Me perdonarás alguna vez por eso?

—No lo sé...

Angelo palideció.

—Jamás he deseado a ninguna mujer como te deseo a ti.

—Eso no lo voy a cuestionar. Por alguna extraña razón, yo también te encontré a ti muy atractivo —bromeó Gwenna, ablandándose un poco al verlo tan triste.

—Sin embargo, no te traté bien. No comprendí que no serías feliz con lo que las otras mujeres habían aceptado. No quería que fueras como ellas. De hecho, te deseaba a ti porque eras diferente.

—¿Has venido entonces para decirme que lo sientes de corazón?

—Sí, pero no lamento haberte conocido. Siento haberlo estropeado todo, haberte ocultado la verdad, haberte hecho daño... Sin embargo, desde el principio deseé que me amaras y que me desearas del modo en que creía que querías a Toby.

Gwenna sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Te mentí cuando te dije que pensaba en él cuando estaba contigo.

Angelo se echó a reír.

—A buenas horas me lo dices. Me has hecho pasar un infierno. Sin embargo, si me das la oportunidad, te aseguro que me pasaré el resto de mi vida haciéndote feliz.

—¿De verdad?

Sin pestañear, Angelo hincó una rodilla en el suelo.

—¿Quieres casarte conmigo?

Gwenna se quedó tan asombrada que, al principio, no pudo encontrar la voz para responder. Angelo le estaba pidiendo que se casara con ella.

—Sí... —susurró, sin dudar de cuál debía ser su respuesta.

—¿Significa eso que me perdonas? —preguntó él, poniéndose alegremente de pie.

—No necesariamente, pero me casaré contigo.

—Muy bien. Te amo... Te amo profundamente. *Amata mia*.

Atónita al ver el enorme anillo de Zafiros y diamantes que él le colocó en el dedo mientras le confesaba su amor, Gwenna lo miró por fin a los ojos.

—No tienes que decírmelo si no te sale del corazón.

Angelo le tomó las manos entre las suyas y la miró intensamente a los ojos.

—No puedo dormir ni una noche más sin ti. Cuando te marchaste de Cerdeña, creí que mi vida se había acabado. Llevaba semanas enamorado de ti sin darme cuenta... Necesito tenerte a mi lado para siempre.

Abrumada por lo que acababa de escuchar, Gwenna asintió y le apretó con fuerza los dedos.

—Yo también te amo.

—¿Y Toby?

—Creo que simplemente me asustaba la idea de enamorarme. El amor destruyó la vida de mi madre y mi padre no es buen ejemplo. Tal vez al creer que seguía enamorada de Toby me estaba protegiendo y me sentía segura...

—Entonces, ¿te has olvidado de él?

—Lo quiero como amigo... En realidad, jamás me gustó del modo en el que me gustas tú. Hay veces en las que me cuesta contenerme para no arrancarte la ropa...

—Sé a lo que te refieres, *amata mia* —susurró él, agarrándola por la cintura.

—Estoy cubierta de barro —dijo ella, disculpándose.

—No me importa —confesó Angelo. Entonces, la besó apasionadamente y gruñó de placer al sentir que ella respondía con el mismo entusiasmo.

Desde la galería que había encima del vestíbulo principal de Massey Manor, Angelo observó con diversión cómo los miembros de la prensa trataban, sin éxito, de conseguir una foto de Gwenna mirando en su dirección. Tras haber estado posando durante todo el día para inaugurar oficialmente los jardines, estaba más que harta de las cámaras.

Se estaba celebrando en su recién decorada mansión una gala benéfica a favor de un orfanato. De hecho, la fundación Rialto, que se había fundado con el dinero de Carmelo Zanetti, tenía organizada una larga serie de eventos.

Angelo pensó que Gwenna estaba muy hermosa con un vestido de noche azul celestre y diamantes y zafiros en el cuello y las orejas. Se sentía muy orgulloso de su esposa. Durante los dos años que llevaban casados, ella se había ocupado personalmente de la restauración de la casa y de los jardines. Además de acompañarlo en sus viajes por todo el mundo, escribía un artículo sobre jardinería en un periódico dominical. Angelo era la envidia de muchos hombres.

Sin embargo, el mayor regalo que Gwenna le había dado aparte de sí misma y de su amor, era la pequeña que Angelo llevaba en brazos. La habían bautizado Alice Fiorella Massey Riccardi pero todos la llamaban Ella. Angelo se había sorprendido mucho por el vínculo inmediato que sintió por la pequeña en cuanto se la colocaron en brazos.

Con Piglet pisándole los talones, llevó a la niña a su dormitorio y la tumbó en la cuna para dejarla al cuidado de su niñera. Había llegado el momento de bajar y de acompañar a Gwenna al salón de baile.

—Ha sido un día muy largo. Me muero de ganas de tenerte para mí solo, *amata mia* —le confesó Angelo en cuanto la tuvo entre sus brazos para el primer baile.

Presa de la anticipación, Gwenna llegó a la conclusión de que era una mujer con suerte. Iluminados por magníficas arañas de cristal veneciano, se apoyó contra el maravilloso cuerpo de su marido. Fue una velada deliciosa.

Cuando hubieron despedido a todos los invitados, Gwenna fue al dormitorio de su hija para ver cómo estaba. Sonrió al ver la pequeña cabecita cubierta de un torbellino de rizos negros. El embarazo había sido una sorpresa para ellos, pero los dos estaban disfrutando tanto con su hija que estaban pensando en tener otro muy pronto.

Estaba segura de que la vida había sido muy generosa con ella. Ni siquiera su problemático padre había podido enturbiar su felicidad. Su matrimonio con Eva terminó con acritud por ambas partes y Donald ahogó sus problemas en el alcohol. Gwenna trató de ayudarlo, pero no lo consiguió. Le sorprendió agradablemente que Angelo se hubiera tomado la molestia de intervenir, y tuvo éxito donde ella había fracasado. A las pocas semanas, Donald empezó a asistir a las reuniones de Alcohólicos Anónimos y hacía un mes que había vuelto a trabajar aconsejando cómo detectar fraudes en Rialto.

—No tendrá acceso al dinero y lo vigilarán como si fuera un zorro en un gallinero. Su jefe fue policía —comentó Angelo, cuando Gwenna le expresó sus temores de que la tentación pudiera ser insoportable para su padre—. Creo que ya se le han ocurrido algunas ideas muy útiles.

Tras llegar al dormitorio, Angelo se colocó tras Gwenna mientras ella se quitaba los pendientes frente al espejo.

—¿En qué estás pensando? —dijo, al verla tan ensimismada—. He visto que esta noche has estado hablando mucho rato con Toby. ¿Tengo algo de lo que preocuparme?

—No... Estuvimos hablando del problema de riego que tiene el huerto... —dijo ella, tras darse la vuelta.

—Te aseguro, *bellezza mia*, que yo soy mucho más divertido —murmuró, tomándola entre sus brazos.

—Lo sé...

Angelo la estrechó con fuerza contra su cuerpo y la levantó contra él con un erótico movimiento.

—Riego —repitió con incredulidad. Entonces, la besó dulce y embriagadoramente—. Tal vez no sea muy creativo en el jardín, pero...

—Pero lo eres en otros aspectos —señaló ella, con un hilo de voz.

Angelo le dedicó una maravillosa sonrisa.

—Porque te amo... en la cama, fuera de la cama, en cualquier lugar y momento...

Gwenna dejó que los dedos se le enredaran en el sedoso cabello negro de su esposo. Se sentía plena de una gloriosa sensación de satisfacción y felicidad.

—Yo también te amo.

Fin